
ciencia ficción en bits
AXXÓN
275

Axxón 275, julio de 2016

Acerca de esta versión

Editorial - Axxón 275

ARGENTINA



Foto: Gustavo Delfino

Este último 9 de julio se cumplió el primer bicentenario de la declaración de la independencia de la República Argentina.

No soy historiador, ni politólogo, pero sí un cienciaficcionero especulador. Como tal, me gusta pensar en cuán cerca estamos de lo que pudieron haber deseado o imaginado aquellos hombres y mujeres que gestaron este país.

Puedo especular al respecto, aunque debo decir que a ciencia cierta no tengo la menor idea sobre qué pretendían aquellas personas en su fuero íntimo. ¿Qué significaba exactamente para ellos independizarse del yugo español? ¿Fue simplemente una cuestión de negocios, una cuestión meramente económica, o realmente había algo más?

Pienso que sí, que había algo más. Quiero creer que había algo más. Hombres como Manuel Belgrano no han vivido, que yo sepa, detrás de una moneda.

Es cierto que aquel era un mundo más lento y más grande. Las distancias no se medían en kilómetros, sino que se medían en semanas, días, tiempos que dependían de la velocidad del caballo y del empuje del viento sobre las velas. En aquel entonces estar subyugado a un poder remoto era, a veces, quedar librado al azar, y a la vez con mayor capacidad de ejercer el libre albedrío.

La epopeya sudamericana no estaba en su mejor momento. Las fuerzas españolas, luego de Napoleón, volvían a apretar sobre aquellos territorios sudamericanos que pretendían propios. Hubo que tener coraje para declararse independientes, cualquiera hayan sido las reales intenciones, que tampoco tenían que ser únicas ni mancomunadas.

Pasaron doscientos años, y hoy el mundo en el que vivimos es completamente distinto. En este contexto, *Independencia* suena a palabra muy compleja.

¿Existe como tal? ¿Nos toca a cada uno de nosotros?

Mi opinión personal es que la independencia de los individuos es falsa. Es muy difícil, diría imposible, ser independiente en un ambiente social. La célula no hace lo que quiere. Hace lo que le toca. Caso contrario, el organismo falla.

Claro que hay células menos dependientes que otras. O, al menos, con mayor margen de libertad.

Hace poco tiempo tuve oportunidad de ver el documental *La sal de la Tierra*, codirigido por Wim Wenders. Trata sobre la vida de Sebastião Salgado, uno de los más grandes fotógrafos que dio el siglo XX. Luego de una carrera en Economía, tomó la cámara y retrató como nadie el lado B del mundo, muchas veces de la mano de la ONG Médicos Sin Fronteras. El resultado: imágenes bellísimas y desgarradoras, que conmueven profundamente. Esas imágenes documentan cuán enfermo está el tejido social humano a nivel mundial, cuánto olvidamos, mientras nos enfrascamos en epopeyas de derroche televisivo y pueril, de aquellos que no tienen la más mísera capacidad de optar por otra cosa que no sea la muerte. Yo creo que mientras alguien sufre de esta manera nadie puede ser realmente libre e independiente.

La sociedad completamente monetizada de hoy olvida lo fundamental: el valor de su recurso más valioso, que además es un

recurso no renovable. Cada ser humano, cada inteligencia, es fuente de ideas únicas e irrepetibles. Rara vez un individuo logra alcanzar su máximo potencial, y llegamos al declinar de nuestras vidas sin haberlo dado todo.

Se supone que los países trabajan en pos del bienestar general, pero queda bien claro que falla, con desbalances enormes. Somos seres sociales, y la organización de los individuos en entidades complejas, tal como se ve en varios órdenes de la naturaleza, pareciera ser algo que sucede más allá el deseo personal. Ese orden necesita establecer reglas que cuiden, protejan y mejoren el funcionamiento del conjunto, y da la sensación de que en nuestro caso (en el caso de nuestra especie) esas reglas no van a favor ni de los individuos ni del conjunto. Es como si en realidad no se supiera cuál es el fin común que se supone perseguimos como seres humanos.

Es cierto, hay muchos órdenes de organización. Del individuo a la especie toda, están como mínimo la familia cercana, la gran familia, la tribu o el clan. El Pueblo. La Nación.

Pero si bien la independencia de los individuos es imposible, sí podría alcanzarse cierta independencia como Pueblo y Nación. Pero para eso hace falta saber qué queremos, tener una identidad que lamentablemente nos es ajena. Lo nacional es más que alentar a un equipo deportivo que vista los colores de la bandera, es imaginar realmente un futuro mejor para el conjunto y trabajar sinceramente para ello, más allá de los intereses personales.

¿Cómo se alcanza ese objetivo común? ¿Hay chances de lograrlo? ¿Se puede inventar una *causa nacional* que nos embandere en busca del beneficio común?

Seguramente uno de esos intentos de inventar una causa nacional fue la Gesta de Malvinas. El gobierno militar, autoimpuesto y para ese entonces ya lleno de problemas, imaginó que una guerra de recuperación territorial podría darle el margen suficiente como para afianzar su propia idea del *ser nacional* argentino. El sueño no duró demasiado, y costó muchas vidas jóvenes que merecían otro destino. Fue un intento, fallido desde su concepción y aberrante en su desarrollo, que nos dejó peor que al comienzo.

Pero, ¿qué hubiese pasado si el resultado hubiese sido distinto?

A lo largo de este mes independentista y bicentenario publicaremos una novela que habla de esa posibilidad, pero principalmente de personas que intentan, cada una a su imperfecta manera, de alcanzar ese *algo* que los haga sentir más vivos que antes.

En cierta forma, esta novela es un viaje en el tiempo. En otros creí entrever algunos guiños a nuestra propia realidad que me llamaron la atención. Me debo una charla profunda con su autor, Juan Simeran. Tal vez sea interesante extender este ejercicio a otros autores y leernos a partir de esas historias que imaginaron, ajenas a nuestro hilo temporal. Quizá nos ayude a vernos, a ver qué mejorar, adónde no *meter la pata*, cómo alcanzar ese esquivo ideal de Nación independiente y soberana.

Mientras tanto, a doscientos años de aquella declaración, los invito a alinearnos detrás de una idea. A muchos de nosotros, que reconocemos esa frase, nos puede resultar chocante, pero puede ser interesante intentar darle un giro, leerlo de otra manera y entender su significado, más allá del pasado, visto con buenos ojos y mejores intenciones. Porque es un grito de libertad, una nueva declaración de independencia:

¡Argentinos, a vencer!

¡Argentinos, a vencer!: 1 – Javier

Juan Simeran

 **ARGENTINA**

"Facilis descensus Averni"

Virgilio, *La Eneida.*

. 1 .

Javier

Como todas las tardes, en el viejo bar de Independencia esquina Aramburu, Javier se ubica en la mesa que da al gran ventanal. Tras las ornamentadas letras invertidas que anuncian formando un arco *Bar Asturias – Minutas – Desayunos*, ve los mismos autos de siempre, los de antes del embargo: esos Torino, esos Peugeot 504 y 404, esos taxis Renault 12, esos Falcon trabajados infinitamente por manos de chapistas, de rectificadores de tapas de cilindros, de gomeros. Esos automóviles destruidos pero andadores le son conocidos como si fueran un pariente más, sensación que lo lleva a murmurar por enésima vez: "¿Y yo de dónde saco una bujía nueva, cuando cada vez me cuesta más que se produzca alguna chispa en mi motor?". Decide no pensar, se siente tiritar de frío y grita:

—¡Gaita, un café con leche con tres medialunas y rápido, que me congelo!

El dueño del bar, casi ciego, flaca y seca su triste figura, le responde en el mismo tono:

—Jo'er con el tío Javier y su puñetero apuro, que yo no soy tu mare ni tu pare para que me apuréis así.

—Gaita, que no sos mi madre me lo puedo imaginar, pero por qué no mi padre. ¿Vendías café a domicilio en Agronomía en el año '61? Mirá que la primera palabra que dije fue "coño".

—Pues os tengo malas noticias, chaval. En Agronomía estaba la distribuidora de café, así que ese “coño” bien se lo podéis enrostrar a unos vente gaiegos que hacían la zona. Y tú, Marito, llévale rápido el pedido a este desalmao hijo’sumare, que no respeta ni su puñetera memoria. Cinco medialunas, dos a la memoria’e su santa mare.

Javier abre, como todas las tardes, el maletín para hacer balance de lo vendido e ingresado en el día. Había sido una jornada especialmente productiva: cinco chocolates (así se había acostumbrado a llamar a los cheques robados) en el bar de la estación de subte de Leopoldo Lugones —apenas un mostrador de mármol grasiento, moscas muertas e incómodos taburetes—. Tres chocolates a un comerciante de camperas de Murillo con quien se encontró en un banco de la plaza Curutchet. Un chocolatito a un octogenario que tuvo la humorada de decirle que con ese cheque pensaba pagar su entierro así que le preocupaba poco que luego se lo reclamasen, en el bar de Oribe y Vuelta de Obligado, casi frente a Tribunales. Y los tres chocolates en La Giralda.

“Linda mina la *boga* que se llevó los chocolates en La Giralda”, piensa. No tiene la certeza de que fuera abogada, pero rara vez su intuición falla. “Piola, las preguntas justas, y un brillo juguetón en la mirada”. Por un momento había pensado en abordarla, pero el eterno miedo de que fuera una 4C de civil lo frenó, y terminó la operación clandestina rapidito y sin distraerse. Le había dado a la abogada los mejores chocolates que tenía; uno del Banco de la Dignidad Hispano-Americana y dos del Macro-Victoria, todos de las Lomas de San Isidro.

“Cagón”, se incrimina cuando recuerda con especial nitidez el brillo de los ojos de la mujer, y siente impotencia y zozobra. Vuelve a mirar hacia fuera. No lo satisface lo que ve, “debería cambiar de barrio, o cambiar algo. No sé qué”.

Ávido, cuenta las ganancias del día: veinte mil patriotas. Separa los billetes grandes de los chicos. Alisa los billetes arrugados, acariciando sin querer las caras de Farrel, Rojas y Hernán Sosa. Cuando se da cuenta de lo que hace, tiene ganas de lavarse las manos, siente un asco indefinido pegado a sus yemas.

—¿Buenas ventas, don Javier?

Marito le alcanza, además de la humeante bebida y las facturas, dos periódicos: el *Diario del Pueblo* y *El Caudillo*. Javier toma el primero y tira el otro sobre una mesa cercana.

—Gracias, Marito. Me alcanza para mandarle algo al pibe, de vez en cuando. La comida en el Servicio Patriótico quizá hasta sea peor que la que

ustedes venden acá, así que imaginate.

Marito sonríe, su cara es un mapa de arrugas:

—¿Cuánto le falta al muchacho, don Javier?

—Un año. El primer año lo hizo en Cangrejillos, en Jujuy, y el segundo en Uspallata, en Mendoza.

Marito se inclina y le susurra:

—Don Javier, mi hermano tiene un almacén en Brandsen. Un negocio chico, que apenas le da para vivir, pero anda con problemas…

Un sonido de crujir de papel corta la frase del mozo: un seco e inconfundible sonido de papel perforado que se desprende. Como un prestidigitador, Javier extrae del maletín un rectangulito rosado. El anciano lo toma y lo hace desaparecer con presteza en el bolsillo de su pantalón negro, bajo el delantal mugriento. Agradece, y se aleja arrastrando los pies.

“Siempre lo mismo, primero te miran como si fueras leproso y después te usan cuando tienen que salir de algún apuro”, piensa, y hace un esfuerzo para que el fastidio no se le note.

Revisa minuciosamente la información de policiales del *Diario del Pueblo*. Hoy informan cinco asesinatos con robos: uno en Turdera, en la guardia del hospital: algo relacionado con psicofármacos; una mujer en la puerta de un banco en Bernal; dos hermanos en un suntuoso chalet en Martínez; y por último un cadete en el microcentro, ultimado por un motociclista que huyó por la avenida Soberanía Nacional.

Anota pacientemente los nombres, las zonas y alguna característica del robo en una pequeña libreta.

Luego, al recibir chequeras nuevas, descartará las que suponga estén conectadas con estos hechos de sangre. Este pobre mecanismo, lo sabe, no quita que algún cheque, por ejemplo el que le acaba de dar a Marito, pueda proceder de un hecho sangriento que no haya salido en los diarios, y un regusto amargo le queda en la boca cuando realiza esta tarea. Y eso que, probablemente, él sea el único chocolatero que tiene semejantes pruritos. Otros ni eso, y venden tan tranquilos cheques que seguramente estén siendo rastreados por los sabuesos del 4C.

“Basta por hoy”. Se dirige al baño con el maletín. Como todos los días, soportando el hedor a orines mal lavados y chapoteando en el agua turbia que pierde de la junta del inodoro con los cerámicos flojos y descoloridos, levanta la tapa y se para sobre él. Estirando los brazos, corre un panel del cielorraso, dejando una abertura suficientemente grande como para introducir su maletín dentro. Vuelve a colocar la placa de yeso en su lugar.

Se le llenan las manos de polvo, y se las lava rápidamente.

"Una vez dejé el maletín abierto y al otro día las libretas de cheques aparecieron mordisqueadas por las ratas", recuerda asqueado.

Sin el maletín se siente liviano. "Si los 4C reventaran mi departamento no encontrarían nada de nada". Decide ser generoso y deja un arrugado billete de quinientos patriotas bajo el tazón de cerámica blanca.

Sale al frío para caminar las pocas cuadras que lo separan de su casa.

Intenta no mirar lo que lo rodea. En especial los afiches de la última campaña publicitaria que se repiten en las viejas pantallas municipales: JUGAR A LA LOTERIA OFICIAL ES SERVIR A LA PATRIA, ilustrados por la imagen de un conscripto tullido en uniforme que sostiene, sonriente, una papeleta con el brazo que le queda. Ya hace demasiados años que camina así, realizando la difícil operación mental de abstraerse. No es el único: en la calle se ven transeúntes hablando solos, con gestos enajenados. Javier no puede evitar cruzarse con los mendigos que se arrellanan en los zócalos de los innumerables locales cerrados del Once. Mientras camina por Castelli, cuenta sólo tres locales abiertos en la cuadra que va desde Facundo Quiroga a Soberanía Nacional. Los carteles de SE ALQUILA atados con alambre son el único toque de color sobre las cortinas metálicas oxidadas.

En las esquinas de Soberanía Nacional, muchachos sin brazos o en sillas de ruedas con camisas de camuflaje militar piden limosna. Las monedas caen en *quepis* militares dados vuelta en el piso. Uno, con la cara quemada, lo saluda sonriente con una mano en la que faltan tres dedos. Javier le responde; ni sabe quién es pero no descarta haber conversado con él en alguna oportunidad. "No descartaría haber conversado en alguna oportunidad con el Diablo mismo si éste se me presentara".

A pesar de que hace ya siete meses que no funciona, igual aprieta el botón del ascensor en la planta baja de su edificio. Nada sucede tras pulsar el botón: ni un ruido de cables moviéndose, ni un zumbido, tampoco se enciende la luz verde del pulsador.

El cartel de cartón escrito que informa NO FUNCIONA se despegó y nadie se tomó la molestia de levantarlo del suelo. Javier lo pisa con bronca.

Para llegar al cuarto piso debe detenerse, frecuentemente, en los rellanos de la escalera para recobrar el aliento. El edificio tiene ocho pisos, varios vecinos están bastante peor que él. Llega a su puerta jadeando, con palpitaciones y el corazón desbocado.

Ya en su departamento, pone a calentar agua para el mate y se queda

abrigado como cuando entró. Por atrasos en el pago de expensas le cortaron la calefacción central.

Pasa mecánicamente la perilla de su pequeño televisor panzudo y rojo de un canal a otro, de Al-Jazeera a Telesur, a China Cultura TV, a Novedades Apostólicas.

En Novedades Apostólicas mira el milagro del día: un bebé que nació con una mancha que es la réplica exacta del mapa de las Islas. Los peregrinos hacen largas colas ante el rancho de chapa para tocar al bebé. Javier mira fascinado y masculla: "Hijos de puta, no tienen vergüenza. Hasta se notan las marcas de la birome".

Tampoco le interesan los otros canales de la televisión local: El Caudillo TV, TeleTeatro, TelePueblo, Telejército. En TeleNostalgia, que ese día tiene pésima señal, emiten un capítulo de "Viendo a Biondi", justo el tipo de programa de antes de la guerra que a él le gusta. Escupe el primer mate frío mientras en la pequeña pantalla en blanco y negro el cómico, con camiseta a rayas y sombrero chato, se da de estrepitosas cachetadas con un gordito de traje de marinero.

En algún lugar del pequeño departamento, detrás del armario, duerme en antinatural vertical una mesa de dibujo. Unos tubos rojos contienen amarillentos papeles vegetales con bocetos que nunca pasaron a obra. El diploma de la Facultad de Arquitectura ni siquiera adorna alguna de las paredes descascaradas, sino que acompaña a la mesa de dibujo dentro de un marco con el vidrio rajado.

Cuelga la bufanda de un perchero, deja el saco sobre una silla, abre la heladera, pone dos huevos a hervir. En la heladera hay sólo media Gaucho-Cola, una Soja-Up, una ginebra y algunas fetas de fiambre en un paquete de papel. Toma mate mirando distraídamente, ahora, a un abogado con lentes de carey que sella papeles en forma frenética y habla con voz pastosa de beodo.

Mientras los huevos se cocinan, Javier revisa meticulosamente unas estilográficas Rotring, desarmándolas, limpiándolas y volviéndolas a armar. Las Rotring están en un lujoso estuche plástico, y parecen ser el único artículo suntuario de la casa.

La chicharra del teléfono lo saca de sus cavilaciones. Suena irritante, como el timbre de una casa vieja.

—Diga.

—Señor Martínez, queríamos informarle que la mercadería que pidió está lista, queríamos saber si mañana pasa a retirarla. De las diez unidades que

pidió, tenemos siete.

"Es el Bebe Chorizo, con siete chequeras robadas", piensa.

—¿Quién habla, Balbuena?

—Sí, señor Martínez, habla Balbuena.

Balbuena es la clave para decir "compro". Santagada, "no compro". Y Javier no se apellida Martínez ni remotamente.

—Y digamé, ¿cómo anda de la operación su sobrina, señor Balbuena?

Su sobrina es Almirante Rojas y Urquiza. Otros parientes son la clave para encontrarse en otras esquinas: su suegra es Oribe y Pasteur, su yerno Soberanía Nacional y Ríobamba.

—Muy bien, señor Martínez. ¿Lo esperamos mañana a eso de las diez, le parece?

Las diez serían las doce.

—Mañana a las diez, Balbuena. En el depósito. Y la próxima vez, llámeme más temprano si no es mucha molestia, Balbuena.

—¿Sabe qué pasa, Martínez? La mercadería está fresquita, acaba de entrar. Lo veo mañana.

Cansado, apaga el televisor. Luego de comer dos huevos duros acompañados por el mate, las cáscaras quedan sobre la mesada. Un zumbido hace vibrar un punto blanco que queda suspendido en el centro de la pantalla, como si no se quisiera ir.

Apaga las luces antes de acostarse. Aunque las apague todas, puede desvestirse perfectamente pues su habitación parpadea como todas las noches. Entre los postigos de la ventana entra la luz titilante del enorme cartel publicitario que hay en el frente de su edificio y que tapa todas las ventanas desde el segundo al octavo piso. La luz pasa del naranja al rojo, del rojo al violeta, del violeta al azul, del azul al verde, del verde al amarillo y del amarillo nuevamente al naranja. Javier sabe que, desde afuera, se lee desde varias cuadras:

¡ARGENTINOS A VENCER!

Ve ya sin ver cómo sus cobijas, su cocina, su mesa, se tiñen de los distintos colores a intervalos de treinta segundos. Cuando la luz pasa nuevamente al amarillo, una pequeña línea le llama la atención sobre el bolsillo delantero del saco colgado sobre una silla, al lado de la cama. Prende el velador: una

tarjeta asoma de su bolsillo rígida, impecable, las letras sobredoradas y una bandera argentina en uno de sus ángulos.

Dra. Claudia Quiroga Peña Ortiz

Abogada – Estudio Quiroga Peña Ortiz

QUIEBRAS

Talcahuano 623 – 4to. "C"   49-5643

Buenos Ayres – *Capital de la Dignidad Nacional*

No recuerda haber recibido esa tarjeta, pero puede ser que en los momentos de tensión la haya tomado y se la haya puesto mecánicamente en el bolsillo, sin darse cuenta de lo que hacía. También cabe la posibilidad, piensa, de que la abogada de La Giralda se la hubiera introducido subrepticiamente en el bolsillo. Mirando la tarjeta, mientras prende un cigarrillo, se dedica plácidamente a recordarla en detalle. Sí, era bonita: tendría aproximadamente su edad, los pequeños anteojos y los rulos rojizos enmarcaban una mirada inteligente. "¿Y qué hacía una tal Quiroga-Peña-Ortiz-etcétera comprándome chocolates?".



Ilustración: Tut

Un estado de repentina lucidez le hace sonreír. "¿Y si la compra fue sólo una excusa para introducir su tarjeta en mi bolsillo? Una abogada especialista en quiebras bien puede darse el lujo de 'quemar' cinco mil patriotas sólo para conocer un hombre que le gusta", razona. A pesar de las calamidades, Javier sabe que aún conserva cierto aire de *dandy-en-decadencia* que atrae a las mujeres.

"¿Y si fuera una 4C de civil? No parecía, pero ¿alguna vez lo parecen?".

"¿Y si fuera lo que parecía que era, ni más ni menos que una mujer intentando establecer un contacto conmigo?". El humo del cigarrillo pasa

por los diferentes estados cromáticos del cartel. Javier mira su departamento y no sabe si reírse o llorar. "¿Y acá pretendo traer a una mina así? ¿A subir cuatro pisos por escalera para mirar románticamente un cartel del lado de atrás?". Las casas de citas —"telos", como las llamaban— habían sido demolidas en la intendencia de "Topadora" Astiz, recuerda.

Javier mantiene una casita en Las Toninas. Hace dos años que no va, desde que Sergio, su hijo, entró al servicio patriótico. "Quizás…".

Apaga el velador. Se desea a sí mismo, como hace años, buenas noches. Por fin se queda dormido, casi como un niño, con una mano sosteniendo la tarjeta y la otra aprisionando su miembro enhiesto.

¡ARGENTINOS A VENCER!

Manual del Alumno Patriota – Editorial Sudatlántica

Hojas de Trabajo Nros. 45-46 – Tercera graduación (Alferecitos)

Con Supervisión del Ministerio de Planificación Escolar Estratégica

(Pruebas de galera)

INFANCIA DE HERNÁN SOSA

Alguna vez nuestro venerado prócer Hernán Sosa fue un niñito como ustedes. Allá en el humilde pueblito de Yapeyú,

en la provincia de Corrientes, Hernán Sosa nació en un pobrísimo ranchito como el que muestra la ilustración, el día 2 de abril de 1963, para alegría de su padre carpintero y de su Santa Madre, entre los animales de su pequeña granja. Un tiro de bengala que se le escapó a un gendarme iluminó la noche en el momento del alumbramiento.

ILUSTRACIÓN. Alumbramiento de Hernán Sosa – Bengala ilumina la noche.

Ya de pequeño Hernancito mostró su celo patriótico. Jamás faltó a clase y enseñaba a leer a sus numerosos hermanitos. Ayudaba a su padre en sus tareas carpinteriles y a su Santa Madre en el cuidado de sus numerosos animalitos.

Hernancito aceptaba con sumisión las órdenes paternas. Todos los domingos, con frío o con calor, iba descalzo a misa de la pequeña capilla de Yapeyú distante 12 kilómetros de su humilde hogar. ¡Reflexionen sobre ello, pequeños patriotas, cuando desobedecen una orden paterna o cuando desean permanecer en las tibias cobijas del lecho los domingos a la mañana, en lugar de regocijar el espíritu al calor de la Santa Iglesia!

3 ILUSTRACIONES. 1-Hernancito atraviesa la nieve. 2-Hernancito atraviesa el sol calcinante. 3-Hernancito atraviesa la lluvia torrencial.

2 – Claudia

Juan Simeran

. 2 .

Claudia

El estudio jurídico es más discreto que suntuoso. Ejemplares de *Nuestra Ley* llenan una biblioteca de caoba sobre una de las pared es de la oficina. Tras el sillón de Claudia cuelga un diploma de letras ornamentales que se queda corto para cobijar tres apellidos rimbombantes. Hay diplomas más pequeños, productos de la asistencia a simposios y congresos. Las alfombras color guinda relucen de limpieza y todo huele a lavanda, perfume de mujer y café recién hecho.

Claudia intenta sin éxito concentrarse en un expediente. Su pensamiento divaga, salta juguetón de un tema a otro, se niega a obedecerla.

Suena la voz metálica del intercomunicador:

—Doctora Quiroga Peña Ortiz, la comunico con el Brigadier Iribarne.

Claudia suspira, su cara se pone terrosa. Cierra el expediente. “Mirando el techo no voy a encontrar la respuesta de qué hacer”. Se decide a tomar la llamada.

—Línea confidencial, Estelita. Cerrame la puerta del privado y que nadie pase.

—Cómo no, doctora.

“Malditas las ganas que tengo de hablar con Pocho, el enfermo ese. Quiero estar sola, tranquila; quiero pretextar dolores de cabeza o una indisposición, irme a casa y dejar el estudio funcionando en piloto automático… pero sé que no puedo eludir una llamada de Pocho. Luego veré qué hago”.

Habla con voz distante, formal, un poco cínica:

—Brigadier, qué gusto escucharlo. Dígame a qué se debe el honor de su llamada…

La voz del otro lado es grave, jadeante y aguardentosa.

—Claudia, no te hagás la boluda. Así que tomaste la sindicatura de la textil Hilantex y no me avisaste… vas por mal camino, Claudia. Y de seguir así te aconsejo que revises bien si tiene una buena póliza de incendio la hilandería. Fijate que esté al día, porque te juro que no va a quedar un solo rollito de hilo de coser… Además, te quedaste con un vueltito ¿no?

Las ojeras de Claudia, antes casi imperceptibles, se marcan aún más, y un rictus de dureza atraviesa en forma perpendicular las comisuras de sus labios. Su mirada se opaca. “Otra vez el enfermo este está borracho y se pone pesado. Un vueltito, Pocho, con cuántos te habrás quedado vos”.

—Oíme, Pocho…

—¿Ahora me decís Pocho… perra? ¿Qué, necesito quemarte la hilandería para que te vuelvas a acordar que soy un hombre? ¿Qué, estás caliente y te querés sacar las ganas conmigo?

“Sos el último hombre sobre la faz de la tierra con el que me sacaría las ganas”, piensa. Claudia quiere cambiar de tema, ensaya un tono entre didáctico y maternal:

—Oíme, Pocho, tenés que dejar de tomar… el hígado…

—Dejar de tomar las pelotas, perra de mierda… —el Brigadier mastica cada palabra como si su boca fuera una vieja remachadora escupiendo clavos, en forma lenta pero implacable—. Dejarme así… después que te forraste con todas las quiebras que te conseguí. ¡Puta! Te voy a mandar a reventar el estudio… que se cuide Maxi cuando le toque el servicio patriótico…

La mirada de Claudia se endurece, el rictus de su boca llega a su punto máximo de tensión. Una red de venitas, antes invisibles, se marcan en su frente despejada. “Que no se le ocurra a este loco meter en el medio a mi hijo, porque lo mato. Milico y todo, lo mato”. Habla con voz firme y clara:

—Pocho, te tengo que cortar. Así es imposible hablar. Cuando te calmes, cuando se te pase la borrachera, si querés, volveme a llamar.

Del otro lado los gritos son frenéticos:

—¡Calmarme una mierda, vos no me tratás como a un loco, reveren..!

Clac.

El silencio del auricular es angelical, diáfano, todo lo contrario a la catarata de veneno etílico que vertiera sobre ella el brigadier. Claudia se desinfla como un erizo que siente que se alejó el peligro. Desaparecen de su cara las durezas y sus ojos vuelven a tener una mirada normal. Mira su estudio

poniendo nuevamente las cosas en foco, como si le costara reconocerlo.

"No tengo tiempo", piensa. Toma rápido su cartera y abandona el privado. En la antesala está sentada su secretaria, una joven morena regordeta de rasgos aindiados y mirada inteligente. Claudia ve, aliviada, que nadie la espera en el sofá de la recepción. "Ahora o nunca".

—Estelita, salgo. No sé si vuelvo.

Estelita ensaya una protesta, con una agenda abierta en la mano.

—Pero doctora, hoy tenemos cinco entrevistas… una audiencia con el síndico de Mastellone…

Claudia la mira suplicante. Estelita no sigue con el listado, cierra resignada la agenda.

—Suspendelas. Hoy me siento mal. Muy mal. Después te llamo, a ver cómo sigo. Necesito, por lo menos, oxigenarme un poco y tomarme un té.

El teléfono vuelve a sonar. Las dos mujeres se miran. Claudia se acerca al oído de Estelita:

—Decile al enfermo ése del Brigadier que me desmayé y llamaste a la ambulancia. Si te putea, aguantalo hasta que se le pase. Está borracho, y los borrachos olvidan rápido. Si se te tira un lance, no te lo recomiendo, pero hacé lo que quieras. Quedás en libertad de acción.

Estelita la mira, cómplice. Claudia, antes de cerrar la puerta, escucha la voz de su secretaria. "Es como un perfume barato, como el tono infantil de una actriz de alguna película picaresca de los '70", piensa.

—Pero mi *brigaduchi*, cómo se me va a enojar así, mire que me pongo a llorar…

El espejo del ascensor de hierro refleja su imagen, su mirada cansina de ojos achinados enmarcados en profundas ojeras. Se da un par de toques de corrector bajo los ojos, luego de abrir la pequeña cartera. "Así está mejor". Sonríe. "Nada mal". Se suelta el pelo, se acomoda un par de mechones sobre la frente. Piensa que sigue siendo una mujer bonita, que los años le han dado profundidad a su belleza.

El aire de la calle le da en la cara. A pesar del humo, a pesar del ruido, a pesar del gentío abarrotado sobre la calle Talcahuano, el aire le parece una maravilla. Al llegar a Soberanía Nacional el aroma irresistible a café que emana del bar *Ouro Preto* la hace detenerse y entrar. Se apoya en uno de

los taburetes sobre la barra. “Necesito que un buen café desempaste mis neuronas”. Ouro Preto está atestado de abogados: Claudia mira las idénticas corbatas de camuflaje militar en tonos de verde, terracota, amarillo y marrón. Los prendedores con la inconfundible silueta de las Islas que adornan los sobretodos. Sobre la vereda de Soberanía Nacional el fárrago humano es incesante. Un vendedor de bujías tiene su precario puestito sobre una tabla y dos caballetes, un abogado obeso calibra calidades mirando a trasluz el chispero.

Más calmada y ya frente a su cortado se impone a sí misma pensar en cosas agradables: “En apenas dos semanas todo este paisaje quedará definitivamente en mi pasado. Ya tengo el pasaporte de Costa Rica para mí y para Maxi”. Saca el suyo de la cartera y lo mira embobada: un auténtico pasaporte de ciudadana costarricense. “Voy a pasar los controles aduaneros de Ezeiza sin que se me mueva un rulo. Qué preciosura el sellito azul, el visado de entrada a la Argentina. Todo en regla, y el recurso de amenazar con llamar al cónsul de Costa Rica si el PM aeroportuario se pusiera pesado”.

“El precio: trescientas cincuenta hectáreas en lo mejor de Pergamino. Excelente negocio: mi libertad a cambio de un pedazo de pasto y una tierra que sólo podría servirme de sepultura si Pocho sigue obsesionado. Pasaje para dentro de exactamente dos semanas, apenas catorce eternos días. Departamento alquilado en San José, la firme posibilidad de un trabajo en Legal y Técnica de la cancillería costarricense…y hago la increíble estupidez que hice ayer”.

Pero no puede dejar de sonreír al recordarlo. Quedó impactada ni bien lo vio, las palabras Costa Rica en su cerebro se diluyeron y pasaron a tener la misma entidad que Tombuctú, Karachi, El Cairo… pero de ahí a realizar una operación turbia en un bar atestado como La Giralda…”Debo estar volviéndome loca”. Más de un colega la miró sorprendido, y quizá alguno notó que introdujo desfachatadamente su tarjeta en el bolsillo del tipo. “Sí, me acuerdo de un pelado que alzó las cejas y sonrió irónicamente. El tipo, el vendedor, estaba tan nervioso que ni se dio cuenta”.

“¿Y con qué objeto hice eso? ¿Idiotez, calentura, ganas de despedirme de la Argentina como ella y yo lo merecemos? ¿Los tres motivos? Al fin y al cabo, no son excluyentes”, piensa y sonríe.

Una mujer se sienta en el taburete contiguo. Luego de mirarla sonriente, la interpela:

—Doctora Quiroga…

Guarda inmediatamente el pasaporte y mira a la extraña. No la reconoce. La

mujer, alta y delgadísima, elegantemente vestida, está acompañada de otra que se ve abatida.

—No creo que me recuerde, y disculpe si la molesto. Soy la licenciada Vera Armendáriz, perito contable. Realicé un par de pericias para su estudio. Acá estoy con una amiga, Ernestina, que se está divorciando y me vino a pedir recomendaciones de algún estudio jurídico. Quizás usted…

Claudia suspira, fastidiada. "Esto me pasa por no alejarme de la zona de Tribunales para desenchufarme. Otro querellante, otra querella, otra infeliz que se mete *motu proprio* en la trituradora judicial". Recita maquinalmente:

—Bueno, yo soy especialista en quiebras, no hago…

—¿Y qué otra cosa que una quiebra es un divorcio? —rápida de réplica, contesta la perito.

"Se ve que no es de las que aceptan un 'no' con facilidad", piensa Claudia.

—Ernestina, te dejo en buenas manos. Me voy volando que tengo audiencia —besa rápidamente a su amiga—. Explicale a la doctora lo que me contaste de Cacho. Y acordate lo que te digo: más vale malo conocido que bueno por conocer. Especialmente tratándose de hombres. ¡Y qué hombre!

Cuando aterrizan los dos cafés sobre la barra, Vera ya se está alejando. La situación es muy violenta y Ernestina mira humillada el suelo. Claudia siente una mezcla de pena y solidaridad por la mujer endosada en forma tan burda. Intenta reanimarla:

—Mire, Ernestina, no se sienta mal. Tómese el café y si quiere caminamos un poco y me cuenta. Hoy pensaba tomarme la tarde libre. Esta mujer, esta amiga suya, Vera…

—Es una hija de puta. Creo que es una de las que se encama con mi marido. Y no son pocas. Disculpe, doctora, no la voy a molestar con mis problemas. Usted ha de tener los suyos.

La mujer tiene los ojos enrojecidos y se esfuerza por no llorar, pero sostiene la mirada. A Claudia se le hace un nudo en la garganta. Repentinamente, un mareo de vértigo la inunda. "Necesito hablar, necesito sincerarme aunque sea mínimamente con alguien. Esta mujer, esta desconocida…".

—Mire, Ernestina, le propongo algo. Yo le cuento mis problemas; de verdad tengo la mañana perdida. Después, si quiere, usted me cuenta los suyos. Tómese el café y caminemos.

Ernestina la mira a los ojos. Lo que ve le gusta: una mirada límpida y tranquila, que inspira confianza. Sonríe con un rictus amargo.

—No crea que soy una ignorante, y escuché que usted se dedica a quiebras.

No me gusta hacer perder el tiempo a la gente, igual le agradezco la buena intención. Pero una caminata no me va a hacer mal, después de todo también tengo la mañana perdida.

Caminan en silencio, luego de dejar un billete de doscientos patriotas sobre la barra, rumbo al Palacio de Tribunales. Se sientan en un banco de la plaza Oribe, al lado de los abigarrados puestos de libros. La mañana es espléndida, las palomas revolotean entre las baterías antiaéreas que se oxidan en el centro de la plaza, los cañones apuntando al cielo, como juguetes que un niño gigante hubiera olvidado allí. Numerosos soldados custodian la escalinata del Palacio, las armas apuntando a la altura de los transeúntes. Sobre las columnas, en el frontispicio, una enorme gigantografía remeda la piedra romana:

AL ENEMIGO, NI JUSTICIA

Claudia se acomoda el pelo, saca un paquete de cigarrillos y convida uno a su casual compañera. Fuman pensativamente. Claudia tose, en realidad le pica en la garganta una absurda necesidad de hablar. Finalmente dice, como si estuviera sola:

—Ayer conocí un hombre, un… vendedor de chequeras robadas —se sonroja—. Un delincuente, según los parámetros de nosotros, los abogados —exhala el humo, mira cómo éste se diluye en el aire—. Le compré tres cheques, sólo como excusa para meterle mi tarjeta en el bolsillo del saco… y no lo volví a ver.

—¿Por qué me cuenta esto? Se supone que la que tiene problemas con los hombres soy yo.

Ambas sonríen. Claudia busca algo en la cartera. Saca dos rectangulitos celestes y uno amarillo.

—La prueba del delito.

Rompe los cheques en pedacitos. Las palomas voraces se acercan para comprobar, decepcionadas, que los papelitos no son comestibles. Claudia logra, pensando en el desconocido de La Giralda, que la imagen amenazante de Pocho se diluya con el humo de su cigarrillo.

—¿Y qué va a hacer si ese hombre la llama o aparece en su estudio?

“Qué buena pregunta. Tiene razón. ¿Qué diablos voy a hacer?”, piensa.

—Creo que usaré la sabiduría hindú, una vieja máxima de los textos védicos: “Primero cojo y después me arrepiento”. Eso sí que no está en los

libros de derecho.

—Doctora, cuide la lengua… que la va a necesitar.

Ambas ríen.

—Si sabía que venir a Tribunales era tan divertido, hubiera venido antes.

—No sabés lo divertido que es. No tenés más que mirar la cara de los abogados: unas tremendas caras de divertidos. Y las quiebras, más divertidas imposible, un carnaval carioca de alegría.

Ahora callan, pensativas. Claudia convida el segundo cigarrillo. "Bueno, ya lo hice. Hablé. No hay vuelta atrás", piensa más aliviada. Ernestina sentencia, casi hablando al desgaire:

—Mirá… dale para adelante. A esta altura de la vida, un enamoramiento también puede ser el último. Y si el tipo vende chequeras robadas, sus razones tendrá. La vida no es fácil para todos… no estoy diciendo que sea fácil para vos, por favor, no me malinterpretes. Pero la decencia no se mide por la ocupación. Y algo le habrás visto a ese hombre, y ese algo tampoco una lo puede definir con tres palabras, ni con trescientas ni con tres mil. Pero ese algo, está.

Claudia la mira admirada. No esperaba tanta lucidez.

—Dije que tenía la mañana perdida, pero la gané. Me decidiste, tenés razón. Al diablo que sea un delincuente. Respecto a lo tuyo…

—Estoy demasiado ofuscada y confundida. Dame tu tarjeta y, un día con más calma, te cuento. Y me recomendás un buen abogado en divorcios. Seguro conocés.

—No hay mejor abogada en divorcios que una misma, y en algo coincido con la turra de tu… amiga Vera: el mejor divorcio es el que no se hace.

Se levantan y se saludan como viejas amigas. Claudia se siente con fuerzas como para volver al estudio. "Sé que no de jugué limpio del todo, que no dije que me voy en catorce días del país. Sé que existe un límite en lo que le puedo confesar a una desconocida. Pero de algo me sirvió hablar, si el tipo aparece no se me escapa".

En la puerta del estudio escucha un sonido extraño. "¿Pocho habrá mandado a reventar la oficina?".

Es un ruido sordo. Claramente se oyen sillas que caen y gritos. El primer grito es de su secretaria. Un gritito juguetón. Y luego otro, ahogado.

Sonríe. “Pocho se vino, nomás. Debe estar persiguiendo a Estelita, borracho. Que se joda por estúpida. O qué se pensaba, que iba a hacer pucheritos impunemente del otro lado del teléfono”, piensa. Se aleja despacio, amortiguando sus pasos.

“Hoy se suspenden todas las audiencias. Quedo legalmente notificada”.

Por el pasillo, yendo al ascensor, por cada paso que da, aventura: “Me llama”, “no me llama”, “me llama”, “no me llama”.

Al llegar al ascensor, sale: “Me llama”. Baja con la inexplicable seguridad de que el desconocido se comunicará al otro día. “No me siento como una niña ni como una adolescente, sí como una… boluda. Pero no me importa”.

¡ARGENTINOS A VENCER!

Manual del Alumno Patriota – Editorial Sudatlántica

Hojas de Trabajo Nros. 47-50 – Tercera graduación (Alferecitos)

Con Supervisión del Ministerio de Planificación Escolar Estratégica

(Pruebas de galera)

MALVINITA Y MATASIETE

Terminada la primaria con notas sobresalientes, Hernancito

se dedica a las tareas que aprendiera de pequeño, con especial celo en el degüello de cerditos, vaquitas, gallinitas, cabritas, nobles caballos viejitos y algún perrito. En los campos vecinos, todos se sorprenden con la habilidad de nuestro Prócer en el manejo del cuchillo. Hernán Sosa es un auténtico Gaucho correntino, y en premio por sus desinteresadas habilidades (siempre quiso participar en los degüellos sin querer jamás una retribución monetaria) el Suboficial a cargo de la Guarnición de Policía Militar de Yapeyú le obsequia los dos únicos regalos que el humilde Hernán tuvo en su vida: un facón que perteneciera a Martín Fierro y su petisita Malvinita. A partir de ese momento Malvinita y Hernancito fueron compañeros inseparables. A su facón le puso de nombre "MATASIETE", y dicen que nunca más se separó de él, ni para dormir ni para bañarse.

2 ILUSTRACIONES. Alumbramiento de Hernán Sosa – Bengala ilumina la noche.

Ya de pequeño Hernancito mostró su celo patriótico. Jamás faltó a clase y enseñaba a leer a sus numerosos hermanitos. Ayudaba a su padre en sus tareas carpinteriles y a su Santa Madre en el cuidado de sus numerosos animalitos.

Hernancito aceptaba con sumisión las órdenes paternas. Todos los domingos, con frío o con calor, iba descalzo a misa de la pequeña capilla de Yapeyú distante 12 kilómetros de su humilde hogar. ¡Reflexionen sobre ello, pequeños patriotas, cuando desobedecen una orden paterna o cuando desean permanecer en las tibias cobijas del lecho los domingos a la mañana, en lugar de regocijar el espíritu al calor de la Santa Iglesia!

2 ILUSTRACIONES. 1-Hernán con su yegua Malvinita en un campo de trigo. 2-Hernán orgulloso y sonriente con su facón en la mano derecha, a sus pies un cerdo degollado, ambos sobre un charco de sangre.

Ya nos acercamos al momento estelar en la vida del Prócer, ese momento que todos conocen. Pero, piensen: ¿Acaso

no fueron todos los momentos de su vida momentos estelares? ¿Acaso nuestro héroe hubiera podido ser el benemérito Héroe de la Soberanía Nacional, sin antes haber tenido una sólida formación como Argentino y como Cristiano? ¿Acaso de haber tenido un padre apátrida, una madre casquivana, un cura despreocupado de sus obligaciones pastorales o un Suboficial a cargo de Guarnición que diera un mal ejemplo, Hernán hubiera cristalizado en sí todas las virtudes que nosotros queremos emular? Por eso —les aconsejamos—, no ahorren esfuerzos en aprender de todas las acciones virtuosas de la vida de Hernán Sosa. En especial ahora, que nos acercamos a la:

3 – Bernardo

Juan Simeran

. 3 .

Bernardo

Luego de pasarse los últimos veinte años de su vida doce horas diarias tras el mostrador de una sedería, Bernardo camina por la calle, ocioso, un día laborable, con el paso vacilante de un marinero recién bajado a tierra. “No tengo que levantar ninguna cortina metálica, ni abrir ninguna caja registradora, ni atender ningún proveedor, ni soportar a ningún cliente”, piensa satisfecho. Hubo días en que lo único que ingresaba al comercio eran intimaciones de pronto pago. O visitas de los muchachos de “morosos incobrables”.

Sus pasos lo llevan, sin que lo pueda evitar, por las familiares calles del Once. Por Oribe, casi llegando a Pasteur, mira la franja roja que cruza el cartel en su local, o mejor dicho, del que *había sido* su local:

VENDIDO

Se siente bien, observa con absoluta indiferencia las siete letras blancas que indican que ese lugar ya no le pertenece. “No entiendo cómo no tomé esta decisión antes”.

El tiempo libre es una rara novedad y lo llena, por ahora, deambulando sin rumbo por el Once, el Centro y la decrépita zona de los *docks* abandonados de Puerto Madero, con una edición barata de *Moby Dick* por todo equipaje. Bernardo, lector incansable, gusta de parafrasear a un personaje de Raymond Chandler que dice: “Me dedico a matar el tiempo, pero éste no se deja matar tan fácilmente”. Con la diferencia que el personaje de Chandler era rico, y a él apenas le quedaron treinta mil dólares luego de liquidar su comercio y cancelar cuantiosas deudas. “Treinta mil dólares, suma chica

para ser grande y grande para ser chica. Treinta dineros, como Judas", piensa, "y aunque busque en todo el Once no encontraré una sola morera donde ahorcarme".

Sigue caminando por Oribe, sin apuro, la mente en blanco. En la zona de la Facultad las calles están llenas de estudiantes. Bernardo observa a los muchachos trajeados y de pelo corto. Los colores que predominan son el gris arratonado y el azul marino. Las chicas visten polleras escocesas tableteadas, camisas blancas y usan el pelo recogido. De los bares, Bernardo percibe el alegre bullicio de la muchachada. Ese barullo le parece lo único vivo a lo largo de Oribe.

Pasando Levingston, los estudiantes se transmutan en un ejército de abogados, que hormiguean abriéndose paso con los brazos soldados a maletines.

En Plaza Oribe camina observando las baterías antiaéreas, los puestos de libros, el eternamente plácido devenir del tiempo en el Petit Colón. "Los puestos de libros son territorio hostil, sé que encontraré innumerables versiones de *Protocolos de los Sabios de Sión*, *Mi lucha* o *Cómo gané la guerra*, así que mejor ni me acerco. La última vez que me tenté y me puse a mirar libros casi me trompeo con el librero".

Bernardo se detiene a esperar el semáforo en Conscripto Hernán Sosa.

Ve las manchas de sangre alrededor de la Plaza de la Patria. Viscosas, irregulares; no hay dos iguales. Empleados de limpieza se afanan por sacarlas, como así también las chamusquinas de fogones encendidos en pleno centro, tanto en el césped de la Plaza como sobre el asfalto. Huele los aromas de leña y grasa quemada que aún perduran.

En la intersección con Soberanía Nacional, bajo el obelisco, se halla la cripta ardiente del Conscripto Hernán Sosa. Bernardo recuerda que unos días atrás se habían realizado los festejos del aniversario de la batalla de Monte Longdon, en los cuales los cuchilleros correntinos habían degollado cerdos con la bandera de Inglaterra estampada en el lomo. Luego se había asado la carne. El olor a carne asada llegó desde Revolución Libertadora hasta San Martín. El bacanal había durado hasta la madrugada; Bernardo se descompone de sólo imaginarlo: ese día ni siquiera miró televisión, porque los festejos se habían transmitido en Cadena Nacional.

Sigue caminando, ya entrando en la populosa Oribe de la zona de los cines.

Ve los pósters de promoción del último éxito de Palito Ortega: los actores sonrientes entre los paisajes nevados, el mar plomizo. *"Un chanta en Puerto Argentino"*.

Los locales exhiben remeras estampadas con Patoruzúes aplastando coronados leones decrépitos. Otro motivo recurrente es el rostro de Carlos Gardel, enfundado en uniforme de camuflaje militar. "Cada día mata mejor", se lee en la estampa. Otros productos, bolsos, camperas, retratan a Galtieri y al conscripto Hernán Sosa. La inconfundible silueta de las Islas se repite en termos, mates y hasta en lencería femenina.

Esta es una de las pocas zonas de la ciudad donde se aventuran los turistas. Bernardo deambula incómodo y temeroso entre ruidosos *skinheads* europeos que toman cerveza en mesitas sobre la peatonal. Es la única zona de la ciudad donde Bernardo ve computadoras portátiles, la otra es la zona de la Bolsa. Los 4C patrullan cada centímetro de Oribe haciendo la vista gorda con los vendedores de *hash*, *crack* o heroína, productos que sólo consumen los extranjeros. Pero mantienen un férreo control ante pedigüeños de toda laya: Bernardo no ve un solo desharrapado en todo Oribe. En cada esquina, hay un hombre vestido de negro con brazaletes dorados: 4C. *Comando de Caza del Crimen Común.*

Las prostitutas dejan circular en paz a Bernardo; con ojo clínico adivinan al compatriota sin dinero ni deseo. El aroma a fritura inunda el aire ya desde temprano, y de los restaurantes emana el olor a parrilla que enloquece a los extranjeros. En locales a la calle se ofrecen los *Patriotic tours*. Bernardo lee:

YOU CAN BE AN OTHER PROUDLY ARGENTINIAN SOLDIER

FIGHTING AGAINST THE BRITISH IMPERIA.

WE TAKES YOU FOUR DAYS TO THE ISLANDS TOUR BY ONLY

2,500 DOLLARS

YOUR PERSONAL SECURITY ARE GARANTEED.

SEE THE PLACE WHERE THE REAL ACTION IS !!!

ENJOY THE AUTHENTIC ARGENTINIAN EXPERIENCE !!!

VISA AND AMERICAN EXPRESS ARE ACCEPTED

"¿Qué gringo puede ser suficientemente boludo para pagar 2.500 dólares para ir cuatro días a las Islas a ver cómo caen misiles?", se sorprende Bernardo. Si bien su inglés es bastante flojo, entiende bien lo de *authentic argentinian experience*. "¿Quieren sentir la auténtica experiencia argentina,

gringos del carajo? Métanse en un armario treinta años, taládrense el cráneo, cósanse la boca y después me cuentan”.

Bernardo odia circular por esta zona de la ciudad y apura inconscientemente el paso. Su mayor placer es llegar, pasando el Bajo, a la semiabandonada zona de Puerto Madero. Allí cesa todo el ajetreo ciudadano, los yuyales primero se insinúan entre bloques rajados de asfalto y van avanzando de a manchones hasta explotar en un verde compacto. El río ronronea su aliento pestilente. Enormes ratas saltan como canguros entre cubos de hormigón de los que sobresalen hierros retorcidos. Bernardo avanza sintiendo el barro bajo la suela de sus zapatos, hasta que no puede caminar más.

Se sienta a fumar el primer cigarrillo de la mañana sobre un montículo de escombros de construcción: grandes trozos de estuco y argamasa muestran sus entrañas de ladrillos color terracota.

Una gaviota emite chirridos horribles. Bernardo eyecta el pucho aún encendido, haciendo resorte con sus dedos pulgar e índice, y la gaviota se abalanza sobre la supuesta comida.

Los lanchones de la Marina patrullan de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, tejiendo una red de acero en las aguas encrespadas. Tras esa red, tras la prohibición de emigración del ’87, Bernardo lo sabe: “El mundo siguió su curso normal, el tiempo no se congeló en un único fotograma. Además de computadoras, televisores de plasma y teléfonos celulares existe, del otro lado, la libertad”.

Bernardo pasa extático el tiempo muerto, mirando con fijeza el horizonte, las nubes como ubres gigantescas casi tocando la línea marrón del río. Se imagina caminando en las calles de Montevideo. El libro permanece cerrado mientras murmura palabras con los ojos entrecerrados, como si rezara un mantra tibetano: “Canelones… Rocha… Pocitos… Carmelo… Durazno”.

No le importan los calambres que torturan sus glúteos, ni el frío que le hace castañetear los dientes. Cuando tiene hambre, camina hasta un destartalado puestito que vende sándwiches de bondiola. El pan es duro, la bondiola tiene más grasa que carne y el chimichurri de gusto ácido le deja picando la lengua por un rato largo. De postre se fuma un cigarrillo.

Ya hace dos semanas que repite esta rutina. “El tiempo libre y este único sándwich que almuerzo todos los días como un oficinista puntual son los máximos lujos que me dí en los últimos diez años. Sé que esta situación no puede ser eterna, sé que a mi hijo debo darle algo más que la imagen de hombre abúlico y triste que pierde su tiempo en la contemplación del río.

Sé que debo hacer algo para recuperar, aunque más no sea, un brillo de respeto en la mirada de Marita. Ni hablar de deseo, o cariño; no pretendo tanto".

La grasa de la bondiola manchó el cuello de su camisa a rayas blancas y rojas. Una fea mancha en una camisa impecable. "Y las manchas de grasa no salen con nada. Si no trabajo, si no gano dinero, no podré renovar mis camisas, y éstas se cubrirán de manchas. Los colores se irán destiñendo, y mi aspecto no será muy diferente del de los 'crotos' que mi papá me señalaba de chico como el ejemplo de una vida desaprovechada".

Se le empañan lo ojos. El dilema se le presenta insoluble. "No quiero quedarme acá, pero tampoco quiero alejarme de mi hijo. De Marita me siento cada vez más lejano; desde que trabaja como secretaria en el ministerio una frialdad se interpuso entre nosotros. Más Marita se afianza en su puesto, más yo siento ganas de rajar del país".

Por las veredas destruidas de los que alguna vez fuera la Costanera Sur camina entre condones tirados, botellas vacías, colillas y otros residuos. Donde algún ciruja duerme al lado de una botella de vino, el olor a mugre le hace insoportable el paso. Un cuzco se le pegó moviendo la cola y lo acompaña hace ya tres cuadras. Un par de prostitutas desdentadas, flacas —con flacura de hambre—, esperan su improbable clientela. El perro parece contento. "Se contenta con poco", piensa Bernardo. Siente deseos de comprar un choripán para alimentarlo, pero se avergüenza de pensar eso donde se adivina el hambre de sus semejantes. Finalmente ni alimenta al cuzco ni a ningún indigente.

A medida que se va acercando nuevamente al Centro, las calles pierden ese aspecto de barco naufragado que tienen en la ribera. El perro lo acompaña sólo hasta antes de cruzar Antártida Argentina, trotando luego en dirección al río, quizá adivinando que su compañero no es más que un *flaneur* que vuelve al cobijo tibio de la civilización.

Entra en un cafetín enclavado en una esquina, llamado pomposamente "Rey de Copas". Desea calentarse un poco y pedir una ginebra. El cafetín es propiedad de un jugador de fútbol, vieja gloria del club Independiente. Bernardo mira las paredes que lucen fotos enmarcadas, viejas tapas descoloridas de *El Gráfico* y *Goles*, camisetas rojas con el número 9. Alguna que otra foto del jugador dándose la mano con algún militar. Las seis mesas del café están vacías, no obstante el mozo se toma su tiempo para dejar de leer el *El Caudillo Deportivo* y atenderlo. Tras la caja registradora ve la misma cara que se repite en las fotos, surcada de arrugas bajo un pelo negrísimo y rígido. Bernardo mira admirado los detalles: un

pañuelo de seda bordó con minúsculos lunares blancos al cuello, abierta camisa de cuello ancho color canela y saco azul cruzado con botones dorados y escudo en el bolsillo, donde asoma un pañuelo al tono. “Un *dandy*d e algún tango de los ’40”, piensa.

Escucha la voz nasal de Julio Sosa que, desde una radio, frasea “qué me van a hablar de amor”. Bernardo, el libro abierto sobre la mesa de fórmica, conversa sobre el amor con el difunto cantante: “Mi mujer me dejó por un milico. A mí también me están sobrando los consejos”.

Ingresa al establecimiento un hombre que saluda al dueño por su apodo, “Ñato”. Se dan palmadas afectuosas. El hombre, joven, tiene para Bernardo un aire familiar. Lo reconoce: es Javier, a quien no ve hace años, no recuerda cuántos. Javier, compañero del secundario y de la abandonada carrera de Arquitectura. “Qué raro que pueda tener algo en común con el dueño del bar”, piensa.

“Javier, el más brillante y carismático de la camada, el único que se atrevía a seducir profesoras”.

A Bernardo no le sorprende que su viejo compañero no lo reconozca. “La vida sedentaria de comerciante ha hecho estragos en mi cuerpo, y los kilos se me fueron adosando con igual ferocidad que las deudas”. Se para y se dirige al encuentro del otro, que tarda en reconocerlo. El rostro afilado de Javier se enciende con una alegría sincera.

—Berni viejo y peludo… estás igual… pero, por favor, no me preguntes igual a qué.

—Bueno, me lo puedo imaginar. “Igual a un tonel” no sonaría tan mal…

Los dos amigos se quedan observando el paso del tiempo en el otro. Javier reacciona, como siempre, con reflejos rapidísimos.

—Mirá Bernardo, necesito terminar unos negocios acá con el caballero… Si podés, pasado mañana estoy en el centro. A las once, puedo estar en La Giralda. Prometo solemnemente dedicarte toda la mañana. Y llevar tinta rotring para brindar por los viejos buenos tiempos.

Bernardo comprende que, si bien Javier quiere sinceramente encontrarse tranquilo con él, en ese momento su presencia molesta. “Vaya a saber qué clase de negocio tiene que cerrar con el tipo, que ya me mira impaciente”. Se levanta y el de la caja le hace claros gestos de que no pague

—Dale, yo llevo el papel vegetal. Con un buen gramaje, hasta podemos hacer un tostado. Entonces, pasado mañana a las once…

—En La Giralda. Donde…

—Ni me lo digas. Donde ambos esperábamos que Marita saliera de las clases de teatro.

Javier es cauteloso, simula indiferencia:

—¿Y Marita cómo anda?

—Imagino que bien. Nos separamos. Es la madre de mi hijo. Es secretaria en un ministerio. Pero ya vamos a hablar con tiempo, el tiempo me sobra. Ahora te dejo hacer, trabajá tranquilo.

Bernardo se aleja, luego de darse efusivamente la mano con Javier. Éste apoya el maletín sobre el mostrador y lo abre con un chasquido metálico. El interior es un muestrario de talonarios de colores. Javier simula entusiasmo, habla en voz baja y mirando de costado:

—Ñato, hoy te traje merca de primera. Elegí, hay del Banco que quieras. Y todos de Zona Norte. Los del Estrella Federal te los agarra cualquiera, entran por un tubo. Cuentas limpias, eh, sabés que no te meto en quilombos. ¿Cuántos te separo?

¡ARGENTINOS A VENCER!

Manual del Alumno Patriota – Editorial Sudatlántica

Hojas de Trabajo Nros. 51-52 – Tercera graduación (Alferecitos)

Con Supervisión del Ministerio de Planificación Escolar Estratégica

(Pruebas de galera)

JUVENTUD DE HERNÁN SOSA

Uno solo era el anhelo del joven Hernán Sosa: conocer todos y cada uno de los rincones de su querida Patria, y por otra parte nada hubiera deseado menos que a sus padres les faltara su indispensable ayuda, ni que a sus 12 hermanitos les faltara su consejo, guía y ejemplo. Imaginen sus tribulaciones, su lágrimas que se confundían con el rocío de la mañana. Sólo Malvinita era depositaria de su único secreto. Pero como al ojo omnisciente del Señor nada se escapa, y como Hernán Sosa desnudara sus más recónditos pensamientos en confesión ante el curita del convento de Yapeyú, éste decidió poner manos a la obra y ayudar a Hernán. Sus doce hermanitos fueron distribuidos entre generosas familias que les darían cobijo, alegrías y ejemplos de rectitud; la Santa Madre de Hernán pasó a desempeñarse como auxiliar pupila en el Convento de Novicias del Sagrado Corazón de Yapeyú y el padre de Hernán pasó a ser el Carpintero Oficial de la Guarnición Militar y comenzó a realizar las culatas de rifles que el Ejército tanto necesitaba para mejor defender a la Patria. Hernán, con lágrimas en los ojos, besó la diestra del curita el día que se despidió del pueblo, como bien verán en la ilustración que prosigue. Con la sola compañía de su yegua Malvinita y su facón MATASIETE, Hernán abandona Yapeyú para adentrarse en los senderos más lejanos de nuestra amada Patria.

ILUSTRACIÓN. Hernán de rodillas besando la diestra del curita. Los observan Malvinita y Jesucristo.

Niños, jamás se acerquen a un apátrida. Son ellos, en su ignominia, en su odio feroz, quienes jamás lograrán entender todo el amor que tiene para darnos el Conscripto Hernán Sosa. Son ellos quienes en su desesperación, quizá intentarán hacernos creer que Hernán Sosa no fuera más que un maleante, un violador, un borracho, un asesino u otras categorías de la nefasta mal vivencia. Niños patriotas, repudien a la Antipatria. Y antes de proseguir con las aventuras de Hernán Sosa en su periplo por los caminos de la Patria, aquí va una ilustración de un Apátrida, para que nunca se equivoquen y vayan a prestar oídos a sus

embustes.

ILUSTRACIÓN. Foto de Mick Jagger envuelto en la bandera inglesa.

4 – Marita

Juan Simeran

. 4 .

Marita

Subiendo las escaleras de mármol Marita siente un escalofrío. Aún le cuesta considerar como real su rutina de traspasar las alturas inaccesibles del Poder. Su atractivo es un imán para las miradas masculinas, a las que está tan acostumbrada que ya ni nota.

Piensa: "Todo cambió en mi vida desde que conocí a Archimbaldo. Una historia de Cenicienta, donde Archimbaldo ha calzado en mi diminuto pie un borceguí de faena en lugar del zapatito de cristal". El chiste es tan estúpido que ríe, cosa que no hace muy seguido.

El Ministerio de Planificación Escolar Estratégica se ubica en Retiro, en el viejo edificio llamado desde siempre "El elefante blanco".

Un conscripto armado con un FAL espera para revisar su credencial y escanear su bolso. Es su primera cola del día, antes de las que ya divisa en el hall circular al que dan las puertas de cada uno de los catorce ascensores.

Tito se acerca a saludarla y a ofrecerle el primer café de la mañana. Uniforme marrón de solapas amarillas, carrito con termos multicolores y estampa discepoliana.

—Pero cómo le va doctora Marita, la más hermosa secretaria de este patriótico Ministerio. Permítame ofrecerle un cafecito en esta mañana de tanto frío, la casa invita y para mí es un honor. ¿Cortado, capuchino? ¿Tal vez un té, doctora?

Marita sonríe ante la inofensiva galantería: el coqueteo inocente se considera un detalle de delicadeza naval. "No hay hombre en todo el Ministerio, desde el capitán general hasta el último guardiamarina, que no sepa que soy mina de Archimbaldo".

Como todos los días, ella no permite que Tito le regale el café. Que sí, que

no, que faltaba más, el regateo posterior forma parte de sus rituales cotidianos.

El cafetero susurra, mientras guarda el dinero:

—Hoy no andan bien ni el cuatro, ni el seis, ni el doce. No se clave, doctora. Los que están en esas filas tienen para dos horitas por lo menos.

Marita agradece con una mirada que todavía conserva el brillo de su primera juventud.

Mira su pequeño reloj —un Rolex de oro con incrustaciones, regalo de Archimbaldo—:las siete menos veinticinco. El reloj del hall está detenido en las once menos dos minutos. A pesar de haber tres ascensores menos llegaría a punto para las siete; nada molesta más a Archimbaldo que la impuntualidad. Tarda en la cola del ascensor lo mismo que en llegar desde su casa, viajando en colectivos abarrotados.

"Menos mal que ya tengo en trámite la solicitud para que me comisionen un vehículo de uso propio. Ya Archimbaldo consiguió que me autoricen el uso de un teléfono celular y el acceso de una hora diaria a Internet. Ya quisieran Dora o Vane tener *mail*", piensa satisfecha.

El celular duerme inútil en el fondo de su cartera: ni sus amigas, ni su familia, ni su ex tienen alguno. Igual situación le sucede con Internet, y le cuesta recordar su dirección electrónica.

El ascensor se va tragando porciones de la cola que repta como una serpiente china.

Como todos los días, dentro del ascensor ve las fotografías de batallas colgadas de la pared: Monte Longdon, Pradera del Ganso, Puerto Argentino. Fotos en blanco y negro de soldados semihundidos en pozos de zorro, aferrados a sus ametralladoras. El blanco enceguecedor de la nieve difumina los contornos. En la parte superior de las paredes se lee la consigna en placa de bronce:

¡ARGENTINOS A VENCER!

El ascensorista luce como un botones de hotel de alguna película de los'50. Marita saca un pequeño espejo y acomoda su cabello. "Tengo tiempo: el viaje hasta el piso 14 demora unos quince minutos". El ascensor, a la mañana, es un muestrario de perfumes, colonias y lociones *after-shave*. "Huelo Atkinson, huelo Old Spice, yo misma huelo al Channel que Archimbaldo trajo de contrabando". Por las tardes nada puede disimular el olor a sudor, las ojeras y las barbas incipientes.

En el pasillo hay Guardiamarinas custodiando cada una de las puertas que dan a los despachos. Los soldados se cuadran a su paso: “No dejo de ser una civil pero soy la mina de Archimbaldo, y guay del que no se cuadre”. Al paso de un Infante, los taconeos se escuchan secos, las manos enguantadas vuelan hasta detenerse rígidas a un milímetro de la sien.

En el centro del pasillo está la misma escultura que ve todos los días: la de las Madres de los Caídos en la Lucha contra la Subversión.

En el despacho Archimbaldo la recibe con una sonrisa felina, levantando las comisuras de la boca bajo los frondosos bigotes, los ojos estallando en una red de arrugas. “Aunque abundan los Infantes de vientres enormes y rostros abotagados, él aún tiene la estampa que todo militar debiera tener”, piensa ella.

Él luce con orgullo sus condecoraciones de guerra. Marita, ante la inexistencia de anécdotas de las Islas, llegó a la conclusión que él no tendría demasiado qué contar. Se pregunta, siempre, si las condecoraciones no provendrían de apuestas ganadas a camaradas, quizás en el mismísimo Casino de Oficiales.

Ambos saben que un destino en el Ministerio de Planificación Escolar Estratégica es deshonroso para un Infante. “Lo que se puede morder con compras de pupitres o impresiones de manuales no tiene comparación con la torta que se reparten los que compran y venden armas”, recuerda Marita la letanía que él repite, quejoso, en largas tardes en que no tienen demasiado qué decirse.

Marita se sienta en su escritorio. Por la ventana alcanza a ver tres portaaviones atracados en las aguas marrones del río. Un helicóptero sobrevuela la costa a baja altura, haciendo temblar el vidrio del enorme ventanal.

Archimbaldo está reunido con Zylberstein, el proveedor de tizas. Le guiña un ojo; ella se dispone a no oír lo que, inevitablemente, escuchará aunque no quiera. Se concentra en una mosca que golpea contra la ventana. *Tac. Tac.* Le abre la ventana, pero el insecto no sale. “¿Cómo se llamará la mosca? ¿Marita?”.

—Che, ruso, no me vas a decir que no me podés mandar cincuenta mil tizas para la semana que viene.

El tono es inapelable. Marita oye cómo Zylberstein se revuelve incómodo, carraspea, antes de contestar:

—Mi Capitán, se lo ruego: libéreme algún pago. Un año de atraso es demasiado, usted bien sabe que yo tengo que pagar…

—Sí, ruso, los sueldos y los remedios de tu santa viejita. Oíme, ¿cuántas veces te tengo que decir que yo no tengo nada que ver con la Subse de Finanzas? ¿O te parezco un contador, yo? ¿O te pensás que esa guita la tengo yo en mi bolsillo? Yo te pido tizas, y tus problemas contables los dirigís a quien corresponde, si corresponde. Y si no tenés para pagar los sueldos, en lo que a mí respecta, podés ir a asaltar a los caminos. ¿Comprendido? —Marita lo escucha alzar la voz, desencajado—. ¿O qué pretendés, que los maestros escriban con los dedos porque un ruso de mierda no tiene para pagar los sueldos?

El silencio repentino es como una masa sólida. Marita mira disimuladamente al comerciante: está lívido. "Pero ni amaga con irse y aún no firma la aceptación de la orden de compra. Le sostiene la mirada a Archimbaldo, con ojos helados. Qué huevos tiene este tipo", piensa.

Marita conoce de memoria lo que sigue, y no se sorprende cuando Zylberstein arriesga:

—Mi Capitán, yo estoy dispuesto a retribuir su generosidad y sus molestias…

—¿*Retribuir*, señor Zylberstein? ¿A qué se refiere exactamente? —Archimbaldo mira el techo.

"Le volvieron los colores a la cara, a Zylberstein. Pasó de 'ruso de mierda' a 'señor', va bien encaminado", casi se divierte Marita. O se descompone, o ya ni sabe qué la divierte y qué la descompone.

—Cincuenta por ciento, mi Capitán.

Archimbaldo masajea sus sienes, como si estuviera por resolver un difícil problema. Finalmente, carraspea y se dispone a emitir su veredicto:

—Usted hará carrera como proveedor del Ministerio. Y en lugar de cincuenta mil tizas le duplico el pedido a cien mil. ¿Cuánto es lo que se le debe, señor Zylberstein?

—Catorce millones y medio de patriotas, aproximadamente.

—¿Trajo recibo?

—Por supuesto, mi Capitán —Marita capta un tono cínico. "Y si no trajo recibo a qué diablos vino", piensa.

Archimbaldo se dirige a Marita:

—¿A partir de qué horario abre la caja de Logística Estratégica?

"Cómo se hace el boludo. Como si no supiera que está abierta, como si no supiera desde el primer momento que le iba a robar a este pobre tipo la mitad de la facturación".

Se esfuerza para que el disgusto no se le transparente en la voz:

—Ya está abierta, mi Capitán.

—Bueno, Doctora, redacte una orden de pago estratégico a cuenta de catorce millones y tráigamela para la firma.

—Comprendido, mi Capitán.

Marita introduce un formulario en una vieja máquina de escribir y teclea.

Archimbaldo se para e introduce los pulgares en el cinturón, abombando el pecho. Zylberstein lo observa sentado: sabe que debe esperar la orden para ponerse de pie.

—Rusito, hoy te vas de acá con siete palos. Esperá afuera, la doctora te acompaña a la Subse. Firmame la orden de compra y mandame la semana que viene cien mil tizas. Ahora no me vengás con la milonguita de que no tenés para los sueldos, eh.

—Por supuesto que no, mi Capitán, la semana que viene tiene la mercadería. El dinero…

—El dinero se lo das a la Doctora y no te equivoques al contarlo, que te mando cortar los dedos… Espérela afuera.

La orden es terminante y Zylberstein sale del despacho.

—Marita, hoy nos patinamos estos siete palos. ¿Qué querés hacer?

La sonrisa felina de Archimbaldo estira su bigote hasta los pómulos y un haz de arrugas convergen en el ángulo de sus ojos amarillos.

“Hoy será una noche larga, una noche de juerga”, piensa Marita con fastidio. Ella no siente ningún placer en despilfarrar dinero: la austeridad es un valor que le han inculcado desde niña. “Y además me siguen faltando cosas básicas, como una buena heladera o un lavarropas. Y sigo viviendo en un departamentito sin luz en un barrio horrible. Pero él es así: el dinero, como entra, sale”. Sonríe, se supone que debería mostrar entusiasmo. “Mi hombre-cazador ha cazado siete millones y por una noche se va a sentir como un predador satisfecho. Tú-Tarzán, mí-Jane. La gacela está servida”. Se esfuerza en que la pregunta suene insinuante:

—¿Y… adónde me querés llevar?

—¿Te parece al Hipercasino de Recoleta?

Marita suspira aliviada. “Ruleta, nada de sexo: los últimos fiascos lo asustaron. Como mucho, ese dinero durará un par de horas. No tengo el más mínimo deseo de acostarme demasiado tarde; igual tengo que conseguir alguien que cuide de Jaime por si Archimbaldo quisiera dormir en una suite del hotel del Hipercasino y volver a probar si la cosa

funciona”.

—Como quieras. Lo que vos quieras está bien, mi amor. Firmame y vuelvo en un ratito.

Sale y recorre los pasillos, seguida de Zylberstein. Se menea provocativa, gira para hablarle consciente del vaivén exacto de su cabello, la blancura marmórea de su cuello.

—Vamos,señor Zylberstein. Tenga la bondad de acompañarme.

La mirada del hombre es curiosa.

—Doctora Muller, ¿me permitiría preguntarle de qué parte de Alemania proviene su familia?

Marita se sorprende por la pregunta, su estudiada seguridad se desarma un poco.

—Por supuesto, señor Zylberstein, pero mi familia no proviene de Alemania. Eran alemanes que vivían en Lvov, Polonia.

—Mis padres eran también de Lvov. Somos coterráneos, en cierta forma ¿no? *Deutsche polishers*.

Ambos ríen. Zylberstein prosigue:

—Doctora, me gustaría preguntarle algo que quizá le parezca una impertinencia. Le ruego me crea si le digo que sólo me anima una curiosidad… casi científica. No hay resentimiento en lo que le quiero preguntar. Si usted lo permite, por supuesto.

El comerciante ha despertado su curiosidad. Habían ingresado en un pasillo sin guardiamarinas, pero aún así hablan en susurros: el Ministerio está sembrado de cámaras y micrófonos.

—Pregunte por favor, señor Zylberstein. Pregunte tranquilo.

—¿Pero me promete, doctora, que no se va a enojar?

—Prometido, palabra de… alemana de Lvov. *Deutsche polisher*.

Zylberstein dispara:

—¿En cuánto tiempo se gastarán los siete millones que me rob… que me sacaron hoy?

Marita se para en seco. Zylberstein la sorprendió. Lo mira a los ojos. A esos gélidos ojos grises, imperturbables. Como si conversaran sobre el tiempo, un resultado deportivo o cualquier otro tema indiferente.

Le cree a Zylberstein. Decide, como extraña reparación por las humillaciones recibidas, no mentirle.

—En dos horas, señor Zylberstein.

Los ecos de sus pasos y el zumbido de una fotocopiadora son lo único que se escucha en el pasillo. Marita prosigue:

—En *una juerga* de dos horas. Pero no se sienta mal…

Un duende malévolo se instala en su cabeza y le dicta qué hacer. Sabe que es una locura, pero no puede detener el placer de tirarse al vacío. Por su cabeza pasan las imágenes del último fracaso de Archimbaldo, de sus excusas. Con lo que ella sabe, es poderosa. Y, por lo que está aprendiendo en el Ministerio, el que tiene poder lo usa. Acerca su boca al oído del hombre y le dice en un susurro:

—La juerga es en el casino, pero créame que usted la pasa mejor en su casa, con su esposa. El Capitán es total, absolutamente impotente.

Prosiguen caminando. El pasillo termina en una escalera, allá al fondo. Zylberstein sonríe, Marita también. Por un momento le viene a la mente el recuerdo de Bernardo. “Por lo menos, con ese infeliz cada tanto cogía”, piensa, y se ríe despacito.

No se dio cuenta, pero ha vuelto a menearse provocativamente.

¡ARGENTINOS A VENCER!

Manual del Alumno Patriota – Editorial Sudatlántica

Hojas de Trabajo Nros. 53-56 – Tercera graduación (Alferecitos)

Con Supervisión del Ministerio de Planificación Escolar Estratégica

(Pruebas de galera)

LOS 6 AJUSTICIAMIENTOS DE HERNÁN SOSA

Hernán Sosa viajó a lo ancho y largo de la Patria. En Misiones trabajó en un leprosario ayudando a buen morir a pobrecillos enfermos agonizantes. En las selvas chaqueñas estuvo escondido, vigilando la actividad de los paraguayos y deteniendo un tren que transportaba armas al Paraguay. ¡Armas argentinas, cuyas culatas quizá fueran hechura de su propio padre, para mejor servir al enemigo! ¡Horrorícense, niños, como se horrorizó nuestro héroe! A Tierra del Fuego llegó en un bote (el Grandepá) junto a sus doce hermanos, bajo el fuego nutrido de los chilenos. En las llanuras pampeanas vivió en las tolderías de los ranqueles, luego de haber matado un negro en un baile. En La Rioja mató un tigre que lo tuvo cercado en un algarrobo toda una noche. Son en total seis los ajusticiamientos que realizó Hernán Sosa, antes del último, de su formidable ataque al Ejército Inglés. Y todos con su facón MATASIETE. Luego de las ilustraciones, pasaremos a relatar los seis gloriosos ajusticiamientos de Hernán.

3 ILUSTRACIONES. 1-Hernán Sosa cruza Los Andes. 2-Hernán Sosa en las tolderías ranqueles, fumando la pipa de la paz. 3-Hernán Sosa desembarca en Tierra del Fuego.

—AJUSTICIAMIENTO Nº 1: Un negro apátrida se burla de Hernán, de su yegua, de su Santa Madre, de la Iglesia y de la Patria.

—AJUSTICIAMIENTO Nº 2: Un enorme tigre sitia en los Llanos a Hernán Sosa por una noche. Sosa baja, pelea con el tigre y lo degüella.

—AJUSTICIAMIENTO Nº 3: Matando al General Paraguayo Pirrón para detener el tren.

—AJUSTICIAMIENTO Nº 4: Matando a un leproso que se lo solicitó.

—AJUSTICIAMIENTO Nº 5: Matando a un pervertido que dudara de su hombría, en su paso por Buenos Aires, en el

bar La Biela.

—AJUSTICIAMIENTO Nº 6: Matando a un usurero levantino que pretendía dejar a una humilde familia en la calle, en su paso por Buenos Aires, en el barrio de Once.

Niños, recuerden siempre lo justo de la causa de Hernán Sosa. Las seis páginas que siguen, van una para cada una de las ilustraciones de cada uno de los ajusticiamientos de Hernán, realizadas por los más importantes artistas plásticos del país. Estas pinturas se hallan en la Cripta Ardiente donde reposa el cuerpo de Sosa, en el centro de Buenos Ayres y en la Avenida que lleva su nombre. Recuerden todas y cada una de las hazañas de Hernán Sosa. Las pequeñas hazañas. Pues ya estamos llegando a su hazaña mayor, a su proeza inmortal. Estamos llegando a…

5 – Por qué tardaste tanto

Juan Simeran

. 5 .

Por qué tardaste tanto

—¿Así que en una semana te vas a Costa Rica?

"Cuando siento que un nuevo inicio es posible, la realidad se me ríe en la cara. Claudia, esta mujer espléndida que no me canso de acariciar, será una imposibilidad física en sólo una semana", piensa Javier con amargura.

Incómodos pero felices en el sofá del estudio jurídico, en el demorado momento de las caricias y los susurros deshilvanados, saciada la primera sed del uno al otro, ella se lo dijo como quien confiesa lo más hondo de sí.

Claudia juega con su cabello.

—Pero esto es de lo más lindo que me llevo en la valija, chocolatero.

Javier había preguntado poco y entendido mucho: "Ni falta hace que alguien explique los motivos por los que deja el país". Por entre el visillo de la ventana la lluvia trepida con ritmo monótono. Un radiador salva al estudio del congelamiento. Claudia había sacado frazadas de un armario, y los dos se hacen arrumacos en el sofá como adolescentes.

En el escritorio se enfrían las dos tazas de café que no llegaron a probar, y un ejemplar del diario *El Caudillo* de hace una semana muestra su sempiterna tapa triunfal a la nada:

TRIUNFO DIPLOMÁTICO ARGENTINO:

EL PRESIDENTE IRANÍ MAHMOUD AHMADINEYAD

CONDENA EL CRIMINAL EMBARGO

EN REUNIÓN CON EL CANCILLER ARGENTINO

A Javier lo incómodo ver *El Caudillo* cuando se sentó en las sillas destinadas a los clientes del estudio, en una lejanísima e inolvidable presentación, una hora atrás.

Claudia estaba sola, le abrió la puerta, no mostró sorpresa. Lo acompañó al privado meneándose provocativamente y se sentó tras el escritorio haciendo una de las preguntas más cínicas que Javier escuchara jamás:

—Señor chocolatero, dígame a qué debo el honor de su visita. Lo escucho —dijo Claudia con aire travieso y risueño, apoyando el fino mentón sobre los puños entrecruzados, como quien está dispuesto a atender un difícil problema jurídico.

—Doctora, disculpe pero creo que se le perdió esta tarjeta en mi bolsillo —dijo Javier con voz suave y mirándola a los ojos, alcanzándole la tarjeta. Ella la tomó pellizcando apenas la punta de sus dedos con sus largas uñas rojas. Contestó sonriente y sin sonrojarse:

—Caramba, qué distracciones las mías, andar olvidando mis tarjetas en los bolsillos de los caballeros. Cómo agradecerle su gentileza, señor…

—Javier… pero me encantó lo de señor chocolatero.

—Entonces, señor chocolatero, lo invito con un buen café… Se me queda sentadito y espera que ya vuelvo. Está empapado, ponga la campera al lado del radiador. Se ve que necesita ya mismo algo bien caliente —dijo Claudia, arrepentida pero sin poder volver atrás cuando se escuchó decir *bien caliente*. Al pararse, sintió humedades que ya casi había olvidado que existían.

Cuando volvió, apoyó las tazas de café del lado de Javier, y apoyó las manos en sus hombros. Cerró los ojos, aspiró su olor. Actuaba por un impuso irrefrenable. “Estoy cayendo al vacío y, a la vez, siento que floto”.

Al oído le susurró: *por qué tardaste tanto…*

—¿Y qué hay de tan interesante en Costa Rica? —pregunta Javier. “Como si importara la respuesta”, piensa.

Claudia vuelve a preparar café en la *kitchinette* con una mano, mientras con la otra sostiene una de las mantas alrededor de su cuerpo. La penumbra refleja apenas luz en sus hombros, que emiten destellos lechosos entre rulos más rojos que el rojo de la frazada.

—Me alcanza con saber *qué no hay*. Y, sólo con lo que no hay, me suena como el paraíso. Por lo menos hasta hoy, que algo de lo que hay acá me va

a faltar allá.

Claudia le alcanza el café, Javier se incorpora en el sillón. Escuchan el repentino sonido de un patrullero que pasa por la calle. Por la persiana americana parpadea la luz azul de la sirena. Claudia se sienta junto a él. Revuelve el azúcar. “¿Por qué me siento como una traidora, como si tuviera que hacerme perdonar algo?”.

—Y además, allá en San José hay playas, palmeras, cocoteros… —por cada ítem Claudia apoya el índice en la nariz de Javier, como una maestra que diera una lección— …bananas, gorilas en la niebla, frutas enormes y raras, dromedarios, caimanes y mulatos-todo-servicio.

—¿Todo servicio? —arquea las cejas Javier, fingiendo escepticismo.

—Bueno… casi todo —Claudia hace como que piensa trabajosamente—. Un servicio *de luxe*, como acá, difícil.

Al decir *acá* apoya su mano sobre las cobijas, en el lugar aproximado del sexo de Javier. “Este tipo va a pensar que soy una reventada; cómo me estoy regalando. Y bué, si soy una reventada era hora de enterarme”, piensa Claudia.

—¿Hay vascoleteros en la playa, barquilleros, pirulineros disfrazados de Mickey?

—Seguro, eso me lo confirmó el mismísimo embajador. Si no hay barquilleros o pirulineros, me devuelven la entrada. Que no cuenten conmigo. Me vuelvo.

—¿Hay mate, facturas, truco o Scrabble en las carpas de lona, campeonatos de tejo?

—Por supuesto. Y, hablando en serio, espero conseguir yerba.

—Dicen que los síndromes de abstinencia pueden ser terribles. Tengo un amigo en Oklahoma que se pone verde como el Increíble Hulk…

La saciedad se transforma lentamente en apetito. Las renovadas urgencias los llevan a perderse uno en el otro, esta vez sin la torpeza desesperada de la primera vez. Claudia tiene una manera de cerrar los ojos que Javier no ha visto en ninguna mujer. Él se muerde los puños en un desesperado afán de postergarse.

—¡Las cuatro! —exclama Claudia con tono alarmado. “Seguro tiene que ir a buscar a su hijo a la salida de la escuela”, piensa Javier. Había visto en el

estudio numerosas fotografías de un niño rubio con flequillo junto a Claudia, y le llamó la atención que en ninguna de ellas hubiera algún hombre.

No hace preguntas. “No, con esto no me conformo. Voy por más”. Toma coraje, toma con suavidad las muñecas de Claudia y la mira a los ojos.

—Me tenés que prometer dos cosas.

—Vuestros deseos son órdenes, *bwana*.

—Una, la fácil. Antes de irte, venite conmigo dos o tres días a Las Toninas.

—Vuestros deseos son órdenes, *bwana*.

—Dos, la difícil. Si se cumple una condición, postergás tu viaje a Costa Rica.

Claudia endurece la mirada. “¿Este hombre está loco o es un estúpido?”, piensa. “¿Otra vez sopa? ¿Otra vez me equivoqué?”.

—¿Y cuál sería esa condición? —dice con tono neutro.

—Que caiga la Junta.

Claudia ríe, suelta sus muñecas. Se comienza a vestir, Javier también abandona las cobijas y piensa un amargo “Se acabó lo que se daba”. Claudia, abrochándose el *soutien* y dándole pudorosamente la espalda:

—También podríamos agregar: que Galtieri se haga bailarina clásica. Que se abran las aguas del Río de la Plata, y que salgamos caminando, guiados por el general Perón en su caballo Pinto, y por Evita como Lady Godiva.

Javier prende un cigarrillo, aspira, exhala, mira el humo como si la respuesta que busca estuviera allí. “¿Yo soy el único que se da cuenta que esto se cae en unos días?”.

—No, Claudia, yo no quiero eso. La Junta no dura ni una semana. Ya no tienen armas, esto se acaba. Quizá te vas y en muy poco tiempo…

—Bienaventurados los optimistas —toma el cigarrillo de Javier, aspira una bocanada, lo besa en la frente—, porque de ellos será el Reino. Mirá, nos vamos un par de días a… ¿adónde era?

—Las Toninas.

—Dios, uno de esos lugares raros que no se llaman Cariló, ni Los Troncos… Ahí nos sentamos a ver por Teleejército cómo huye la Junta, ¿está bien? ¿Estoy bien? —alisándose los pliegues de la pollera.

Javier la observa, admirado:

—Más que bien. Y te tomo la palabra. ¿Te puedo alcanzar adonde vas?

—¿Estás con auto?

—Sí, una Ferrari Testa Rossa, que de puro acomplejada se le dio por parecer un Fiat 600. Ya van tres años de terapia pero no hay caso. Más que terapia, lo que necesitaría son buenas bujías, unos aros de pistón y no le vendría nada mal un cambio de tapizado.

Claudia sonríe. Sonríe con toda la cara, con los ojos, con el pelo, con los poros, con las orejas. "Una sonrisa como hace demasiado tiempo no uso".

—Vamos. Dale, que llego tarde. Me dejás en Farrell y Levingston. Ahí estoy cerca.

Javier comprende que, lógicamente, Claudia no desea que su hijo lo vea. Yendo hacia el ascensor, luego de ordenar el estudio y guardar las frazadas, ella recuerda el juego de pasos que hizo hace apenas dos días. "Hace una eternidad".

¡ARGENTINOS A VENCER!

Manual del Alumno Patriota – Editorial Sudatlántica

Hojas de Trabajo Nros. 57-60 – Tercera graduación (Alferecitos)

Con Supervisión del Ministerio de Planificación Escolar Estratégica

(Pruebas de galera)

CONSCRIPTO HERNÁN SOSA EN MALVINAS

(SIGUEN 6 PÁGINAS DE ILUSTRACIONES)

¿Se imaginan, niños, el júbilo inenarrable que sintiera Hernán Sosa al pisar por primera vez suelo malvinense? ¿Se lo imaginan por las noches, escribiendo largas misivas a su petisa Malvinita, misivas de amor a la Patria, de buenos sentimientos, misivas de fervor católico, de ansias de matar hasta el último inglés? Algunas de estas cartas se exhiben en la Cripta Ardiente. Pero no se impacienten, ya estamos llegando al momento más sublime. Ya vamos a narrarles

[image]

EL CAUDILLO

EDITORIAL del 13 de Junio de 2012

A TREINTA AÑOS DE LA VICTORIA, SEGUIMOS INFORMANDO TRIUNFOS ARGENTINOS.

Queridos lectores: hace treinta años, en el nevado y ríspido corazón de la Patria, nació una nueva Nación. Hace exactamente treinta años quebramos el espinazo del orgulloso león inglés, que huyó con la cola entre las garras. En esta exacta fecha el acero viril de MATASIETE perforó la carne de la primera garganta inglesa, mostrando qué armas sofisticadas necesita un cuchillero correntino para ganar una batalla. Hoy, hace treinta años, reencauzamos nuestra HISTORIA por los senderos de DIGNIDAD Y ORGULLO de los que JAMÁS debió haberse descarrilado.

Hoy, 13 de Junio, es un día de fiesta, sí, día de alegría, día del merecido reposo del guerrero. Día en el que el PUEBLO olvidará pesares, y repetirá el gesto inmortal del Conscripto Hernán Sosa en unos pobres animales que lo merecen menos que los pérfidos ingleses. Hoy, lo sabemos, el aroma gauchesco invadirá el trajín ciudadano, y más de un curioso aprenderá de nuestros BRAVOS CUCHILLEROS el arte del degüello, ese arte tan gaucho y tan argentino. Hoy ¿por qué no? el noble producto de nuestras vides mendocinas alegrará los corazones, pues el sol —que es su alma— se fundirá en nuestras venas llevando luz y calor a nuestro espíritu. Hoy las guitarras criollas templarán acordes de tierra adentro, y las alpargatas zapatearán de firme en el asfalto, más acostumbrado a finas suelas.

Lo merecemos, apreciado lector.

Pero también hoy, lector, no deja de ser sólo un día más. Un respiro, un solo segundo en el que tampoco hemos de bajar la guardia. Un día más de los diez mil novecientos cincuenta en los que hemos luchado codo a codo por volver a levantar las banderas de la SOBERANÍA NACIONAL. Diez mil novecientos cincuenta días en los que hemos aprendido que nadie nos ha de regalar nada, que ladrillo a ladrillo hemos de ir edificando una fortaleza que ya es inexpugnable. Doscientas sesenta y dos mil ochocientas horas en las que nuestros corazones permanecieron junto a nuestros soldados, allá en el frío del Sur, sintiendo su coraje, admirando su patriotismo, siendo todos padres, madres, hermanos, primos y abuelos de NUESTROS MUCHACHOS.

¿Mañana? Mañana no será ni más ni menos que el día diez mil novecientos cincuenta y uno, mañana otra vez los misiles enemigos intentarán sin éxito horadar nuestra muralla. Mañana el INJUSTO embargo seguirá impidiéndonos acceder a medicamentos que nuestros soldados necesitan, como parte fundamental de sus DERECHOS HUMANOS. Impedimento que constituye sin lugar a dudas un delito de LESA HUMANIDAD, como planteamos en cada foro internacional donde se nos lo permite. Mañana ese mismo embargo quizá nos haga inaccesibles algunas superfluosidades de la vida material que nuestros enemigos tanto aprecian. ¿Acaso Sarmiento necesitó una computadora personal para fundar escuelas? ¿San Martín un teléfono móvil para cruzar la Cordillera de Los Andes? El 25 de Mayo de 1810, ¿la Revolución Patria se movilizó vía Internet?

Las Madres, nuestras queridas Madres de los Caídos en la Lucha contra la Subversión, ¿necesitan fibra óptica para que llegue a cada rincón de la patria el grito de su dolor?

Mañana tampoco olvidaremos que nuestro ENEMIGO INTERNO seguirá su trabajo subrepticio. ¿Qué digo mañana? Ni un minuto descansa la Hidra Maldita, ora esparciendo pesimismo derrotista, ora trabajando abiertamente para el triunfo del agresor inglés. Ese enemigo que viene del fondo de la historia, ese enemigo fariseo, materialista y ateo que siempre deseó vernos atados al carro de algún vencedor. Ese enemigo que siembra dudas para cosechar traiciones, olvidando que quien siembra vientos cosecha tempestades.

Mañana, volveremos a desenvainar el facón criollo con el que le cortamos la cabeza a

la Hidra, más allá de que por cada cabeza cortada surjan dos. O siete. O setenta veces siete. Ese facón criollo que, en nuestro caso, son las PALABRAS afiladas por las verdades, templadas de coraje patriótico y teñidas de amor incondicional por los colores celeste y blanco.

Pero hoy, al menos hoy, festejemos, querido lector. Es nuestro derecho.

Argentinos, levantemos nuestras copas y brindemos: POR OTROS TREINTA AÑOS DE TRIUNFOS, despidiéndonos como todos los días:

¡ARGENTINOS A VENCER!

El editor.

6 – El rímel corrido de sus ojos

Juan Simeran

. 6 .

El rímel corrido de sus ojos

Salen del brazo por la puerta del edificio. Llovizna.

Desde el café de enfrente son observados por una corpulenta figura en traje azul, a través de la angosta Talcahuano. El hombre hace una seña, pidiendo la cuenta. El mozo se acerca presuroso y habla en forma untuosa:

—Faltaba más, Brigadier, la casa invita. Esperamos que el whisky haya sido de su agrado. Es un honor para nuestro humilde comercio…

El militar lo corta con una seña enérgica de la mano. Está lívido de rabia.

—Decime, che: a la doctora de enfrente, la linda, la pelirroja, ¿la conocés?

El mozo tantea con cautela, presintiendo un problema:

—¿La doctora Quiroga Peña Ortiz? Desayuna acá, de vez en cuando…

—Vigilámela, ¿entendés? Me parece que tiene un macho, un gallito, y yo… —ordena el Brigadier, como quien está acostumbrado al mando.

El mozo se sofoca. Tose, carraspea. Habla despacio, se comienza a rascar la nuca con movimientos enérgicos:

—Mire, Brigadier, no se lo tome a mal, pero nosotros…

El militar se para, toma al mozo de la solapa y le aplica el vaho de su aliento.

—Vigilala o te mato.

No bromea. Sus ojos están inyectados en veneno. Suelta la solapa. Se va, dejando sobre la mesa un impecable billete de 5.000 patriotas. Sus pasos son pesados y torpes. Cuando sale, el mozo farfulla un insulto, la rascada de la nuca es frenética, pero guarda rápido el billete en el bolsillo de su camisa.

El Brigadier alcanza a tomar nota, a pesar de la llovizna, de la chapa del Fiat 600 que circula lentamente por Talcahuano. Se palpa el bolsillo interno del saco: al lado del revólver está el *handy*. Duda en descerrajar su furia sobre Claudia sin más. Decide que eso sería demasiado bueno para ella, que antes de matarla tiene que humillarla, doblegar su orgullo indómito. "Y que me devuelva el vuelto que se quedó. Yo no necesito los cincuenta mil dólares, pero no me gusta que una turra me tome de gil". En su cabeza toma forma una imagen que le da placer: Claudia arrodillada, suplicándole por su vida. Despeinada, en ropa interior, el rímel corrido de sus ojos.

"Eso es mejor que matarla", decide. Saca el *handy*.

Claudia, por el pequeño espejo retrovisor, lo ve y se demuda. Lo observa, empapado, tomar nota de la chapa y meter la mano en el bolsillo interior. El tiempo se detiene. Por un instante eterno cree que sacará un arma. Duda si lo correcto sería bajarse del auto y correr a darle explicaciones a Pocho. Además, está el tema del dinero. No duda más: eso es lo que tiene que hacer. "Encima que lo pasé al cuarto, me ve salir con otro hombre. No tengo escapatoria". Pero mira a Javier y siente una inexplicable sensación: "¿Y si el chocolatero me salva de Pocho?". Intenta calibrar el posible coraje o habilidad de Javier. "Hay que ser medio suicida para andar vendiendo chequeras robadas en los bares, a la vista de todos y a la vez trabajando y huyendo".

"Necesito los cincuenta mil dólares para iniciar una nueva vida en Costa Rica. Que espere Pocho. Pero yo tengo que desaparecer hasta irme. Pasar unos días afuera no es mala idea".

Sin importarle que Javier note su ansiedad, le pregunta:

—¿Y cuándo podríamos ir a donde querés ir…? ¿Mañana?

Javier se sorprende. "¿Desde cuándo tanto entusiasmo por un lugar tan deprimente como Las Toninas? La casa debe estar hecha un desastre, una sopa de humedad. Además, con este auto no llego ni a Quilmes. Para qué habré hablado, esto me pasa por bocón, por hablar demás". Tantea a la defensiva:

—Si mañana sigue lloviendo, la ruta…

Claudia apoya su mano en la de él y prueba un tono de súplica, que Javier no puede menos que notar.

—Vamos mañana, *please*. Pasame a buscar a la mañana por mi casa, temprano.

Aprieta su mano. El calor que le transmite es más elocuente que cualquier pedido.

Javier, ya casi entregado:

—Pero antes tendría que pasar por el mecánico… con este auto no llegamos ni a Quilmes.

Claudia piensa vertiginosamente: “No hay tiempo para mecánicos. Al grano, tengo que ser directa. Que sea lo que Dios quiera; si el chocolatero arruga me voy sola a cualquier parte”.

Vuelve a medir sus palabras, y dice en forma fría:

—Javier, me siguen. Vamos mañana, yo llevo dinero. La autovía Orcadas del Sur está plagada de mecánicos.

—¿Me estás jodiendo?

—No. Vamos mañana. Es viernes. Vamos —más que suplicar, ya ordena Claudia.

Javier suspira. “Mi talento para meterme en quilombos es mi característica más sobresaliente, y esto es, qué duda cabe, un lindo quilombo. Pero esta mina vale la pena. Ma’ sí, la llevo, que sea lo que Dios quiera”, se decide. “Pero mañana a las once había quedado en encontrarme con Bernardo en La Giralda, y eso no me lo quiero perder”.

—Vamos. Pero al mediodía.

Claudia deja escapar una honda exhalación de alivio. Los colores de la calle le parecen más vivos, la lluvia menos ominosa.

—A la una. Te anoto acá la dirección. No me falles.

Javier, ceñudo, prende un cigarrillo en un semáforo de la avenida Farrell.

—Acordate que nos sentaremos a mirar por Telejército cómo cae la Junta. Mirá, a la casa hace dos años que no voy, puede ser que esté un poco…

—No me importa cómo está la casa. Cualquier cosa es mejor que quedarme acá. Y, si te interesa saberlo, ni siquiera estoy demasiado segura de llegar a mañana.

—Claro que me interesa. Y llegá a mañana, qué te cuesta, eh.

Claudia ríe. Hace rato que ningún hombre la hace reír, pero Javier tiene un raro sentido del humor que la subyuga. Cuando llegan a Farrell y Levingston, ella toma su cara, lo besa, lo pellizca, lo despeina. Baja del auto, y le dice a través de la ventanilla, mientras Javier espera la luz verde:

—¿Y cómo era ese lugar raro que no se llama ni Cariló ni Los Troncos? ¿Las Orcas? ¿Los Delfines? ¿Los Cornalitos?

Javier, arrancando, grita, pero el estrépito del motor impide que se escuche lo que dice.

¡ARGENTINOS A VENCER!

Manual del Alumno Patriota – Editorial Sudatlántica

Hojas de Trabajo Nros. 61-66 – Tercera graduación (Alferecitos)

Con Supervisión del Ministerio de Planificación Escolar Estratégica

(Pruebas de galera)

LA BATALLA DE MONTE LONGDON

Niños, todo estaba perdido para el Glorioso Ejército Argentino, más precisamente para el BIM5 encargado de detener el avance inglés. Su página más esplendorosa estaba hundiéndose en la ignominia de una derrota vergonzosa. El desánimo cundía en las filas patriotas, el avance de los desalmados ingleses en su voracidad colonialista parecía incontenible. Pero Nuestro Señor Jesucristo aún guardaba su última carta, la que le daría la victoria contra las huestes del Anticristo que festejaban antes de tiempo su victoria. Nuestros bienamados conscriptos se entregaban al enemigo, y los fuertes brazos que debían servir para dar batalla se desmerecían en la impotente e

inútil postura inerte, apuntando al cielo para demostrar su falta absoluta de peligrosidad.

ILUSTRACIÓN Soldados levantando los brazos y horribles ingleses apuntándoles y riendo malignamente.

Hernán Sosa tuvo una visión celestial, y bajo influjo directo del Espíritu Santo decidió utilizar el repugnante disfraz de soldado inglés, como todos saben. El soldado se llamaba John Smith y ese traje aún se conserva en la cripta de Sosa. El Espíritu Santo veló el entendimiento de las huestes del Anticristo, y Sosa deambuló tras las líneas enemigas hasta llegar al campamento del Estado Mayor Inglés, donde los cerdos colonialistas se encontraban de babélica juerga. Su única compañía era su facón MATASIETE, que ya había cobrado seis vidas. Dice aquí la leyenda que Sosa solicitó al General Inglés Jeremy Moore que abandone las Islas, pero Dios endureció el corazón de éste a pesar de que el facón de Sosa se transformara en serpiente durante un eterno minuto. Los ingleses temían tocar a Sosa, pues tenía la protección del Espíritu Santo.

ILUSTRACIÓN. El facón de Sosa se transforma en serpiente. Un repugnante Jeremy Moore beodo escupe sobre el facón.

Finalmente, queridos alumnos, la parte que todos sabemos. Sosa, nuestro querido Hernán Sosa, decapita al malvado y corre con la cabeza sostenida bajo su brazo derecho como en ese deporte que se llamaba *rugby* y que hoy denominamos balonmano.

Corre bajo nutrido fuego enemigo, corre en zigzag eludiendo los pérfidos *tackles* ingleses, corre gritando sapucai y, ni bien llega a la base argentina, apoya la cabeza sobre una bandera, cayendo desplomado y exhalando su último aliento con treinta balas atravesándole el cuerpo.

2 ILUSTRACIONES. 1-Hernán Sosa corre con la cabeza bajo el brazo derecho y el brazo izquierdo desplegado, dejando en el camino ingleses desparramados. 2-Los brazos de Hernán Sosa apoyan la cabeza sobre la bandera argentina, con la algarabía de fondo de los soldados argentinos que festejan. Papelitos celestes y blancos caen como copos de nieve.

A partir de ese suceso, la furia de los soldados argentinos fue indescriptible. No se sorprendan de encontrar esos mismos sentimientos bien en el fondo de sus corazones. Niños, no se avergüencen de lo que sucedió después; más bien, sientan orgullo. ¿O qué piensan sus tiernos corazones que fueran a hacer los pérfidos ingleses con los prisioneros argentinos? ¿Pensaron alguna vez, niños, qué harían los ingleses con vuestra madre si ésta cayera prisionera en sus depravadas garras? El terror de los ingleses fue tal, que huyeron abandonando armas sofisticadas, pues los argentinos no necesitábamos de armas tecnológicas ni de parafernalia bélica: les ganamos la batalla de Puerto Argentino a degüello nomás.

ILUSTRACIÓN. Cabezas inglesas clavadas en picas; bajo las picas, más cabezas rubias.

7 – Un acto escolar

Juan Simeran

. 7 .

Un acto escolar

Bernardo se mira los *jeans* desteñidos y las puntas de los mocasines que parecen acordeones. Lo avergüenza el contraste que forma con Marita: ella está espléndida, hasta para el acto escolar de Jaime porta una sencilla elegancia que realza su figura. El cabello negro cae en cascadas sobre su bien formada espalda, con un brillo como de ala de cuervo, enmarcando un rostro anguloso de blancura deslumbrante. “Muñeca de porcelana”, recuerda que la llamaba así cuando eran novios, “hace un millón de años”. “Y no hay padre que no la mire, que no se babosee. Y este monumento es… era mi mujer”.

Bernardo mira cómo los niños disfrazados hacen morisquetas y cuchichean detrás de la Directora, que se dispone a tomar la palabra frente a un micrófono enorme. No puede evitar el malestar de ver a esos niños disfrazados de Infantes de Marina con las caritas embetunadas. “Sucias de corchos quemados, los mismos que en mi niñez servían para pintar la cara del vendedor de empanadas del Virreynato”. Los ve portar fusiles FAL de plástico, con garbo entre inocente y temible.

Aún más lo incomoda ver a las niñas: “En el intento de disfrazarlas de madres de soldados pareciera que sus madres se hubieran puesto de acuerdo en utilizar disfraces de los Ingalls”. Las niñas lucen pañuelos en la cabeza y largas polleras. Una, con largas trenzas rubias, tiene colgada una cesta de mimbre repleta de manzanas. “En lugar de recrear ‘La Madre’ de Gorki recrearon ‘Caperucita’”, se regodea.

Sabe Bernardo que su hijo es el abanderado, que ingresará enarbolando la bandera de ceremonia disfrazado de Hernán Sosa montado en su yegua Malvinita. Esa es la *piece de resistence* del acto reservada para el final. Así, en francés, se lo dijo la Directora.

Como su hijo nunca tuvo especiales aptitudes escolares, su repentino

ascenso al banderato es probablemente de origen espurio, relacionado con el empleo de Marita en el ministerio. Bernardo rumia cada pensamiento como si chupara un espárrago amargo. Le habían llamado la atención, al ingresar al decrépito establecimiento, las cuadrillas de obreros realizando reparaciones, y en el hall de entrada cajas aún sin desembalar con formatos diversos. "¿Pizarrones? ¿Computadoras?".

Bernardo capta las perrunas miradas de agradecimiento que la Directora dirige a Marita.

A la derecha de la Directora hay un par de muchachos, uno sin los dos brazos y otro al que le falta una pierna y tiene media cara quemada. "Dos soldados que recibieron los misilazos ingleses en las Islas, de los que se ven todos los días en Telejército, seguro". A la izquierda de la Directora está rígido un cura de cara congestionada y nariz de color granate; Bernardo no puede menos que pensar que probablemente sea un alcohólico.

La Directora carraspea, va a comenzar a leer un discurso, el encendido del micrófono produce un chirrido ensordecedor. Los cuchicheos cesan. La voz es glacial:

—Niños y niñas de nuestra amada Patria. Maestros, guías espirituales, capitanes de vuestro aún polluelo ejército. Padres, madres, que en vuestra doméstica trinchera transformáis cada hogar en una segunda escuela. Padres y madres que hoy, al disfrazar a vuestros niños de Infantes, y asentís por anticipado el orgullo de ver a vuestros hijos vistiendo los uniformes del glorioso Ejército Argentino —el cura le dice algo al oído—. Ehhh… de la gloriosa Infantería de Marina argentina. Soldados hoy aquí presentes, dando testimonio del precio que habéis pagado con libras de vuestra carne al maldito Shylock agresor…

Bernardo siente algo entre sus dedos, algo parecido a suaves gusanos. "No, no estoy loco, es la mano de Marita tomando la mía. Quizá no se dio cuenta y la tomó por costumbre. Quizá quiere representar la comedia de la *familia unitta*. Quizá juega, quizá tiene ganas de encamarse después del acto". Le susurra: "*Buon giorno santa madonna*". Los suaves gusanos aprietan más fuerte.

—…soldados que hoy nos traéis testimonio de la nieve y el frío de nuestro sagrado territorio de las Islas, que habéis defendido con bravura, coraje y patriotismo. Autoridades eclesiales, capellán escolar, padre Faustino Adalberto Quiñones Rey, quien viene en nombre de la Palabra del Santo Evangelio y la Santísima Trinidad, verdad revelada que guía como un faro la nave de la argentinidad por los mares tumultuosos de las penurias que nos causa el imperio agresor…

—¿Vendiste el local? —susurra Marita.

—Sí —contesta Bernardo.

—¿Pagaste las deudas?

—*Iá*.

—¿Y ahora, qué pensás hacer?

"Y ahora qué pienso hacer? ¿Pienso hacer qué? ¿Hacer qué pienso?".

—Donárselo todo al capellán escolar. Miralo, pobrecito: sobrio está irreconocible.

Marita sonríe y pellizca su mano con sus largas uñas. "Hoy ella está de buen humor", piensa él y se abandona a la placentera sensación de cosquilleo en su mano.

—…por último, padres y madres de la Asociación Patriótica Cooperadora, ángeles guardianes de nuestra sufrida escuela, que como un argentino más se yergue en toda su dignidad a pesar de las difíciles condiciones materiales…

Marita se pone seria y los gusanos cálidos repentinamente dejan la mano de Bernardo como la de un mendigo que pide limosna. "Ahí la nombran, quizá hasta la hagan pasar a compartir el palco con la Directora, el cura y los soldados. Un asco, pero cómo me sigue calentando Marita, no lo puedo evitar", piensa Bernardo. "Soy otro padre baboso más".

—…y muy especialmente a la doctora Myriam Muller, ángel protector del establecimiento, a quien pido un respetuoso aplauso…

Marita se para de la silla, unos tibios aplausos de las mujeres —y más enfervorizados de los hombres— se dirigen a ella. Bernardo no aplaude. "Todavía la gente no va presa por no aplaudir en un acto escolar", piensa.

—…pues la doctora Muller ha conseguido el padrinazgo de la Infantería de Marina para nuestro establecimiento, y es por eso que hoy nuestros alumnos, en señal de agradecimiento, marcharán vestidos de Infantes al son de la Marcha de San Lorenzo. Alumnos, padres, soldados, docentes, autoridades eclesiales, damos inicio al acto. Que la gallardía de la marcha quede impresa en la retina de nuestros párvulos, y especialmente de las niñas que luego marcharán como madres de soldados. Nos ponemos de pie e iniciamos la audición de la Marcha de San Lorenzo.

Un viejo Winco comienza, entre el estrépito de sillas, a extraerle sonidos a un disco de vinilo. Los saltos de la púa son amplificados por los viejos parlantes, cascando la atronadora y triunfal melodía.

—No aplaudiste, turro. Te vi —susurra Marita, sin dejar de mirar al frente,

entre divertida y fingidamente enojada.

Los niños comienzan a marchar, recreando una especie de paso de ganso caótico, tomando los FAL con ambas manos, las caritas intentando componer gestos feroces bajo las boinas coloradas.

El amplificador emite sonido de fritura.

El cura abre grandísimo la boca al cantar "*Avaaaaaanza el enemigo*". Bernardo mira asqueado unas encías ennegrecidas y una dentadura con más agujeros que dientes.

—Es que no me gusta aplaudir al mono, prefiero al dueño del circo. ¿El milico no vino?

"Te lo dije, y si estás caliente acostate con Montoto", piensa Bernardo.

Marita acusa recibo. Se tensa su rostro. "¿Este infeliz tiene ganas de pelear justo acá? No, Archimbaldo no vino, si venía hacía que te rompa la cara. Mejor me calmo, por Jaime".

—Bernardo, no empecemos. Bueno, no me dijiste qué vas a hacer ahora.

Bernardo mira la marcha de los niños, que ya dan la segunda vuelta al salón.

Alvieeeen todesplegaaaado surooooo jopabellooooon…

La respuesta se agolpa en la mente de Bernardo "¿Que qué voy a hacer ahora? Irme a la reverenda mierda, terminar con esta pesadilla y cruzar de una vez y para siempre el Río de la Plata. No imagino aquí el más mínimo proyecto, ni personal ni comercial, no aguanto más".

—Me voy a comprar un rojo pabellón, a ver si estos chicos me pegan un balazo de corcho. Decime, hoy Jaime hace de Hernán Sosa y es abanderado. La verdad que podrías dejarlo que se empiece a corromper un poco más tarde…

Marita no contesta. La misma mano que antes había intentado una caricia ahora se cierra sobre sí misma, en un puño. Se le llenan los ojos de lágrimas de ira. "Cuando acostaba a Jaime podía contarle las costillas, una por una, en su pancita infantil. En pleno invierno le calzaba las zapatillas con agujeros. Me sacaron el medidor de gas, y aún hoy tengo que subir dos pisos el garrafón. Cómo explicarle a este *buenoparanada* que cualquier sacrificio es poco para salvar a mi hijo de la miseria", piensa furiosa. Como una alucinación, recuerda las ventas subrepticias de libros de la biblioteca de Bernardo, cuando no tenían ni para comer. "Y este salame ni se daba cuenta de que la cena la había pagado Sófocles".

—Aplaudimos a nuestros bravos Infantes de Marina, mientras las

sacrificadas madres, nuestras niñas, les tiran guirnaldas de flores al término de la marcha. A continuación, ingresará la bandera de ceremonia. Abanderado, el alumno Jaime Muller Abramovich, que nos recreará la figura del pequeño Hernán Sosa con su yegua Malvinita, mientras escuchamos la Marcha de las Malvinas. Nos ponemos de pie. Preceden al abanderado los escoltas, Nahuel Ranquén Martofinucchi y la niña Malvina Soledad Hamra, que representarán a los padres de Hernán Sosa.

Nuevamente el Winco hace un esfuerzo heroico y tras su manto de fritura las íes de "*malviiiinas*" y "*argentiiiiinas*" suenan chirriantes.

Dos alumnos se adelantan. El niño calza sandalias franciscanas y está embutido en una bolsa de arpillera con un cinturón de soga de cáñamo. Está más parecido a un anacoreta bíblico que a un supuesto carpintero correntino, piensa Bernardo. El pelo entalcado y una barba de algodón aumentan el aire místico. Bernardo contiene las ganas de reir; mira de reojo a Marita, ella sigue con mala cara. "Se cabreó. Quizá estuve un poco torpe. ¿Le pido disculpas?".

La niña está vestida de Virgen María, y no le habían ahorrado ni el halo sobre la cabeza, hecho con papel glacé dorado enrollado sobre un alambre.

Otros niños, disfrazados de animales de granja, brincan alrededor, algunos emitiendo balidos de oveja, otros relinchos de caballo, también mugidos de ternero, agregando más cacofonía a los puazos del Winco y al desentonar generalizado de los padres. El plato fuerte es Jaime montado en una auténtica yegüita, cuyo acre olor la precede. Jaime enarbola un asta con bandera en la mano derecha.

"Se parece al Chavo del 8. Por lo menos Marita no lo disfrazó de Pequeño Jesucristo, o de Pequeño Napoleón, lo disfrazó de pequeño pobre, bien por ella", la mira agradecido pero ella está absorta. Un maestro lleva a la yegüita de las bridas, y lentamente cruzan el salón de actos.

Marita le clava a Bernardo las uñas en el brazo.

El movimiento es tan sorpresivo, que a él le cuesta comprender qué es lo que pasa. Ella está lívida, el espanto forja una máscara que se superpone a su rostro habitualmente plácido. Mira desencajada en dirección a su hijo y se sostiene de Bernardo para no caerse. Él no entiende qué pasa, hasta que ve lo mismo que Marita, y también se marea por el asco. Toma con su mano libre el brazo trémulo de su ex mujer.

Del asta de la bandera cuelga una rubia cabeza cortada.

Algún maestro ingenioso utilizó una máscara de goma y jugo de tomate para pintar de sangre su fláccida base, que va chorreando y dejando un

reguero de gotitas sobre el parquet del salón de actos. Hasta la bandera está sucia de sangre falsa.

Los ojos de la máscara son dos agujeros negros que miran a la nada. La boca es una línea oscura que, para colmo, sonríe.

"Sonrisa sardónica: es la sonrisa producida por estiramiento muscular que producen los bebés quemados en rituales paganos". El incongruente recuerdo de esa definición inunda la mente de Bernardo.

Minúsculas gotitas de sangre verdadera manchan de rojo las uñas rojas de Marita, que se clavan en la carne de su ex.

Ella le susurra: "*Sacalo de acá, sacalo de acá, sacalo de acá, sacalo de acá...*".

8 – Parece mentira las cosas que veo por las calles de Montevideo

Juan Simeran

. 8 .

Parece mentira las cosas que veo

por las calles de Montevideo

Minutos antes del partido de fútbol Argentina-Nigeria los bares de la 18 de Julio son un hervidero. Los que no consiguieron lugar se agolpan en las veredas. En la Plaza Cagancha el gobierno del Frente ha instalado pantallas en las esquinas y no cabe un alfiler.

Cada vez que juega la Selección Argentina en un mundial es igual: llegan los micros desde Tacuarembó, Canelones, Durazno y Rocha, con banderas, camisetas, bombos, el inconfundible "Se va a acabar" mezclado con el "Vamos vamos Argentina". Por la Rambla vienen las columnas, ante la simpatía aquiescente de los orientales. A treinta años, lo viejos emigrados son indiscernibles de los nativos: toman mate con el termo bajo el brazo, hablan de "*bó*" con voz pausada y grave, comen chivito, y hasta tienen murga propia que brilla en los carnavales: "20 Años no es Nada".

El fútbol es una excusa y es un día de fiesta en que se olvidarán las amarguras y el estar rodeados de compatriotas los hará sentirse menos desgraciados. Los jugadores del club argentino uruguayo Porteño van a relatar y comentar el partido; el rostro del goleador del campeonato uruguayo ya aparece en las pantallas. El Frente ha prometido una auténtica choriceada argentina. Se instalaron baños químicos, puestos de primeros auxilios y voluntarios de la Sociedad de Fraternidad Uruguayo-Entrerriana atienden los puestos donde se escancia el agua caliente para los termos. Los vendedores ambulantes ofrecen productos argentinos casi inhallables por el embargo: vino mendocino o sanjuanino, alfajores Havanna, yerba con palo, dulce de leche Chimbote, Mantecol, chocolatada Cindor, alfajores santafecinos, ginebra Bols. En los puestitos hay innumerables paraguas con el escudo justicialista, boinas blancas con pompones rojos, ponchos

salteños. A pesar de cobrar su peso en oro, las existencias se agotan rápidamente. Un ingenioso hace su agosto vendiendo una remera blanca con una inscripción de grandes letras estampada en celeste:

ARGENTINOS A VENCER

JUNTA ASESINA A CORRER

¡ V O L V E R E M O S !

En las escalinatas que dan a la calle Ejido y en la cuadra hasta llegar a la calle Colonia se ha montado un escenario donde luego del partido tocarán grupos de rock argentino: Matar a Galtieri y Rastafalkland, los más populares.

La música que sale de los altoparlantes es un chamamé que eriza la piel. Los ex porteños que en Caballito o en Palermo jamás hubieran escuchado esa música se trenzan en bailes alegres con sus compañeras. En el exilio se emocionan con el redescubierto folklore: Las academias de pericón, zapateo santiagueño y danzas folklóricas prosperan más que los consultorios sicológicos, que no es poco decir.

Cuando comienza el partido en lugar de silencio tenso la fiesta sigue. Los vendedores continúan ofreciendo sus mercaderías a voz en cuello, luego de la silbatina al nuevo himno argentino. La rechifla es insoportable cuando termina:

Dignos y soberanos viva a a aaamoos

O juremos por la Patria morir

Oooo juremos por la Patria morir

Se baila la música de guitarras mendocinas, acordeones correntinos, bandoneones porteños, violines chaqueños, clarinetes judíos, bombos tucumanos y hasta una gaita escocesa.

Entre la multitud se escucha una alegre polifonía, cuyo resultado no es tan malo pues la vitalidad taladra hasta los huesos. Los que compran vino sanjuanino a peso de oro lo comparten pasando los vasitos de plástico, como si no poseer el dinero suficiente no fuera razón lógica para privarse de tener en la boca un poquito del dulce sabor de la patria perdida. Los Havanna son repartidos en porciones, como tortas de cumpleaños, y las botellas de ginebra Bols se vacían que es un contento, apurando su seguro

destino de nostálgicos veladores.

Un rugido, algo así como un *Uuuhhh* sordo surgido de mil gargantas indica que una pelota pasó cerca de un palo, la imagen de un arquero que se estira impotente se ve desde todos los ángulos posibles, mientras la voz del relator, una carita en un ángulo de la pantalla, explica algo a lo que es imposible prestarle atención. Algunos se enfervorizan hasta gritar a voz en cuello:

—¡Pero movete infeliz! ¡Qué te comiste a la mañana, un *fitito*!

—¡Poné huevo, negro, poné huevo!

—¡Ma' qué orsai, ma' qué orsai, comprate anteojos, ciego!

La caída de un recio morocho hace rugir un atronador: *¡¡¡Penaaaaalll!!!* que parece surgir de las entrañas de la tierra, y al mostrar la cámara la actitud pasiva del referí serbio los insultos arrecian. A esta altura, las guitarras descansan verticales, los clarinetes duermen en sus fundas y los bombos tucumanos suenan con reminiscencias tribales. Un puntito blanco como una pelotita de *flipper* que choca contra una línea vertical hace que muchos se agarren la cabeza, se coman las boinas blancas con pompones rojos, se abracen a los paraguas con escudos justicialistas, o lleguen a posturas insólitas como doblarse en dos como una bisagra con eje en el estómago.

Un rugido hace temblar Montevideo: las *óes* de la palabra "gol" se estiran como una gigantesca ola de un *tsunami* que fuera a romper contra la Rambla y llegara hasta el Cerro. Los automóviles orientales tocan bocina, los vecinos salen a saludar en los balcones y la multitud agita cualquier cosa verde que tuviera a mano.

Las pantallas muestran un hombre de color corriendo con los brazos abiertos, y el zócalo informa en su estilo mínimo la contundencia numérica inapelable:

ARGENTINA 0 – NIGERIA 1

Esa noche el recital de música se da en un clima de franca alegría, la multitud enloquece bailando candombe con la murga Falta y Resto.

Nigeria le hizo tres goles a la Selección Argentina. Bajo una ensordecedora silbatina, el director técnico argentino, un gordito de rulos y gruesas cejas, trajeado como para una fiesta de quince del conurbano, habla cariacontecido por las pantallas frente a un enjambre de micrófonos.

En cartones y con gruesos marcadores indelebles, la gente improvisa pancartas: NIGERIA 3 – DICTADURA 0. La más original, se perdía entre la gente:

BLACK IS BEAUTIFUL

9 – La tregua

Juan Simeran

. 9 .

La tregua

Javier lleva una hora buscando el manojo de llaves de Las Toninas. "¿Las dejé en el cajoncito de la mesa de luz? ¿O en el placard, entre las medias, o en una caja de cartón donde guardo las fotos viejas?". Hurga entre un par de escarpines de su hijo, una *kippah*, un caracol tornasolado que encontró en la playa con su padre, cuando niño, entre otros objetos imprescindiblemente inútiles.

Las llaves aparecen dentro de una despintada caja metálica de balines 055 de rifle de aire comprimido. Son tres llaves Yale, herrumbradas, unidas a un llavero con forma de timón de barco.

"En pocas horas me largo a la ruta con un auto agónico y una mujer que conocí ayer, perseguida vaya a saberse por qué o por quién, y si es que llego a la casa que hace dos largos años no piso, no sé si esa ruina estará habitable. La última vez que fui me tuve que ir a un hotel".

Tararea viejas melodías de La Máquina de Hacer Pájaros, sin darse cuenta. No lo desagrada, a pesar de todo, pasar unos días con una mujer como Claudia; se siente tonificado.

"A las once me veo con Bernardo en La Giralda y de ahí a buscarla". Mira nuevamente el papel: Santa Fe 1324 3 "A". "La Avenida Santa Fe se siguió llamando igual de antes de la guerra, no sea cosa que los conchetos de Barrio Norte tengan que esforzar la memoria".

En un bolsito deportivo que tiene estampado el logo de Panam pone una caja de cigarrillos, una ginebra, condones, un equipo de gimnasia rojo que no usa hace cinco años y que adquirió hace más de veinte, una bermuda de *jean* desflecado, dos pulóveres, una vieja máquina de fotos, algunas fotos de su hijo y hasta unas insólitas paletas playeras de madera que ni recuerda que tenía. Debajo de la cama encuentra una pelota de goma, de color verde y naranja. Presiona la tecla del contestador automático a casette y deja un

mensaje grabado:

—Me fui a Las Toninas por unos días. Sergio, cuando vuelvo te llamo. Te mandé un giro.

Cierra el departamento llevando apenas el bolsito colgado del hombro. Mientras acciona inútilmente el pulsador del ascensor, y espera que suceda el milagro de algún ruido de poleas o cables, recuerda la frase de Claudia que le taladra la cabeza: "Me siguen". "Quizá fue una imprudencia dejar ese mensaje en el contestador", piensa con lucidez. Espanta los malos pensamientos como moscas molestas mientras baja resignado las escaleras. "Por ahora, lo único que me sigue es el eco de mis pasos".

Camina por Facundo Quiroga rumbo al bar La Giralda. En los pocos locales abiertos ve, como todos los días, a los comerciantes parados estáticos en las entradas, las espaldas apoyadas contra las jambas de las puertas. "Esperando al Mesías o, más difícil, a un cliente", piensa el mismo chiste de todos los días. Intocados rollos de telas, parados como una muchedumbre multicolor, juntan polvo que nadie se toma el trabajo de sacar.

Pasando Levingston, caminando ya por Soberanía Nacional, el barrio muestra más actividad que en el adormilado Once. Ésta ya es frenética acercándose a Revolución Libertadora. Elude los improvisados caballetes donde se venden bujías, hojas de afeitar, corbatas de camuflaje militar, granadas-encendedores, casettes de folklore o tango, calculadoras y cigarrillos, pomada para zapatos, videos de viejas películas de Porcel y Olmedo, cospeles telefónicos.

Llega a La Giralda. Al fondo, divisa a su amigo.

Se aprietan fuertemente las manos. Para su desagrado, Bernardo está leyendo *El Caudillo*. En la tapa, la tipografía enorme anuncia:

IMPORTANTES ACUERDOS BILATERALES

CON COREA DEL NORTE

ARGENTINA ROMPE EL EMBARGO: LLEGAN MISILES

NORCOREANOS CON ALCANCE HASTA MONTEVIDEO

—¿Leés *El Caudillo* para alegrarte la mañana? —dice, con sorna, Javier—. Lo único que nos falta: atacar a misilazos a Montevideo. Lo más probable es que esos cacareados misiles no sirvan ni para fuegos artificiales de fin de año. ¿Te acordás cuando quisieron festejar los veinte años de la

recuperación de las Islas con un espectáculo de fuegos artificiales y no pudieron hacer explotar ni uno?

Bernardo contesta, levantando un dedo admonitorio:

—Ciudadano, usted debiera saber que eso fue un artero sabotaje inglés contra los festejos del heroico pueblo argentino. Además, no estaría tan mal atacar Montevideo. No te olvides que el ejército uruguayo se llama "Los Blandengues". Y, si Benedetti tiene razón, Montevideo estaría lleno de oficinistas grises y tristes, así que a lo mejor les hacemos un favor. Solamente quedaría pendiente un detalle de forma: que se cambie el título de la novela La tregua por La rendición incondicional.

—Después de esta tapa de *El Caudillo* deben estar todos escondidos debajo de las camas. Qué desastre, los termos volcados, la yerba tirada por cualquier parte…

Sonríen ambos sinceramente, contentos de encontrarse y divagar tonteras como en los buenos viejos tiempos. Por la única ventana se ve en el frente del café penetrar la luz de una mañana espléndida. El murmullo, adentro, es como el ruido del oleaje marino. Por el paso entre las mesas, una larga cola desemboca en el teléfono público adosado a la pared. Los abogados sostienen en una mano viejos maletines de cuero y en la otra un puñado de cospeles. Jaime rompe un silencio prolongado, ya frente a la primera ginebra con hielo, mientras Bernardo no repite el café que se enfría, sin tocar, en el pequeño pocillo.

—Bueno, tanto tiempo. Nos debíamos un café. Así que te separaste de Marita. Ustedes tienen un hijo, ¿no?

—Sí, se llama Jaime. Deberías haberlo visto, ayer en un acto escolar disfrazado de Hernán Sosa… parecía el Chavo del 8…

Con las miradas expresan mucho más de lo que dicen. A Bernardo le retumban en la cabeza las palabras "*sacalo de acá*" que le rogara Marita como una letanía, y las rumia lentamente para distinguir los matices posibles de ese "*de acá*" que no se atrevió a preguntar. Javier está por emprender un viaje con una mujer que ni conoce y que está evidentemente huyendo de algo.

—El negocio lo vendí. Mirá, Javier, para ser sincero, estoy para el carajo. Sin laburo y sin ninguna perspectiva salvo la de rajar…

Javier lo interroga con la mirada. Enarca las cejas y adelanta imperceptiblemente la mandíbula.

—Y, como muy bien adivinaste, la cuestión es llevarme o no al pibe. Ayer, en un acto escolar, como te decía, lo disfrazaron de Hernán Sosa. Un

imbécil de los que nunca faltan le puso de adorno una cabeza de goma colgando, chorreando jugo de tomate.

Se detiene, escoge cuidadosamente las palabras, como si fuera un cirujano y debiera extirpar los conceptos con precisión milimétrica.

—Marita casi se desmaya, y me dijo “sacalo de acá” como… cinco o seis veces. No sé si fue un pedido, un mandato o una de esas boludeces que uno dice y después se arrepiente. Marita está enredada con un milico, y tiene un laburazo en el Ministerio de Planificación Escolar. Justo ahora que puedo ayudarla, ella ya no necesita mi ayuda. O necesita mi ayuda más que nunca… ni ella lo debe entender…

Javier revuelve pensativamente el hielo en el vaso de vidrio, como si buscara alguna respuesta en las iridiscencias que produce la luz a través de la bebida. Bernardo baja la voz, mira hacia los costados. Nadie los escucha. Están en una de las mesas del fondo, decide hablar. Susurra, adelantando el torso por encima de la mesa:

—Con la guita del local me alcanza justo para rajar y empezar de nuevo en otro lugar. Me gustaría llevarme a Jaime, sacarlo de acá. Y hasta sacar a Marita, aunque la siento en otra. No sé en qué, no la entiendo.

Javier levanta la vista. Sonríe con una sonrisa amarga.

—Bernardo, me voy en un rato con una mina que conocí, una abogada. Nos vamos a Las Toninas en un par de horas. Me parece que anda rajándole a algo. O a alguien. Las Toninas está cerca de San Clemente, que tiene un pequeño puerto pesquero —baja la voz—. Se dice que hay barcos pesqueros que llevan gente, de noche, a Montevideo.

Bernardo lo mira serio. Trasbordo, río, barco pesquero. Él se marea de sólo escuchar esas palabras. “Ese río que miro todos los días, esa inmensa taza de café con leche. Lo más parecido a una actividad náutica que hice en mi vida fue en la pileta del Club Peretz de Villa Lynch, cuando era chico”.

—Javier, salgamos de acá. Caminamos y me contás qué sabés. Y de paso me fumo un cigarrillo.

—No mucho. Te puedo averiguar allá. Son rumores —ya parándose, contesta Javier.

Bernardo tamborillea los dedos sobre la mesa.

—¿Hasta cuándo te quedás en Las Toninas?

—Ni idea. La verdad que voy con una mina que casi ni conozco. Es decir, sólo la conozco, hmmm… en el sentido bíblico del término.

—Anotame la dirección. A lo mejor, si no molesto, te doy una sorpresa.

Javier tiene un arranque de duda: “¿Bernardo en el medio de mi encame de días enteros con la abogada? Pero quiere rajar… y si no lo ayudo no llega ni a la esquina: lo conozco a Berni. Fue mi amigo de la secundaria ¿Cómo no lo voy a ayudar? Ma’ sí, que venga. Además, si la mina anda rajando puede venir bien que seamos dos”.

—¡Berni viejo y peludo nomás! ¿Te acordás cómo nos llamaba el jefe de preceptores?

—El dúo dinámico, cómo olvidarlo.

—¿Y la de Geografía?

—Gath y Chaves.

Ríen los dos.

—¿Y tu hijo, Javier? ¿Cuánto le queda?

—Un año. Lo tienen en Uspallata, en Mendoza, hace ocho meses. Le mando la guita que puedo, las cosas no van muy bien… apenas gano para vivir. Las expensas hace dos años que no las pago y debo seis meses del Pago Extraordinario Patriótico. Pero, lo que tengo, se lo mando al pibe. Mirá, hasta me da cargo de conciencia irme un par de días con una mina, pero sé que él se va a poner contento cuando se entere. El auto lo dejé por acá, en el garaje de un amigo ¿me acompañás a buscarlo?

Se levantan, Bernardo deja dos billetes de 200 patriotas sobre la mesa. Ni bien salen del café, encienden sendos cigarrillos.

—¿Con esto pensás llegar a Las Toninas? —se sorprende Bernardo.

El Fiat 600 rojo es un cascajo. Javier suspira resignado.

—Mirá, si nos quedamos en la ruta nos volvemos… En fin, qué no hace uno por una mujer. Confío que a la altura de Quilmes mi dama entre en razones y reduzca sus pretensiones a pasar un fin de semana en Ezpeleta. Pero se va en una semana a Costa Rica, tengo que hacer denodados esfuerzos para convencerla de que se quede conmigo. Y “Rocinante”, por esta vez, no me va a defraudar.

Bernardo sonríe, cómplice. “Este Javier, siempre metido en líos de polleras”, piensa.

—¿Tanto te gustó la abogada?

—*Da*, *yes*, *ken*, *ouí*, *aiwa*, *iá*, *ió*. No sé si soy claro.

—Clarísimo. Si tenés algún problema, llamame. Te rescato con mi Torino Grand Routier y llevamos el Fitito a remolque hasta la costa.

—¿Todavía tenés el Toro? ¿El mismo que tenías en la facu?

—¿Qué es eso de todavía? ¿Quiere que lo cambie por una cipaya Toyota Hilux 4×4?

—Ni loco. Eso sería atentar contra nuestra dignidad soberana nacional, ciudadano. Sólo aceptaría que lo cambie por un caballo criollo de nombre Pucará, Pampero o algo por el estilo, y lo llame “mi flete” o “mi pingo”. Bueno, ¿te acerco?

—No, gracias. *Vade retro*. Confío más en mis piernas, sin que nuestro compañero Rocinante se ofenda. Quién te dice, te doy una sorpresa. Vos, por las dudas, comprá facturas para tres.

“Facturas. Y yo que sólo me preocupé de llevar condones. Qué no hace uno por un amigo”, piensa resignado Javier, y contesta:

—Dale. Y te tomo la palabra, si tengo algún problema te llamo. Me voy a buscar a Dulcinea, avisame si ves algún molino de viento.

Bernardo saca un papel y una birome, anota algo y rasga un pedazo. Javier guarda el papel en su billetera y abraza a su amigo.

—Espero no tener que llamarte para remolque. Las facturas, sí, las compro para tres, y pongo el agua para el mate. La casa está peor que el auto, pero hay una salamandra —baja la voz—. Si hace mucho frío, levantamos el parqué. Con el parqué hacemos un asadito, compañero…

10 – Requiem para Rocinante

Juan Simeran

. 10 .

Requiem para Rocinante

Javier estaciona en el garaje del edificio suntuoso. El portero, manguera en mano, observa con desagrado el vehículo. “Qué mirás, chitrulo, ¿nunca viste un Porsche?”, piensa Javier, y le ordena, como si fuera el dueño de Barrio Norte:

—Llame a la doctora Claudia Quiroga Peña Ortiz, tercero “A”.

El Fitito ha conocido, seguramente, tiempos mejores. El rojo de su chasis se confunde con lamparones de óxido, que la luz de la mañana muestra en forma impiadosa. La inexistencia de uno de los faros delanteros lo hace definitivamente tuerto. Adentro los asientos están rotos y el tablero no tiene más que el medidor de nafta y el arranque. Los otros instrumentos son agujeros con marañas de cables ennegrecidos. La palanca de cambios es un caño terminado en una rosca.

Claudia baja, mirando de soslayo a ambos lados de la calle. Lleva solamente una pequeña valija. Baja con un niño enfurruñado, de peinado taza y buzo de rugby del SIC.

—Maxi, saludá a Javier.

El portero la ayuda a poner la valija en el asiento de adelante. El niño mira con curiosidad el auto y a su conductor. En el tablero, del lado del acompañante, un cartelito pegado con cinta adhesiva:

LA PINTA ES LO DE MENOS. ROCINANTE

Claudia, aún terminando de acomodar sus cosas:

—¿En serio este auto se llama Rocinante, o me estás cargando? ¿Y entonces, vos sos el caballero de la triste figura? ¿Y no será Las Toninas

ese famoso lugar de cuyo nombre no quiero acordarme?

“Esta abogada se tiene bien leído El Quijote”, se sorprende Javier.

El auto arranca con zapateo de pistones que no se ponen demasiado de acuerdo con el carburador. El caño de escape atado con alambre hace un estrépito de mil demonios.

Toman por Santa Fe rumbo a Conscripto Hernán Sosa. Detrás de ellos, un automóvil se pone en marcha. Un Ford Falcon impecable, gris metalizado, de vidrios polarizados azules.

Sin chapa.

Ni bien Maxi se duerme en el asiento trasero, Claudia se pasa adelante, y acomodan la valija atrás cuando cargan nafta en la CBV —Combustibles Bolivarianos de Venezuela— de Independencia y Conscripto Hernán Sosa. Las empleadas de la estación de servicio lucen ceñidos bodys azules con manchas de camuflaje y boinas rojas.

Tienen suerte: la cola es de sólo media cuadra. El combustible suele desaparecer de los surtidores a veces tres, cuatro, diez días. Los automóviles cargan, además del tanque, varios bidones de nafta que acomodan en los baúles. Los que no poseen bidones o dinero suficiente cargan en botellas de gaseosa.

—Claudia, deberíamos cargar algún bidón. Ponelo a Maxi a dormir entre el carburador y la bomba de nafta, así tenemos más lugar.

Es uno de esos días luminosos de invierno, sin una nube. Por los costados de la autovía Orcadas del Sur se alternan casillas de chapas con los alambrados electrificados de los barrios cercados. Suntuosas entradas con complicados juegos de fuentes, palmeras y garitas de vigilancia anuncian Barrios de la Victoria I, II y así hasta llegar al XII. Algunas viejas gigantografías oxidadas de “¡ARGENTINOS A VENCER!” aún perviven al costado de la autovía, las de los primeros años de la guerra. Otras, más modernas y montadas sobre armazones, publicitan la última campaña de la Junta Cívico-Militar. Se lee sobreimpreso sobre una bandera argentina flameante:

SOPORTAMOS EL CRIMINAL EMBARGO CON DIGNIDAD

Una pareja de jóvenes sonríen bajo la bandera en un ángulo inferior del cartel. En el otro ángulo, el sempiterno slogan: “¡ARGENTINOS A VENCER!”. Ese cartel se repite en distintos tamaños a lo largo de la autovía. Muchos carteles viejísimos de publicidad, que nadie se tomó el

trabajo de desmontar, publicitan productos comerciales de empresas que ya no existen. La Orcadas del Sur es un gigantesco museo publicitario de cientos de kilómetros.

Se acercan al primer retén de gendarmería a la altura de Indios Quilmes. Javier ve los pastores alemanes gruñendo, la fila de autos detenidos al costado de la ruta. No puede evitar encender su primer cigarrillo cuando es interpelado:

—¿Y esa valija, ciudadano?

—Llevamos al pibe una semanita a Chascomús, mi Capitán. Un poco de aire le va a hacer bien, y a nosotros ni le cuento.

—¿Y con ésto piensa llegar a Chascomús? —sobrador, el gendarme patea el chasis con el borceguí, apoyando la suela en el paragolpe y flexionando la rodilla—. Vaya y apúrese, que "ésto" se desarma antes de El Pato.

—Simpático el milico. Me podría haber pateado algún bollo, a ver si me lo endereza.

—¿Simpático, Javier? ¿Te pareció simpático?

—Vos esperá que nos vayamos acercando a la costa atlántica y te aseguro que lo vas a extrañar. Lo vas a recordar como a un primo que hace chistes o a un tío que regala caramelos.

Pasando el segundo retén, Jadson, con suerte similar, comienzan a ver un paisaje menos ominoso. Las barriadas paupérrimas se trocan por invernáculos. Lo que alguna vez fuera verde es un mar de plástico que sube y baja siguiendo el diseño de los aleros, como olas, reflejando el sol de forma enceguecedora.

Puestitos a la vera de la ruta emanan el exquisito aroma de la carne asada, imposible de eludir. Las parrillitas son medio barriles de hierro sostenidos por ladrillos huecos, y por toda comodidad ofrecen unos bancos de madera a la sombra de algún sauce generoso. Maxi se despierta. Bosteza, se despereza lentamente y dice lo previsible:

—Ma, tengo hambre. Quiero ir al baño.

Claudia dice sin dejar de acariciar la nuca de Javier:

—Paremos a comer algo.

—La primera CBV la tenemos antes de Chascomús, donde antes estaba…

creo que se llamaba Atalaya.

—Paremos en alguna parrillita. Yo también tengo hambre.

—Vuestros deseos son órdenes, *milady*.

Se detienen sobre un entoscado, entre los charcos de agua de la última lluvia. Bajo una media sombra con agujeros donde el sol dibuja cilindros dorados, se dirigen hacia las mesas de caballete cubiertas por manteles de plástico con motivos florales. Dos o tres gallinas picotean libremente entre las sillas desvencijadas. Claudia saca de su silla un gato gordo que se queja con lentos maullidos. Un criollazo de bigotes renegridos, la cara como esculpida a hachazos bajo un sombrero de ala ancha, maniobra en la parrilla, dándoles la espalda. El zumbido de las moscas es atronador, algunas están gordas como vacas. Una panera plástica exhibe unos panes mohosos. Cuatro platos de colores diferentes y cuatro vasos de dudosa limpieza completan el servicio de mesa.

Una niña los viene a atender, trayendo un pingüino de vino. Es grácil, esbelta, de rasgos aindiados y fino cabello rubio.

Claudia le dice con dulzura:

—No, mi amor, vino no tomamos si manejamos. Traénos una gaseosa, una Gaucho-Cola.

—Gaucho-Cola no hay, señora.

—Bueno, traénos otra cosa. Una Limonada-Ombú, o una Soja-Up, si puede ser con hielo…

—Hielo no hay, señora. Limonada-Ombú, tampoco. ¿Soja qué, dijo?

Claudia suspira. Javier está tentado.

—¿Y entonces qué tenés, mi amor?

—Vino o cerveza, señora. O soda. O agua de la canilla. Pero dice mi papá que no es comestible.

—Bueno, traeme soda comestible. Y hablando de comestible, de comer me imagino que sí tenés.

—Ah, no. De comer se encarga mi papá.

La niña se aleja, alejando las gallinas a patada limpia. Los animales revolotean con estrépito, el viento lleva algunas plumas hasta la mesa.

El paisano se acerca, sudorosa la cara y con lamparones en los sobacos de la camisa. Trae una fuente con una gran cantidad de carne. Javier, curtido de pequeñas picardías, lo ataja, diciendo con voz firme:

—Compañero, gracias por la carne, pero preferiría que me diga cuánto sale

lo que me trae. Es que no andamos con muchos patriotas encima…

El hombre lo mira ceñudo, y empieza a servir. Se inclina hasta Javier, y le dice en grave voz baja:

—Cállese y escuche. Cuando ustedes pararon, paró otro auto, un Falcon. Y ahí se quedó, bajo las casuarinas. Lo vienen siguiendo, compañero, y no quiero problemas en mi parrilla. Dicen que ayudar a un perseguido trae suerte; si no tiene, me paga otro día. Coman, métale, que el que lo sigue tiene un tremendo olor a milico.

Javier enrojece por haber desconfiado del generoso paisano. Está furioso consigo mismo. "Soy un imbécil, seguro que nos vienen siguiendo desde que salimos de Buenos Ayres y ni me di cuenta, embobado con los arrumacos de Claudia. Me tengo que grabar en la cabeza que la estoy ayudando a escapar, que no estoy yendo a un campamento de la Hebraica".

Claudia, a todo esto, está demudada: ha oído la conversación. "Pocho nos pegó una estampilla, es menos boludo de lo que pienso. Esto va a terminar mal, mejor me entrego, todavía estoy a tiempo de inventar alguna excusa convincente. No quiero que el chocolatero salga lastimado por culpa mía, con Pocho no se juega. Y a lo mejor me deja quedarme con el dinero. Voy a tener que suplicarle de rodillas a ese hijo de puta".

—¿Qué vamos a hacer…? ¿Volvemos? —pregunta Claudia con resignación.

Una insólita dureza en la mirada de él la sorprende. Javier habla con tono firme:

—Comemos. Pagamos. Nos vamos. Sobre todo, que Maxi coma bien y que vaya al baño o a lo que haya como baño. Como bien dijo nuestro amigazo, quizá no podamos parar por un rato largo.

Una tenue esperanza comienza a calentar el pecho de Claudia.

—¿Y después?

Se miran a los ojos. Javier vuelve a tranquilizarla con su mirada firme.

—Algo se me va a ocurrir. No mirés para el lado del Falcon cuando salgamos —ordena.

Comen en silencio, el único que disfruta el asado es Maxi. La soda llega cuando están terminando y casi revientan de sed. "Me olvidé", dice la niña. Javier fuma morosamente antes de irse. Claudia paga y lo toma fuertemente de la mano cuando salen. Ya nuevamente en ruta, Javier le dice:

—¿Te acordás del capítulo de *El Quijote* que a Rocinante le da por galopar y le ganan al caballero del verde gabán? ¿O era al de los espejos? Bueno,

rezá para que Cervantes no se haya equivocado. Y decile a Maxi que se agarre.

Al máximo de velocidad, se van acercando a la intersección con la Ruta 6, donde el puente de Etcheverry cruzar la autovía Orcadas del Sur. Javier ve el Falcon por el pedazo que tiene de espejo retrovisor, siguiéndolos a una prudente distancia. Providencialmente, un camión-jaula de vacas circula entre los dos. Doblando prácticamente en un ángulo de 90 grados (se escucha el chirrido de los neumáticos, por un segundo el Fitito pierde estabilidad y viborea) y casi sintiendo el paragolpe delantero del camión rozar su paragolpe trasero, ingresa en el desvío a la Ruta 6, a la derecha. El perseguidor sigue de largo por la autovía. Aceleran por la 6 mientras ya escuchan la sirena del Falcon, que retoma la Orcadas del Sur de contramano. No tienen tiempo, la ventaja es de apenas unos segundos. Acelerando todo lo que el pobre Fiat 600 puede, Javier ve delante de sí la Ruta 6: es una línea recta hasta casi el horizonte. “En cuanto el del Falcon nos vea, nos alcanza en dos minutos. Es ahora o nunca”. En una décima de segundo Javier dobla abruptamente a la derecha y se meten en una gomería, que para mejor es una boca de lobo. Por el espejo retrovisor, ven con un escalofrío cómo el perseguidor pasa a toda velocidad por la ruta, con la sirena portátil atronando la tranquilidad del pueblito de Etcheverry.

Una persiana metálica se cierra tras ellos, dejándolos atrapados o a salvo, cualquiera de las dos posibilidades. Para colmo, Rocinante, luego del esfuerzo supremo expira su alma, y un ruido atronador los hace sacudirse aún dentro del auto: los pistones, o el cigüeñal, o la tapa de cilindros, o todos ellos, decidieron no ser más de la partida y destruirse mutuamente de una vez y para siempre.

Claudia está aterrada, nunca imaginó el coraje suicida de Javier, y de a poco comprende que ya no hay vuelta atrás. Maxi está admirado, nunca pensó que iba a ver en vivo y en directo una persecución de autos. “Y este señor, el amigo nuevo de Mami, maneja como Meteoro, aunque el auto que tiene no es el Mark 5. Si maneja tan bien, ¿por qué mami tiene esa cara de susto?”.

El silencio repentino, más la oscuridad del local con olor a caucho, los hace sentir como Jonás en el vientre de la ballena. De una ballena de goma, una ballena Michelin.

Un personaje surge de las tinieblas, más perceptible por el aroma a grasas sintéticas que por lo poco que se puede entrever. Un pañuelo donde se limpia las manos es lo único que tiene retazos de blanco en ese local, y brilla con una tenue fosforescencia. Las gomas colgadas y en pilones que

llegan hasta el techo completan el cuadro. Una brasita se enciende y apaga, señal de que el extraño ser inhala y exhala. La única lámpara de 25 watts que anda parpadea.

Javier abre la puerta del auto ya inútil y baja, tanteando el terreno sin saber si están en territorio amigo u hostil. Pisa algo blando. “Aserrín”, piensa. Baja con el matafuego en la mano, a modo de cachiporra por si tuviera que defenderse, aunque sabe que es inútil. “No se ve nada, carajo”.

Una voz aguda, un tiple, la voz más finita que Javier escuchó en su vida, pregunta:

—¿Anda en problemas, don?

Los fugitivos respiran. No están en territorio hostil.

Javier no puede evitar ser un poco cínico:

—¿Y a usted qué le parece, amigo?

Claudia lo vió bajarse con el matafuego, y adivinó su intención.

Sintió que ese hombre es capaz de todo.

“¿Me estaré enamorando del chocolatero?”.

11 – Milagro en Pipinas

Juan Simeran

. 11 .

Milagro en Pipinas

Atardece en Bartolomé Bavio. El sol provoca reflejos anaranjados en el Torino Grand Routier blanco que avanza por la Ruta 36. Los pozos hacen que el enorme capó baje y suba como si lo mecieran las olas. Las sombras se alargan, los estilizados cipreses y los molinos que bordean la ruta dibujan intermitencias de luz y sombra que se suceden, raudas. Del este viene la oscuridad, tragándose el ganado que ya apenas se diferencia de la pastura en el horizonte. Tranqueras despintadas principian algún camino de tosca roja que desemboca en viviendas chatas, blanqueadas a la cal, semiocultas bajo frondosos sauces. Los perros embarrados ladran a las gomas del automóvil, siguiéndolo por cada trecho que les toca, con sincronización perfecta. Por las ventanillas penetran los olores a tierra mojada, bosta vacuna y clorofila. Los chicos duermen en el asiento de atrás, sobre los muslos de Claudia que permanece extática dejándose inundar por el aroma. Javier, del lado del acompañante y Bernardo, manejando, hablan en voz baja para no romper el hechizo que les provoca la hermosura abrumadora del paisaje.

Atrás quedaron la venta de apuro de Rocinante por lo que se dignó darles el gomero: veinte mil patriotas pagados con un dudoso cheque del Banco FinanPatria, que Javier revisara con ojo experto. La llamada a Bernardo, y la espera con tortas fritas y mate en la tibia cocina de Doña Otilia, la mujer del gomero.

Doña Otilia, quien en las dos horas que duró la espera no paró de hablar de enfermedades, comenzando con las propias, las de su cónyuge e hijos y terminando con la descripción minuciosa de un extraño hongo que afectara la pierna de palo del hijo del verdulero. La sirena del Falcon tapaba cada tanto la cháchara. Javier le transmitía a Claudia con su mirada una seguridad inquebrantable: en esa cocinita de mantel de hule, centro de mesa de frutas de plástico, paredes de azulejos floreados y estatua de la Virgen

arriba de la heladera, a nadie se le ocurriría buscar a dos prófugos.

—Mirá, en realidad me hicieron un favor. De otra forma no me hubiera decidido a venir, y menos con Jaime. Y unos días en la costa no me van a venir nada mal —dice Bernardo mientras maneja.

Javier fuma echando el humo por la ventanilla y manteniendo el cigarrillo fuera del vehículo. Llegando a Vieytes comienzan a distinguirse las primeras estrellas en el espléndido cielo del este. El sol emite sus últimos destellos de un rosado iridiscente. El negro del asfalto pasa a ser un gris mortecino, y comienzan a oír el persistente croar de los sapos y el crepitar de los grillos. La luz de los faros reflejan liebres que cruzan la ruta como estrellas fugaces. Bernardo elude los peores pozos con destreza; la ruta está desierta. Sólo se ve sobre las banquinas algún paisano montado a caballo, como si las llanuras del sudeste de la provincia estuvieran habitadas sólo por centauros.

—¿De nafta cómo andamos? —práctica Claudia, abriendo un ojo.

—Cargué antes de levantarlos, y tengo tres bidones de veinte en el baúl. Mirá, creo que tengo más nafta que ropa. Y más ropa que cigarrillos. Y más cigarrillos que fósforos. El único libro que alcancé a agarrar, creo, es *Motke, el ladrón*, de Sholem Ash.

Javier hurga en la guantera, curioseando los viejos casettes de Bernardo. Finalmente enarbola uno como un trofeo:

—¡Polifemo! Podrías abrir tu guantera al público como museo del rock nacional… ¿y esa cosa anda? —señalando un pasacasette de grandes perillas, embutido en el tablero impecable del auto.

—Anda. Y no sabés cómo se escucha la voz de Rafanelli: el “Toro” tiembla de la emoción…

—¿Ustedes no estarán pensando despertar a los chicos para escuchar música de viejos chotos rockeros? —dice Claudia, entre alarmada y divertida, abriendo el otro ojo.

—Lo de viejo y choto te lo acepto, lo de rockero está de más. Porque lo vamos a escuchar bajito, como corresponde a señores serios. Pero por bajito que lo escuche, Polifemo me saca diez años de encima. Y prometo que la buena voluntad será largamente recompensada a su debido momento. O al costadito de la ruta, ahora, si hiciera falta un pequeño adelanto.

Claudia contesta, dando un suave golpe en la nuca a Javier:

—No hace falta ningún adelanto. Veremos cómo te portás con la compensación, te tomo la palabra. Me sale de testigo tu amigo.

Como tres adolescentes, escuchan la música de rock. Javier marca el ritmo con movimientos de su cabeza, Bernardo golpea el techo del Torino por fuera de la ventanilla entre la negrura más absoluta de la ruta, sólo iluminada por los faroles del vehículo.

Después de haber parado de viajar / El polvo te hará mirar atrás / La noche viene lenta / El viento juega en mí / Y qué hago yo aquí sin dormir / Camino sin saber qué pasará / Pero yo sé muy bien lo que no quiero hallar / La noche está aburrida / El viento juega en mí / Y qué hago yo aquí / Todavía.

Cuando promedia el casette, llegando al pueblito de Pipinas, unos haces de linterna cortan la ruta formando barreras infranqueables. Aminoran la marcha, el festival de luces es insólito para la hora y el lugar.

"Cagamos", piensa Javier.

"Sonamos", piensa Claudia.

"Habemus problemus", piensa Bernardo.

—Qué lindo, las linternas —dice Maxi.

Cuando se acercan finalmente al retén un soldado prende un foco que los enceguece. Instintivamente, Claudia abraza a los chicos. Javier atina a apagar la música cuando el primer gendarme se les acerca con una linterna. Sin que haga falta que les pida nada, Bernardo extiende por la ventanilla el portadocumentos, apenas sacando la mano, no sea cosa que lo muerda el ovejero alemán. El portadocumentos de cuero es llevado a un jeep que está ubicado a unos metros, donde a horcajadas sobre el capó, las botas apoyadas en el paragolpes, un militar lo revisa entre chupada y chupada de mate. Los gritos histéricos del oficial les llegan perfectamente, y les erizan la columna vertebral como una descarga eléctrica.

—Te dije que buscamos un Fiat 600 rojo, Galíndez. ¿Ese auto te parece un Fiat 600 rojo? ¿A vos te parece que a esta hora yo tengo ganas de andar revisándole los documentos a cada boludo que pasa? ¿Y si pasara un camión de ganado también querés que revise vaca por vaca, Galíndez? ¿Y si pasa un ovni nos vamos a Marte, Galíndez?

Claudia toma de la mano a Javier, que ya no siente tanto aplomo. "Es Rocinante", piensan al unísono. Casi ni respiran esperando la contestación.

El sonido de los grillos indica que Galíndez está rumiando lentamente su respuesta. Al fin se anima, con tono respetuoso pero firme:

—Mi Capitán, cumplo la orden de detener cada vehículo. Ordene requisa y lo requiso, mi Capitán. Solicito el parte de descripción física de profugados, mi Capitán.

“Parte de descripción física de profugados. Cagamos, cagamos mal. Hasta acá llegamos”, piensa Javier, y no puede menos que notar que Claudia tiembla: se escucha nítido el castañeo de sus dientes.

“¿Estos milicos están hablando de Javier y la abogada? ¿En qué quilombo se metió mi amigo?”, piensa temeroso Bernardo.

—Qué ganas de romper las bolas, Galíndez. Acá tenés tu maldito parte, pero con esta oscuridad no se ve un carajo. A ver, acercame el foco. ¡Puta madre, Galíndez, se me voló el papel a la mierda! ¡Ordename ya mismo que lo busquen, así sea entre la bosta de las vacas! ¡En este puesto de mierda no se ve un carajo! ¿Qué me mirás López, te gusto? ¡Y el mate está frío, López, andá a calentar el agua sino hoy dormís estaqueado!

Afirman los exégetas de la Biblia que un milagro no es un hecho contrario al normal desenvolvimiento de las leyes físicas, sino que es una concatenación de hechos normales que determinan un resultado que no se puede explicar sin la intervención de un soplo divino.Y a pesar de que en este caso el soplo que voló la descripción física fue el viento bonaerense conocido como Pampero, no sorprende un repentino ataque místico que les hizo agradecer a Dios la gauchada a los muy descreídos, escépticos y come-curas —o come-rabinos— Claudia, Javier y Bernardo.

Desde el Torino ven cómo el adormilado retén entra repentinamente en actividad, y los haces de luz enfocan hacia abajo. Galíndez, luego de ordenar “peinar” toda la zona, se acerca nuevamente al auto con el portadocumentos. Suponen que para autorizarlos a partir, pero se equivocan. Ordena con tono seco:

—Ciudadanos, por favor, salgan de la ruta y esperen en la banquina. Estamos buscando dos prófugos y momentáneamente se nos perdió la descripción. Serán autorizados a proseguir el viaje cuando podamos cotejarlos.

Javier piensa: “Definitivamente el capitán tiene razón, Galíndez es un tremendo rompebolas”. Su cerebro es una máquina que funciona a toda velocidad. Convida un cigarrillo a Galíndez. Este duda, pero acepta. Rápido de reflejos, Javier le ofrece fuego, la mano sale por la ventanilla cruzando a Bernardo. Cuando Galíndez agacha la cabeza hacia la ventanilla, Javier le susurra:

—El fitito rojo dobló por Poblet. Venía delante nuestro…

Claudia y Bernardo se admiran. “Igualito que en el secundario, Javier siempre tiene una respuesta para todo”, piensa Bernardo. “Ni me imaginé que fuera semejante hombre cuando le puse la tarjeta en el bolsillo del saco. Es una luz”, piensa Claudia.

—Mami, ¿el Fiat rojo no es el que *mhhh mhhh* —Claudia tapa la boca de Maxi.

Galíndez, sorprendido, ahora sí acerca su cara al auto. Es redonda y roja, con gruesos bigotes totalmente blancos y un mechón blanco de pelo bajo el quepis verde. Mira fijamente a Javier, buscando signos de engaño, iluminándolo con la linterna. La cara de éste es diáfana de falsa sinceridad, un monumento a la inocencia.

—¿Era un fitito rojo todo hecho pelota? ¿Una porquería?

"¿Porquería Rocinante?, más porquería serás vos", piensa Javier.

—Sí, mi…

—Cabo. Cabo Galíndez, mucho gusto.

El militar introduce la mano por la ventanilla de Bernardo para estrechar la de Javier.

—Venía delante nuestro, mi cabo, y doblaron en un cruce que decía "Poblet". Me fijé porque me impresionó mal, se notaba que los de adentro eran unos malandras. Viajaba una mina pelirroja que a mí se me hace que era bruja; se sentían las malas energías del auto. Y esa bruja se reía con una risa maligna. Vaya rápido que los agarra.

Galíndez, finalmente, se rinde: su cara se arruga en una sonrisa y susurra a Javier:

—Me vas a hacer ganar un ascenso, porteño. Ya va a ver el loco de mierda de Bermúdez si vamos a ir a Marte en un ovni. En un ovni lo voy a meter a él. Suerte, Porteño. Y mirá a ver si salgo en los diarios de mañana. ¡Mi foto en *El Caudillo*, porteño!

"Ojalá en las necrológicas, hijo de puta", piensa Javier. Le pone a Galíndez dos cigarrillos en el bolsillo. Éste se aleja del vehículo, y empieza a dar órdenes:

—Dejen paso al vehículo que transportan un niño enfermo.

Paso, paso ¿no escuchó, Bonacorso? ¿O está dormido? Y prepáreme dos caballos, que nos vamos a hacer un rastrillaje. ¿Qué, no sabe montar, Bonacorso? No se preocupe, le doy cinco minutos para aprender.

El Torino pasa a través del retén como si fuera un plenipotenciario auto de una embajada. Galíndez los saluda haciéndoles la venia.

Claudia deja de temblar. Bernardo le dice a Javier:

—Che, me hubieras avisado que el viaje venía con sucesos emocionantes, me olvidé la coramina.

—¿Y Valium, no trajiste? —pregunta Claudia, aún pálida.

A un kilómetro del lugar, sucede un hecho que no advertirá nadie: una rueda pisa y destroza un facsímil en el que figuraban los siguientes datos:

MASCULINO, TRIGUEÑO, CUARENTA Y CINCO AÑOS.

SIN MARCAS VISIBLES FEMENINA CABEYO ROJO

RULOS TES BLANCA – SE TRASLADDDAN

EN UN FIAT 600 ROJO MUY MAL ESTADO PAT B156998

BASE AEREA PALOMAR NO LASTIMAR FEMENINA.

DISPONER MASCULINO CODIGO 666 S-SUM

REMIT BRIGADIER IRIBARNE.

—¿Cómo era eso de bruja y la risa maligna? —dice tentada, no se sabe si de la risa o de los nervios, Claudia.

—Es que soy único detectando los efluvios maléficos. Y, pensándolo bien, el pobre Galíndez se merece un ascenso. Y yo me merezco un mate, por lo menos eso, hoy, me lo gané. Y un cigarrillo. ¿Te diste cuenta lo fuerte que soplé para volarles el papel? Eso es porque de chico leí muy bien la historia de los tres chanchitos, y aprendí la técnica del lobo. Así que al próximo milico que se me cruce, lo soplo todo.

Claudia saca el termo de un bolso y empieza a volcar la yerba en un recipiente plástico. No ríe, está preocupada.

—Muchachos, hay algo que no les dije —aclara Bernardo, mientras maneja —. Quiero que lo sepan por si pasa algo. Bien cerca estuvimos. Tengo el dinero del local encima, lo que me quedó. Son treinta mil dólares. Los tengo en diamantes, en una bolsita, en el tanque de nafta. Adentro del tanque. Es el primer lugar en que se me ocurrió ponerlo, cuando salí.

—Y yo tengo cincuenta mil dólares —agrega Claudia, desde el asiento de atrás, mientras alcanza el primer mate humeante a Javier—. Los tengo en barritas de oro. Envueltos en envases de chocolate Suchard. Hay blanco, aireado, con almendras, con pasas y amargo con maní. La ventaja es que no se derriten con el calor. Eso sí, para comer, son un poco duros.

—Yo tengo dos paletas playeras, una caja de cigarrillos y una botella de ginebra —completa Javier—. Ponele que, a ojo de buen cubero, sean unos… diez dólares. No cuento el cheque del gomero, que no debe tener fondos. Por lo tanto sumamos, corríjanme si me equivoco, ochenta mil diez

dólares. Lo suficiente para unos días en Las Toninas. ¿Seguimos escuchando a Polifemo?

Nadie tiene ganas ya de escuchar música. Son, al fin de cuentas, tres adultos ya creciditos para el rock, que llevan consigo todo lo que poseen, incluidos sus hijos. El Torino va tragando las marcas de la ruta y ninguno sabe qué encontrarán al final del camino.

—¿Te acordás que te dije que me siguen? Creo que tenés derecho a saber… —le susurra Claudia, a Javier, mientras abre un paquete de galletitas.

—Preferiría no saberlo. Si lo que te sigue es demasiado para mí, me asusto, y eso no es bueno. Si es inofensivo, me agrando, y eso es peor. Si es desconocido, el golpe puede venir de cualquier lado, y estoy atento.

—¿Eso no es zen? ¿O lo sacaste del jiu-jitsu? —pregunta ella.

—En Agronomía le decíamos "agarrarnos a piñas".

—En Villa Crespo le decíamos igual —se ríe Bernardo.

En Tordillos hay una CBV, y paran a comer algo. Una gigantografía luminosa anuncia:

EL PUEBLO VENEZOLANO EN HERMANDAD
CON EL HEROICO PUEBLO ARGENTINO

Sobre ésta, informa un cartelito de cartón pegado con cinta de embalar:

NO HAY CONBUSTIBLE – NO INSISTA
PROSIMA ESTASION 85 KM

Luego de comer arroz con frijoles y chícharos, Javier dice:

—Para el postre quisiera unos chocolates. Pero ni de los que vendo yo, que son incomibles, ni de los que tiene mi amiga, mucho más lindos pero que me pueden caer un poco pesados…

Nadie se ríe del chiste. Están cansados, tensos, y con ganas de llegar. Esa misma mañana, hace mil años, Javier y Bernardo estaban en La Giralda. El día fue extraordinariamente largo. El cielo sobre Tordillos es una bóveda espectacular, se ven miles de estrellas. El aire es límpido, embriagante. Los sapos croan con tonos graves, la luna llena baña el lugar con una fosforescencia irreal.

Los cinco, volviendo al auto, ven una estrella fugaz. Los chicos la señalan con barullo, como si fuera un suceso extraordinario. Bernardo hace cuentas mientras saca un bidón de nafta y un embudo plástico:

—Tres por cinco quince, el cielo se compromete a cumplirnos quince deseos, parece una buena oferta, aceptemos.

—Así cualquiera… —sonríe Claudia y se da cuenta, asombrada, de que en ninguno de los tres deseos que pidió incluyó las palabras “Costa Rica”.

12 – Un negocio redondo

Juan Simeran

. 12 .

Un negocio redondo

La vista del río, desde el amplio piso 17, no es demasiado distinta de la que Archimbaldo posee en su despacho del piso 14 del Ministerio de Planificación Escolar Estratégica.

Y bien utilizada está la palabra “posee” y no “disfruta” o quizá “usufructa”, porque la vista la puede disfrutar, por ejemplo, la doméstica que se afana en las tareas de su casa, o algún amigo circunstancial. Pero él es el que decide cuándo, cuánto tiempo y por qué motivo alguien puede tener acceso al magnífico horizonte de cielo y río. Hay días en que se llega a ver la costa uruguaya. “Allá donde ondea el sucio trapo rojo”, piensa cada vez que ve esa rayita negra entre el marrón y el celeste.

Archimbaldo está arrellanado en su lugar favorito: el sillón colorado, frente al armario *art noveau* de vidrios biselados atiborrado de marfiles chinos: grullas en equilibrios inverosímiles, monjes tibetanos, *buddhas* obesos. Sobre la mesita ratona, un tablero de ajedrez de piezas damasquinas nacaradas está detenido en la misma jugada hace dos semanas. Las luces del ocaso reflejan extraños destellos en los caireles de la araña, que se proyectan sobre el empapelado rococó de la pared. Archimbaldo degusta lentamente su bebida favorita: Bacardí Oro con hielo, en un vaso enorme que por la complejidad de sus texturas remite más a una pieza de joyería que a una de cristalería. Viste un quimono japonés de seda blanca con estampas negras de guerreros *samurai*.

Sobre el sofá Marita duerme despatarrada. Sus largas, exquisitas piernas cuelgan de los apoyabrazos. Una de sus manos se apoya en la alfombra persa donde está estampado un pavo real, su dedo índice rozando apenas el pico del ave.

Archimbaldo mira a Marita con fruición, a pesar de lo insólito de la postura en que se derrumbó para “dormir la mona”. Media botella vacía de Johnny

Walker etiqueta negra explica sobradamente el sueño *de profundis*.

El militar se siente satisfecho: “la primera mujer que duerme en mi santuario luego de la muerte de mi madre no desentona con los sofisticados objetos que lo decoran”.

Toma un retrato de su padre de una mesita de mármol, de marco de plata profusamente ornamentado. Se ve en blanco y negro un hombre en impecable uniforme naval, rígido y haciendo la venia. Tras el retrato cuelga un sable, y en una caja de vidrio unas insignias y las tres bandas doradas que identifican el máximo grado naval: Almirante.

—¿Ve padre? —Archimbaldo le habla al retrato—. ¿Ve esa judía que duerme ahí? Es mi amante, padre. ¿Ve qué lindo culo tiene? ¿Le parece más linda que las putas que usted traía a casa cuando madre se iba a la estancia? ¿O las domésticas que usted perseguía por los pasillos de esta misma casa?

La mirada de su padre cambia, la mano de Archimbaldo que sostiene el retrato tiembla ligeramente. Ahora su padre lo mira fijo, con un desprecio enorme.

—¿Y cuál es la diferencia con su tan mentada judía, m’ijo? ¿O acaso no está con usted por su dinero? ¿Ese dinero que usted no acrecentó en un solo centavo, so inútil? ¿O piensa que está con usted por su linda carita? ¿O por su pija que sirve sólo pa’mear, m’ijo? Porque yo, m’ijito, a esas putas, como usted dice, me las usaba bien usadas, que para eso están y no de adorno. Y las domésticas también eran pasadas por las armas, que para eso somos machos los machos, carajo.

Archimbaldo enrojece, desea volver a poner el retrato en la mesa. Cada vez que su padre le menciona su impotencia sexual siente una vergüenza y una cólera infinitas. “Además, el viejo de mierda jamás me reconoce mérito alguno. Promediando la cincuentena, él todavía me habla como si fuera un mocoso de catorce, un cadete”. Archimbaldo desgrana palabras con odio, como si escupiera ácido:

—Ojo con lo que dice que rompo el retrato y ahí usted se termina de morir. Escuche, viejo de mierda, eso que dice se está por acabar. Porque tengo un plan. Y si sale bien, esa mujer se va a enamorar de mí. Sépalo: estoy a un paso de que me quiera, como usted dijo, por mi linda carita.

El hombre desde el retrato se ríe a carcajadas:

—¡Un plan! ¡Oootro de tus bolazos! ¡Como cuando invertiste en esos caballos de carrera y perdiste el piso de Mar del Plata y el chalé de Punta Ballena, *boludónnnn*! ¡O como cuando loteaste media estancia para

comprar un barco que se fue a pique, y no tenías el seguro al día, pedazo de infeliz!

Archimbaldo tiembla, lucha contra sus deseos de romper el retrato en mil pedazos. Finalmente su temor es más grande: el temor de que, en caso de hacerlo, el espíritu de su padre se libere, como el *ifrit* de un cuento de *Las mil y una noches*, y lo atormente en cualquier lugar y momento. "Por ahora, si yo no me dirijo al retrato el espíritu de mi padre me deja tranquilo". Un tic nervioso hace latir uno de sus párpados y su boca se deforma hacia abajo en una de sus comisuras, en un rictus muy parecido al de un ataque hemipléjico. Suda.

—Oiga bien, torturador, putañero, sifilítico de mierda: estoy a punto de salvar al hijo de esa mujer. Después de que lo salve hablamos, hijo de mil putas. Ahora déjeme tranquilo. Y el seguro del barco usted sabe que el productor se quedó con el pago. Y el stud se inundó y los caballos se resfriaron, fue una inundación que se da cada cincuenta años. Eran todos hijos de campeones so pelotudo. De cam-peo-nes. Y bien valían ese piso de mierda en Los Troncos, en esa ciudad que detesto. Y en Punta Ballena al único demente que se le ocurrió construir un chalé gigante fue a usted, dígame qué carajos había en Punta Ballena, yo no tenía cómo saber que después iban a hacer al lado Casapueblo. Y qué mierdas era eso de Casapueblo en esa época: un vecino medio hippie y medio loco haciendo una casa rara. Ahora siga durmiendo, muerto. Yo estoy vivo. No estoy lleno de gusanos como usted.

Deja el retrato en su lugar con violencia, secándose el sudor de la frente con un pañuelo. Archimbaldo pasa al escritorio: ahí sí que su padre no se anima a molestarlo, ahí, en su *santosanctorum*, puede serenarse lentamente.

La biblioteca está atiborrada de enormes libros de ciencia náutica, casi todos en francés, algunos en alemán, muy pocos en castellano. Cuelgan de las paredes óleos de batallas náuticas del siglo diecinueve. En vitrinas, réplicas del acorazado nazi Graf Spee, de un galeón español y una, enorme, de un buque civil: el Titanic, quebrándose, con iceberg y todo, entre oleajes espumantes de plastilina. Y el sempiterno cuadro de Hernán Sosa, firmado por un artista de renombre.

Ni un retrato del Almirante.

Si bien en las paredes abundan, también, diplomas y banderines con la inconfundible silueta de las Islas, Archimbaldo nunca pisó Malvinas. Aún resuena en sus oídos el humillante comentario de su superior: *"¿Ese? Me transformaría el Teatro de Operaciones en un garito"* .

Como un árabe con las cuentas de abalorio o un católico con el rosario,

Archimbaldo se calma jugueteando incansablemente con fichas de casino. Las que le dan suerte las tiene en su escritorio, en montoncitos: de Montecarlo y de Ruletenburgo. De Las Vegas y de Niza. Del hotel de hielo de Reijavik y del barco-casino de Eilat. El contacto con las fichas plásticas lo apacigua. De a poco vuelve a recobrar su lucidez, y a adoptar la postura con la que mejor le va en la vida: la de un apostador implacable, capaz de jugarse el todo por el todo a una corazonada.

Y la corazonada era clara, casi el dibujo de un teorema matemático.

Anota en un bloc, con lapicera de oro:

A- LLAMADA DEL INFELIZ

B- EL INFELIZ SE LLEVA AL NIÑO A LAS TONINAS

C- MARITA BORRACHA – DEPRIMIDA – ¡DORMIDA EN MI CASA!

ENCADENAMIENTO POSIBLE DE A-B-C

A- EL INFELIZ LE PIDE EL NIÑO A MARITA POR SORPRESA

CONSIDERACIONES PREVIAS A B:

1- EL INFELIZ ACABA DE VENDER UN IMPORTANTE LOCAL COMERCIAL.

POSEE DINERO CASH

2- EL INFELIZ ES DEMASIADO INFELIZ. DESEA HUIR.

B- LAS TONINAS – CERCANÍA A PUERTO DE AGUAS PROFUNDAS – OJO – SAN CLEMENTE.

CONSIDERACIONES ESPECIALES DE B: CASH – NIÑO – SAN CLEMENTE – SEGURA HUIDA

C1- MARITA SOSPECHA – DEMASIADO ORGULLOSA PARA PEDIR AYUDA

C2- SE EMBORRACHA (ES UNA FORMA DE PEDIR AYUDA)

C3- DUERME EN MI CASA – UNA FORMA DE PEDIRME AYUDA

CONCLUSIONES

SAN CLEMENTE – BASE NAVAL – CONTACTAR

DETENCIÓN INFELIZ – INCAUTACIÓN DINERO – DEVOLUCIÓN NIÑO A MARITA

1) ETERNO AGRADECIMIENTO MARITA

2) DINERO

3) INFELIZ PRESO

4) ¿ASCENSO?

Archimbaldo golpea con el puño la mesa y exclama, excitado:

—¡*Mierrrda*, es un negocio redondo!

Archimbaldo no necesita el dinero, el niño lo tiene sin cuidado, ni conoce al ex marido de Marita y en el muy improbable caso de que obtuviera amor no sabría qué hacer con él. Pero, fiel a su temperamento de jugador, es esclavo de las voluptuosas sensaciones que le provoca la secreción de adrenalina. Jugar a la cacería humana con un niño, una fortuna, una honra y un posible amor de por medio le provoca una excitación que ya no siente ni con el Black Jack, su juego favorito.

“Eso sí, un ascenso no me vendría nada mal. Estoy clavado en el mismo grado hace diez años”, piensa. Su pésima reputación arruinó una carrera que aunque mediocre, prometía más.

Pasa el papel por el triturador de documentos, que se va tragando el teorema que demostró cuán agudo y preciso es su olfato.

Sonríe con satisfacción. *“Lo único que me molesta es estar vestido con quimono, preferiría el uniforme para trabajar”*. Saca un grueso libro de uno de los cajones del escritorio, con el ancla de la Armada Argentina en la tapa. Busca y encuentra el listado del personal jerárquico que se desempeña en la base naval de San Clemente. Se coloca un par de auriculares, toma un micrófono de mesa, y saca de otro cajón un equipo de radio no más grande que un pasacasette de automóvil. Realiza conexiones de cables con parsimonia, silbando, contento, *Caminito*. “Qué bien me vendría un café. Pero no quiero perder tiempo, además si voy hasta la cocina paso por lo del viejo de mierda, discuto y me pongo loco”. Abre otro cajón y saca un purito holandés sabor vainilla. Finalmente, titila una luz verde en el equipo. Acciona con el dedo pulgar un pulsador que sostiene en un puño.

—Aquí capitán Piluso aquí capitán Piluso base San Clemente capitán Escarlata capitán Escarlata ¿me copia? ¿Me copia base San Clemente?

En el aparato se enciende una luz azul, y varias rayitas rojas. Archimbaldo levanta el pulgar. Dentro de los auriculares, luego de un preludio de chirridos, se escucha:

—Afirmativo. Aquí capitán Escarlata, aquí capitán Escarlata. Claro que te copio, qué hacés Pilusito, tanto tiempo, a ver cuándo te venís para acá a jugar unas mesas de Póquer. ¿Me copiás bien, Piluso?

La conversación está mechada de ráfagas de chirridos, graznidos y fritura de fondo.

—Afirmativo. Qué hacés, pelado del orto. Te copio. ¿Para qué querés que te gane de nuevo al Póquer si todavía no me pagaste lo que me debés? Pero no te jodo por eso. Escuchame, Escarlata, tengo un negocio, un excelente negocio ¿podés hablar?

—Copiado Piluso pero no pongo un mango. Negativo negativo negativo. Si hay que poner guita en un negocio tuyo, olvidate de mí. Cambio y fuera, que te vaya bien.

—Pará Escarlata, escuchame primero. No tenés que poner un mango. Tengo un conocido que creo que se fue allá para rajar. Anda forrado y con un menor. ¿Me copiaste Escarlata?

—Te copié Piluso, afirmativo. ¿Y desde cuándo te preocupan los que se rajan? Mirá que habiendo un pendejo de por medio interviene un juez de menores. ¿Me copiaste?

—Afirmativo. Es el ex de mi novia. Mirá que anda forrado. Es una sorpresa que le quiero dar a ella. Un regalo. En cuanto lo tengas vamos para allá. No va a intervenir ningún juez, al menor se lo lleva la madre el mismo día.

—¿Y qué hay para mí?

—La mitad de la incautación, vamo' y vamo'. Y te perdono los cien mil patriotas que me debés. No te olvides que tengo el pagaré. Lo rompo, ¿me copiaste querido Escarlatita pelado del orto?

—Afirmativo. Mirá, Piluso, lo único que puedo hacer es apretar a Papadópulos, el joyero. Si de verdad anda forrado tu amigo, en algún momento va a contactarlo. Si Papadópulos me da la data y la suma vale la pena, acepto. No pienso salir a rastrillar a tu amigo, regálale otra cosa a tu novia, qué se yo… un perfume. O un libro de cocina. ¿Me copiaste, Piluso?

—Copiado y acepto. ¿Cómo organizamos el enlace?

—Ponete a la radio todos los días a las ocho de la noche. Mandame por télex confidencial los datos de los que buscás. Espero que no me hagas quedar mal con Papadópulos y no estemos haciendo semejante quilombo por chauchitas. Mirá que al joyero no lo apreto todos los días, acá es chico y todos nos conocemos y el griego paga puntual para que se lo deje laburar tranquilo.

—Haceme el favor, Escarlatita. Te llevo el pagaré allá y te doy la revancha. Al pase inglés. Todo o nada Escarlatita, nos jugamos el botín. ¿Me copiaste?

—Afirmativo. No cambiás más. Genio y figura hasta la sepultura, Pilusito. Establecé contacto radial mañana. Te dejo que se me enfrían los ravioles.

—Esperame con alfajores. Hace años que no voy a la playa. Hasta mañana, Escarlatita, pelado del orto. Disfrutá los ravioles. Cambio y fuera.

13 – Camiones

Juan Simeran

. 13 .

Camiones

Las montañas que rodean la base de Infantería de Montaña del valle de Uspallata forman parte de su paisaje familiar. Sergio ya no se sorprende cuando, en los atardeceres, lo que durante el día es un imponente paisaje de picos coronados por cúpulas de nieve se difumina, pierde contornos y finalmente desaparece. Disfruta la belleza de las montañas purpúreas recortadas como maquetas de cartulina. Livianas, como suspendidas en el aire, se podría temer que el viento zonda las barriera a su antojo.

“Mal dormir en una barraca atestada de luces, murmullos y olores. Bañarme con agua helada junto a cincuenta camaradas. Lavarme la cara y los dientes exactamente en treinta segundos a las cinco de la mañana. Desayunar un pan duro y mate cocido tibio servido de apuro con cucharones sobre los tazones de hojalata. Cualquier cosa es mejor antes que me trasladen a las Islas. Qué no darían los que están en las Islas por estar acá, mejor no me quejo”. Todos los días, Sergio se esfuerza en pensar en lo peor, para soportar mejor las duras condiciones de su instrucción militar.

Es mediodía. Como todos los días está haciendo la cola de los que pueden permitirse una comida comprada en la *cantina*: un kiosco de mala muerte regenteado por la hermana del Mayor.

El tiempo, que durante el día se mide en segundos mediante intervalos de pitidos emitidos por los furrieles, al mediodía es el momento laxo de los civiles. Todos saben que hasta que el último de la fila no haya dejado su dinero en la rudimentaria caja de cartón de la cantina, no se dará por terminado el tiempo del almuerzo, así éste se extienda hasta las cuatro de la tarde.

La masa de menos favorecidos se resignan al *rancho*: un bodrio de sopa amarronada. Los platos quedan limpios, ayudados por un único pedazo de pan, y las pequeñas mandarinas ácidas que se reparten de postre se

intercambian por cigarrillos, siendo el valor de uno dos mandarinas y un pan. Una única mandarina vale tres pitadas. Los que terminan la cola en la cantina, comen donde pueden, sentados en rocas, raíces de araucarias o troncos. Hoy el zonda arrecia, y los soldados se agolpan tras una de las chapas del quiosco. "Es domingo, y si el mayor Larrañaga está de humor, después del almuerzo va a haber un picadito", piensa Sergio, que detesta el fútbol.

—Ruso, escuché ladrar a mi milanesa. Habría que ver si falta alguno de los perros de Larrañaga, me daría cosa estar comiéndome al Buby.

Al lado de Sergio se sienta el Colorado. Un muchacho fuerte, sanguíneo, proveniente de Entre Ríos, de una chacra.

—Tranquilo, Colo, que mi milanesa relincha. Así que está todo bien, debés haber escuchado mal. Agarrala fuerte, que no se te vaya al trote.

En el cielo sobrevuelan tres cóndores. Se escuchan relinchos nerviosos del lado de las caballerizas. Los perros comienzan a ladrar frenéticos. A lo lejos, se siente el ronquido monocorde de motores.

—¿Qué estará pasando? —con un dejo de preocupación, el Colorado.

Cualquier signo de alteración de los animales podía ser consecuencia del ingreso de los temidos camiones de transporte de efectivos. Camiones que, en el peor de los casos, podrían transportar las tropas al aeropuerto. De ahí al sur, a las Islas.

Sobre esa temida posibilidad es que giraba toda la vida de los conscriptos, y era el tema de conversación casi excluyente de los tres años que duraba el Servicio Patriótico.

—Lo más probable es que a Larrañaga se le hayan terminado los *patys*. Además, ya hace dos semanas que no tenemos municiones para practicar tiro, y ya no hay ni detergente para limpiar el piso del Casino, ni biromes en las oficinas, ni cordones para los *borcegos*. Debe ser el camión de provisiones —intenta tranquilizar Sergio, pese a su propia preocupación.

Otro muchacho se sienta junto a ellos, alto, morocho, de sonrisa enorme, mientras mastica un alfajor:

—¿Escuchan a los perros? Debe ser el micro de Gendarmería, no se van a perder de volver a golearnos cinco a cero como la semana pasada. ¡Qué bien jugaban esos *culiaos*!

El ruido de motores es persistente, por momentos se escucha con más nitidez y por momentos se aleja. Seguramente los vehículos deben estar caracoleando por el camino de montaña. La silueta de los cóndores se va acercando a la base; ya son cinco, volando en círculos concéntricos.

Repentinamente Sergio ve pasar a Larrañaga, a la carrera, hacia la entrada de la base. Esta actitud es tan atípica que los conscriptos lo miran boquiabiertos. "¿Y a éste qué le dio por correr así?", piensa Sergio, ya muy preocupado.

Llegan trotando los furrieles, desde el Casino, gritando a voz en cuello o haciendo bocina con las manos:

—¡For-ma-ción! ¡Todos los destacamentos en diez minutos for-ma-ción!

Sergio mira al Colo. "Parece que la cosa es grave", expresan con la mirada.

—Puede ser la visita de algún Teniente General —murmura Sergio.

Se atragantan con lo que queda de los sandwiches, rápidamente se desarma la cola frente al quiosco y la base entra en una actividad frenética, con soldados que corren para todos lados abandonando en el camino botellas de gaseosas o apagando los cigarrillos con cuidado para guardarlos puchos en algún bolsillo del uniforme. De apuro, muchos limpian los borceguíes con lo que tienen a mano y hasta con las manos mismas y a salivazos.

Entre esa actividad hormigueante se comienza a vislumbrar un principio de orden a medida que los soldados se van deteniendo en el Patio de Armas, frente al mástil, en perfecta formación. Se plantan en posición rígida, con las manos extendidas a los costados de las caderas, los mentones apuntando ligeramente hacia adelante, los borceguíes pegados uno con otro y los pechos combados.

Pasados los exactos diez minutos que ordenaron los furrieles la totalidad de la Base se encuentra formada de acuerdo a distintos batallones, como si la Plaza de Armas fuera un escenario y estuviera marcada con tiza la ubicación exacta de cada uno de los actores. Con la habilidad que da la experiencia, los soldados conversan sin que se le mueva un músculo, utilizando apenas la comisura de la boca y hablándole a la nuca de sus compañeros.

Sergio escucha ráfagas de susurros:

—¿Qué carajo pasa?

—¿Otra vez vino Suárez, de la Capital, con ganas de romper las bolas?

—¿Vieron camiones? ¿Camiones?

—Maniobras seguro que no, si ya no tenemos municiones…

—Te tiraste tremendo pedo, Domínguez, la puta que te parió…

—Me tuve que meter media milanesa en el bolsillo y no saqué el tomate…

—¿Camiones? ¿Camiones?

—Esto partido de fútbol no es, salvo que juguemos contra la Selección de Alemania…

—Y siguen ladrando los perros y esos motores…

—¿Camiones? ¿Camiones?

—Si nos mandan a las Islas acordate, Tano, me debés tres mil patriotas…

—Padrenuestroquestasenloscieloshagasetuvoluntadasienlatierracomoenelcielo…

—¿Camiones? ¿Camiones?

—Ma' sí, que nos manden a las Islas de una vez…

—Y a mí me faltan dos meses para la baja y mi novia…

—¿Camiones? ¿Camiones?

—¿Cómo mierda le aviso a mi mamá?

—¿Cómo se dice "matar" en inglés?

—¿Camiones? ¿Camiones?

—¿Alguien tiene un cospel?

—No llorés, tucumano, no seas maricón…

—¿Qué estará haciendo mi novia?

—¿Camio… carajo, llegaron los camiones.

Los enormes transportes del Ejército parecen una fila de animales antediluvianos. Avanzan, morosos, sus trompas por frente a la formación, uno detrás del otro, hasta estacionar en el playón contiguo a las barracas. Maniobran haciendo temblar el piso de cemento, chirriando al frenar y llenando el aire de olor a combustible y aceite quemado. Las lonas que los recubren reflejan el sol en sus tonos de camuflaje militar como destellos de piel escamada de alguna bestia mitológica. Las varillas semicirculares que sostienen las lonas se marcan como las costillas del vientre. Los viejos motores quedan regulando con los vehículos detenidos, gruñendo.

Sergio mira las montañas, "quizá las estoy viendo por última vez". En posición de firmes, toca disimuladamente un *jai* de plata que tiene en el bolsillo, recuerdo de su bisabuelo que éste trajo de Odessa y que en los duros años de Servicio Patriótico le sirvió de talismán de la suerte. Observa cómo se van abriendo las lonas que cubren los camiones, su mente divaga por las playas de Las Toninas donde sus padres lo llevaban de pequeño, en la que su abuelo se lucía en el truco, el dominó y el asado y donde las sonrisas luminosas de su padre y su madre le parecían parte del orden natural del Universo. No siente miedo, más bien lo que vive le parece como

la caída al vacío que uno tiene en las pesadillas, que nunca se termina de caer. Siente la certeza ineludible del seguro traslado a las Islas; ni escucha los cuchicheos, ni le importan. Larrañaga, el Colorado, las montañas, los cóndores, lo que hasta hace un momento era su realidad tangible, posiblemente mañana sea parte de su pasado más remoto, como esos fugaces recuerdos de Las Toninas o de los vecinos de la avenida Constituyentes de su infancia. Mientras escucha las voces de mando *(vamos tagarnas vamos a pelear de una vez a ver las señoritas si aprendieron algo)* se esfuerza por recordar: "Estaba el médico con su hija bailarina y bonita, los Tropeano, tan cultos y tranquilos que no parecían goi, en esa casa con consultorio adelante y comedor que a veces era sala de espera y no se podía hacer ruido" *(vamos a las Islas o qué se pensaban que íbamos a estar acá como bacanes mientras que otros pelean con los ingleses)*. "Estaban los Minujín, que tenían piano y sabían inglés y daban clases particulares; eran tres hermanas y un hermano y una ya era profesora" *(subiendo a los camiones por batallón que no vamos al cine vamo' vamo')*. "En la esquina estaba la Loca de la Esquina, al lado de la zapatería, la Loca tenía una hermana que también estaba loca pero un poco menos y una vez intentaron hablarme y me aterrorizó el brillo demencial y lascivo de sus ojos" *(no quiero que quede un solo soldado en esta base aunque viajen tres por asiento)*. "Enfrente estaba la Vieja del Quiosco, que era apenas una ventana pero tenía todo lo que tiene que tener un quiosco" *(los bolsos van en otro camión en el aeropuerto los retiran que no estamos haciendo turismo y no vamos a sacarnos fotos con los pingüinos)*. "Estaban los Piterman que tenían un hijo rubio, gordito y fofo de mi edad que le robaba dinero a su vieja para darse banquetes de chocolates" *(¡a vencer!¡a vencer! vos también subí Larrañaga o qué te pensabas que el quiosquito era gratis)*. "Estaban los Sabaj, con un hijo negro como el carbón que maltrataba a su madre y terminó de taxista; una vez hubo un temblor y salieron todos en pijama". Un temblor como el traqueteo del camión que se confunde con el temblor de sus dientes, sus manos y su cuerpo mientras las montañas se ponen en movimiento hacia atrás y sólo puede sentir unas tremendas, tremendas ganas de llorar *(¡viva la patria! ¡morir por la patria! ¡vamos a jugar al fulbo con la cabeza de los ingleses! ¡VIVA HERNÁN SOSA CARAJO!)*.

14 – Requiem para Rocinante

Juan Simeran

. 14 .

Bienvenidos a Las Toninas

Eso anuncia, sin mucho entusiasmo, el arco que atraviesa la entrada al pueblo: las luces no funcionan, las letras despintadas son casi ilegibles, y numerosas manchas blancas de excremento de ave ultrajan su parte superior. La Ruta 11 está iluminada sólo por los faros del Torino y no hay siquiera un mísero retén de dos soldaditos. Un monolito de unos dos metros de altura con la silueta de las Islas tampoco escapa del estado de abandono general: una isla se desprendió y yace entre el yuyal.

Claudia y los chicos duermen en el asiento de atrás. Javier, con susurros, le va indicando a Bernardo cómo llegar.

Entrando al pueblo hay una CBV abandonada: inútiles surtidores se yerguen al cobijo de un enorme techo al cual le falta la mayoría de las chapas. En la construcción semiderruida que alguna vez fuera local gastronómico luces débiles delatan usos furtivos. Aún el logo de Gaucho-Cola ornamenta partes de la mampostería, se destaca la tipografía blanca sobre fondo azul, y parte del eslogan sobrevive al descostre. Un oxidado cartel de los primeros años de la guerra perdura mal colgado de lo que queda de la estructura, y chirría cuando el viento decide hacerlo bailotear:

SI QUIEREN VENIR QUE VENGAN

Los chalés son un muestrario de decrepitud, un tren fantasma que se sucede tras las ventanillas del Torino. Los faros del auto iluminan los altos matorrales que tapan los frentes. Las celosías cuelgan fuera de escuadra, las rejas están percudidas por el óxido, espesas telas de araña prosperan entre los frentes y las cenefas. Las calles de arena serpentean en medio de la oscuridad más absoluta, flanqueadas por enormes casuarinas, álamos y

pinos. Javier y Bernardo sienten el olor a humedad, ese olor a musgo y a verdín que tienen los bosques en invierno. Los árboles susurran en el entrechocar de sus copas como si se comunicaran el uno con el otro el extraño ingreso del vehículo.

—Lindo pueblo che, parece de una película de terror. Se ve que acá viene a descansar *la crême de la crême* —susurra Bernardo.

—Dudo que se pueda hacer otra cosa, y la única *crême* que se ve acá es la nata de la leche. Por eso mi abuelo siempre venía con las cartas de truco, el dominó y el Scrabble, nobles costumbres. Doblá a la derecha, ahí nomás, la tercera casa.

—Pero si es una auténtica mansión de los Anchorena. Te la tenías guardada, ni sabíamos que tratábamos con un potentado.

—No, esa no. La chiquita, la de al lado.

—¿La verde?

—Esa. Pero no es verde. Es, o alguna vez fue, blanca. Lo verde son hongos, nomás.

El Torino se detiene sin apagar las luces. El silencio sólo es interrumpido por el crepitar de los grillos, y el ronroneo del electroventilador. A lo lejos, llega el eco amortiguado de las olas marinas trayendo un inconfundible aroma salobre, que Javier respira cerrando los ojos como si bebiera sediento. Bajan cuidadosamente para no despertar a Claudia y a los chicos.

Javier prende una linterna y el haz de luz horada trabajosamente el pastizal.

La casita de estilo alpino está rodeada de un matorral que atraviesan para llegar a la puerta. Una tranquerita de madera se suelta de uno de sus goznes cuando Javier intenta abrir el candado, y cae. Fugaces sombras se mueven a medida que los dos hombres avanzan, con chillidos agudos. Llegados a la puerta de madera, Javier extrae un manojo de llaves y prueba una y otra, hasta dar con la que la abre.

Tras la puerta, en el piso, numerosas facturas arrugadas, amarillentas, sobres cruzados por grandes letras rojas: ÚLTIMO AVISO. Javier se agacha a recogerlos. Enciende un cigarrillo y convida uno a Bernardo; el fuego ilumina sus caras. Las brasitas se mueven en forma autónoma, en loca danza.

—Llegó el momento de la verdad. Si hay electricidad pago un asado en la mejor parrilla de Las Toninas: El Rey del Chori.

—Imposible no aceptar una invitación a un lugar con semejante nombre.

Entrando a la casa el olor a humedad es como una pared contra la cual

chocan. Una pared densa, sólida, que no deja ningún resquicio. Bernardo no dice nada, pero le sube una arcada del estómago.

Javier da con una tapa metálica adosada a la pared y la abre haciendo palanca con un destornillador. Una fusiblera llena de telarañas, con tres fusibles viejos de porcelana y un interruptor de palanca se adivinan, alumbrados por la linterna. Javier acciona la palanca, salta un chispazo seco y de repente todo está iluminado.

—Y se hizo la luz. Y Jehová vio que era bueno. Día uno —Bernardo, con tono monocorde de rabino.

—*Omein*.

La casita cuenta, en la planta baja, con una enorme salamandra de hierro como su ornamento más vistoso. Es panzona, tiene ventanas de mica y está apoyada sobre patas aleonadas. Al lado se amontonan algunos leños de madera rojiza, grisáceos de polvo, piñas y ramitas. Cada cosa se encuentra en su lugar, los libros viejos y mohosos en una pequeña biblioteca de pino, lomos amarillos que el ojo clínico de Bernardo adivina como la colección Robin Hood. Sobre un estante, caracoles enormes. Una mesa de fórmica naranja está rodeada por cinco sillas disímiles, y en la cocina hay una heladera SIAM que empezó a zumbar en cuanto conectaron la corriente, como un perro contento que da la bienvenida. Cuelgan de las paredes retratos de paisajes marinos, de colores ya desteñidos. Sobre una mesita, un Noblex de grandes perillas y debajo una montaña de revistas. En la primera, en grandes títulos: LOS PERSONAJES DEL AÑO, donde se alternan mujeres bellas y sonrientes con hombres enfundados en uniformes verdes y azules.

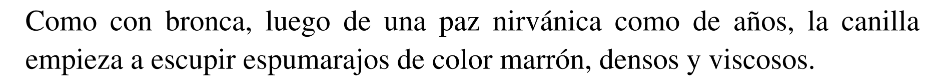
—Te subo la apuesta: si sale agua de las canillas pago el asado y un helado en la mejor heladería, si es que todavía queda alguna. Y si tenemos gas, les regalo un hipocampo que dice el estado del tiempo para que se lleven de recuerdo —dice Javier a Bernardo, sin mirarlo, cejijunto, un poco preocupado.

—¿Y qué se supone que va a salir de la canilla?

—No me sorprendería que salga un alien.

Se acercan a la cocina, donde Javier abre la canilla.

Al principio un silencio expectante es aprovechado por los dos hombres para fumar apreciativamente sus cigarrillos. Luego una especie de gemido, unos ruiditos en algún lugar del piso o de las paredes, les indican que en algún sitio algo se está moviendo. Comienzan a salir una especie de espasmo, como si la cañería sufriera de asma.


Como con bronca, luego de una paz nirvánica como de años, la canilla empieza a escupir espumarajos de color marrón, densos y viscosos.

—Buenísimo, sale café.

—Paso. El café me da acidez.

Un chorro de algo un poco más líquido comienza a salir, al principio con timidez y después en forma más vigorosa.

—¿Así que están de farra y no me invitaron?

En la puerta la silueta tiritante de Claudia, que se cubre los hombros con un chal de lana.

—Pero qué frío hace en esta mansión. Qué linda salamandra, igualita a la que teníamos en Los Troncos. Muchachos, ustedes estarán ahí muy entretenidos pero me parece que lo primero es calentar la casa, los chicos no pueden dormir en esta heladera. ¿Les parece prender el fuego? Leña hay, por lo menos para lo que queda de la noche.

—Para que esos leños recontra húmedos enciendan harían falta unos tres litros de alcohol, pero vamos a ver qué se puede hacer. Algo de combustible hay. ¿Papel seco tendremos?

Javier y Claudia se miran y luego miran a Bernardo. Javier está tentado, Bernardo los mira con los ojos muy abiertos. Una idea se va abriendo paso en su cerebro, una idea pequeñita, que crece y crece y finalmente lo hace hablar indignado:

—Ni sueñen con encender el fuego con páginas de mi libro de Sholem Ash. Prendan el fuego con cualquier otra cosa, el bosque debe estar lleno de madera. ¿Y si probamos con las revistas que están debajo de la tele? ¿Y el cheque que te dieron por el fitito? —finaliza Bernardo, ya casi resignado.

—La revista más nueva debe ser del '88, así que están juntando humedad desde hace unos… mmh… veinticuatro años. Prender el fuego con un cheque no es una idea del todo mala, pero si llega a tener fondos es un poco caro. Pero además, supongo que no irás a embarcarte con libro y todo.

Bernardo lo mira como si no supiera de qué habla, como si hubiera olvidado algo muy importante. "¿Embarcar? ¿Me voy a terminar embarcando? Al fin y al cabo vine a eso, no estoy de vacaciones", piensa.

—Bueno, hacemos así: yo te doy el libro, pero vos me ayudás a encontrar el barco.

—Dale. Y traé algo, un poquito de combustible. Y fijate si afuera hay algunas piñas un poco secas; con las que hay en la casa puedo hacer jugo.

Un rato después, se encuentran los tres —aún no han bajado a los niños del

auto— alimentando un fuego que, luego de algunos intentos fallidos, de a poco va adquiriendo vigor animándose a atacar unos pequeños tronquitos. Por la portezuela de ventanas de mica Bernardo ingresa hojas retorcidas de libro, y Claudia ramitas y piñas. Bernardo rezonga malhumorado:

—*Farenheit 451*.

El humo pronto inunda la casa, impregnando todo de aroma a resina quemada y difuminando los contornos de las cosas en una neblina lechosa. Javier ingresa un par de los leños rojizos, y cierra la portezuela. Tras la mica las brasas chisporrotean.

—Quebracho, un poco húmedo pero quebracho al fin y al cabo. En el garaje debe haber más. En un ratito se calienta la salamandra y empieza a dar calor. ¿Los sillones están usables?

Los tres todavía están de pie. Javier se acerca a uno de los sillones de mimbre. Con la punta de los dedos toma el almohadón. “Parece un gato muerto. *Ajjj* y qué mal huele”, piensa.

—En algún lugar nos vamos a tener que sentar. Tiremos los almohadones, y dejemos que el calor seque un poco el mimbre. Ay ay ay, ni me quiero imaginar los colchones cómo deben estar, estos hombres que no saben llevar una casa… —dice Claudia, tomando otro almohadón también con la punta de los dedos.

—Nunca te prometí un jardín de rosas… en fin, llegó el día en que estos almohadones, que llevan al servicio de mi familia unos cincuenta años, sean desechados por la malvada nueva madrastra. Vamos, en la esquina hay un tacho.

—En cuanto se seque un poco la casa bajamos a los chicos del auto —agrega Claudia, sacando los almohadones.

Bernardo, práctico, está barriendo el piso con una escoba que encontró. Silba desafinando *El anillo del capitán Beto*. El piso insinúa, bajo el polvo, cerámicos mostaza veteados de marrón.

La salamandra comienza a emitir calor y ven el resplandor rojizo tras la ventanita de mica. Javier toma a Claudia de la cintura.

—Bernardo, nos vamos a buscar piñas para el fuego. Estate atento a los chicos. Hasta que la casa se caliente, que sigan durmiendo en el auto.

“Sí, a buscar piñas. Conozco esas piñas. Y bué, que aprovechen antes de que amanezca, les hago de *baby sitter*“, piensa.

—Chau. Si encuentran al oso de Moris pídanle un autógrafo.

El canto de los pájaros les indica que la noche está dejando paso a las primeras luces del día. Benteveos, tijeretas, búhos, cotorras y gallos lejanos, cada cual a su manera, rompen el silencio de la noche que ya no es noche. Una claridad tímida le empieza a dar volumen a las sombras. Caminan en silencio, el brazo de uno tomando la cintura de la otra. Sienten cómo la arena amortigua sus pasos. Están embriagados por el deseo y los aromas estimulantes del bosque. En el este el negro del cielo insinúa un color púrpura sobre el alto follaje de los árboles. Claudia tiene apoyada su cabeza en el hombro de Javier.

Él se debate entre la serena felicidad que lo inunda, y el dolor por anticipado de saber lo fugaz que será su relación con Claudia. La palabra "Costa Rica" retumba en su cerebro con ecos ominosos.

Ella lo lleva al corazón del bosque.

Y Javier ya no piensa más.

[image]

EL CAUDILLO

EDITORIAL del 18 de Junio de 2012

FALTAN ALGUNAS COSAS, ¿y QUE?

Nuestros lectores, en sus vidas cotidianas, tienen percepciones de la realidad que son las que, en definitiva, les definen su más fidedigno cuadro de situación. En estos años difíciles de lucha, en estos años en los que trabajosamente y no sin contratiempos hemos levantado ladrillo a

ladrillo el muro inexpugnable de nuestra Soberanía Nacional, el lector ha aprendido que de las páginas de EL CAUDILLO sólo se puede esperar el más fiel reflejo de la realidad que le sale al encuentro cada día, por dura o desagradable que ésta sea. Ese, y no otro, es el pacto de credibilidad que ponemos en juego: que lo que el lector vive en su casa, en su trabajo, en su puesto de lucha o en la calle no tenga disonancias con lo que nosotros volcamos en nuestras distintas secciones. El DIA que esto no suceda, si se quiebra la confianza que deposita en nosotros el lector al comprar nuestro periódico, ESE DÍA YA NO TENDRÁ RAZÓN DE EXISTIR este humilde medio de comunicación.

Sin abandonar nuestra subjetividad, pues también es claro que estamos CLARAMENTE del otro lado de la Antipatria, del otro lado del enemigo, del otro lado de la trinchera inglesa, del único lado que estos años nos han encontrado siempre: defendiendo nuestra herencia católica e hispánica, los colores celeste y blanco y la sangre que generosamente se ha derramado para que ni una sola sucia bota inglesa pise el terreno que no le corresponde ni le corresponderá jamás.

Amplificados, como siempre, por los agentes que el ENEMIGO posee emboscados en nuestro propio cuerpo social, agentes que ya nos han demostrado de sobra el poder de daño que poseen (y a su vez la impotencia frente a un PUEBLO NOBLE que una y otra vez los detecta y eyecta asqueado de sus malas artes) diversos rumores han tomado estado público, e inclusive han llegado a oídos de quienes han cargado sobre sí la pesada tarea de administrar este tan especial

momento de nuestra historia.

Puede causar gracia, o pena, que frente a la titánica tarea de reencauzar nuestra Gloriosa Historia Bicentenaria por los senderos de Orgullo, Dignidad e Independencia de los que nunca debió haberse desviado, el ENEMIGO oponga razones de malestar tan fútiles, tan pobres, tan miserables, que hablan más de su estrechez de miras que de eventuales descuidos en el normal funcionamiento del aparato productivo.

Digámoslo claramente: parece que falta detergente. DE-TER-GEN-TE. No armas para defendernos del ataque cotidiano de los misiles ingleses, no combustible para que los pertrechos lleguen al frente donde ya hace treinta años nuestros soldados les ponen el pecho a las balas, no gasas, hilo de sutura, o material médico para esos mismos soldados. ¡No!, lo que falta es DETERGENTE. Como si un auténtico soldado se preocupara de esas cosas. Como si la Independencia no tuviera un alto precio. Como si en las gloriosas luchas de nuestro Ejército Patrio alguien se hubiera detenido a mirar si habían suficientes tientos ornamentales, o espuelas de plata, o té de Ceilán.

¿Imagina nuestro fiel lector al mismísimo general San Martín, entre las ventiscas terribles, azuzando a las mulas que arrastran los cañones, cuidando que no se perdiera un solo fusil en su glorioso camino a Chile, preocupado porque no le alcanza el DETERGENTE? ¿Se pregunta algún incrédulo —quetodavía los hay, van quedando pocos, pero los hay—si en el amoroso pecho de una Madre cuyo vástago está peleando por ella, por la herencia que recibieron en

común, existe algún lugar más que para el amor infinito, la abnegación sin límites y la certeza del triunfo? ¿Piensan los materialistas, los mercaderes, los estrechos de miras, los fariseos, que a esa Madre le importa el más reverendo rábano con qué limpia sus vajillas? Con lágrimas, con eso las limpia. Con lágrimas que son como plomo fundido, lágrimas de indignación por el odio imperialista del agresor, lágrimas de orgullo por ofrecer en holocausto la carne de su carne, su amor más preciado: su hijo.

Las amas de casa argentinas libran hoy su batalla en su cotidiano puesto de lucha: el fregadero. Esto, lejos de ser una situación deshonrosa, las eleva a las alturas de las Damas Mendocinas que cosían banderas al Ejército Libertador y las equipara con nuestras queridas Madres de los Caídos en la Lucha contra la Subversión. Es desde ese puesto que, día a día, aportan su grano de arena para levantar el gigantesco edificio de la derrota total del enemigo.

Mujeres argentinas: una vez más apelamos a vuestra infinita capacidad de abnegación y sacrificio. Que eventuales molestias, pequeñas e insignificantes, no os hagan perder de vista que allá en el horizonte febo asoma iluminando la más gloriosa hoja de nuestra HISTORIA.

Estamos convencidos que nuestro llamamiento será en vano. Estamos firmemente persuadidos que nada alterará la serena hidalguía con la que las MUJERES ARGENTINAS afrontan los desafíos que demanda una guerra justa, una guerra santa.

Como todos los días finalizamos nuestro diálogo con los lectores con la frase que resume todo el contenido del diario:

¡ARGENTINOS A VENCER!

El editor

15 – T.O.C.

Juan Simeran

. 15 .

T. O. C.

“Borracho pero no pelotudo. Borracho pero no pelotudo. Borracho pero no pelotudo”, mastica el concepto Pocho en el viaje desde la Base Aérea del Palomar hasta el pueblo de Etcheverry. Otro mantra que se introduce de a ratos en su mente es “Claudia cincuenta mil dólares puta. Claudia cincuenta mil dólares puta. Claudia cincuenta mil dólares puta”. Pisa el acelerador, como si la velocidad inaudita que le imprime al BMW coupé deportivo por la Orcadas del Sur sirviera para aplacar algo de su furia. Los vehículos se abren a su paso, nadie ignora que sólo un militar es capaz de atravesar cualquier ruta a toda velocidad, y ni necesita activar la sirena.

Finalmente, un mantra mucho más sencillo expresa mejor sus confusas sensaciones: “PUTA PUTA PUTA PUTA PUTA”.

Por momentos logra pensar con algo de lucidez: “Cómo el estúpido de Sánchez los perdió, un Fitito de morondanga y lo pierde uno de mis mejores hombres. Más le vale que tenga una buena excusa, se va a arrepentir de haberlos perdido, el inútil, lo encano por lo menos dos meses”. Elude con torpeza un camión-jaula, un Citroen 3CV, un Peugeot 404. No piensa desacelerar y ni por un segundo se le ocurre que puede chocar. Más bien cree, en forma difusa y sin siquiera planteárselo, que su poder también puede dominar la materia, y que si choca, por alguna extraña razón, lo único perjudicado será lo que se le oponga, así sea un camión, un poste o una pared.

“Ya envié télex a todos los retenes alrededor de la zona, un operativo cerrojo perfecto, de manual. Un anillo de cincuenta kilómetros a la redonda, las principales vías de escape tomadas. Y nada, se los tragó la tierra. Al final yo tengo que hacer todo personalmente, no puede ser que desaparezcan. Nadie desaparece si yo no lo ordeno, y Claudia menos que menos. Y mi guita menos que menos que menos. Inútiles, una manga de

inútiles. Cursos y más cursos para que un perejil me camine como a un cadete".

Una sospecha lo carcome. "Quizá el gallito que se consiguió Claudia no es tan perejil, quizá esta vez me topé con un rival de fuste". Esta sensación a la vez lo molesta y lo excita; está cansado de que la gente y las cosas se rindan a su voluntad omnímoda y quiere ganarle a un rival que esté a su altura.

"Y el gallito ese, que se prepare". Se toca el arma, cerca de la axila. "Le traje un regalito y los voy a seguir hasta el culo del mundo si es necesario". En su mente explota un escena: Claudia arrodillada, suplicando por su vida, despeinada, el rímel corrido, en ropa interior.

Apreta más el acelerador, si de él dependiera lo desfondaría. El BMW vuela sobre el asfalto de la Orcadas del Sur.

A la altura del kilómetro 49 una curva muy pronunciada hace que suceda lo previsible: Pocho no logra estabilizar el vehículo y derrapa. El BMW gira en trompo, abriendo surcos en el pasto húmedo de la cuneta. Es un segundo, que ni siquiera aplaca su furia. Intenta arrancar el vehículo pero éste no responde. Ni se le pasa por la cabeza el hecho de que está vivo de milagro. Baja del auto para abrir el capó del que sale humo.

A su alrededor, el horizonte del campo. Lo enfurecen los graznidos de los teros, el cielo límpido, el verde infinito, el olor a clorofila, un cuzco que le ladra tras un alambrado.

"Se rajó el caño que alimenta el agua del radiador". Saca del vehículo una petaca, toma un trago directo de la botella y la tira contra el perro que le sigue ladrando. Un animal lamentable, una maraña de colgajos marrones y amarillos sobre un cuerpo flaco, una cabeza enorme. Luego de esquivar el botellazo le ladra con más furia.

"PUTA PUTA PUTA PUTA PUTA".

Un ronquido carrasposo a sus espaldas le llama la atención, gira y vé un muchacho que se acerca en un tractor. Un joven de boina ladeada, pañuelo al cuello, pantalón con presillas y alpargatas.

—¿Qué le pasó, don? ¿Se siente bien, se lastimó, lo acerco a la salita?

Pocho nunca vió un tractor de cerca. "Mejor esto, que nada".

Se acerca a una de las cubiertas enormes que le llegan a la altura de la cabeza.

—¿A cuánto estamos de Etcheverry? —ordena, más que pregunta.

—Seis kilómetros. Pero, ¿qué es lo que le pasa?, está loco… Oiga… deje

eso…

—¿Cómo mierda se maneja esto? —pregunta Pocho mientras le apunta con el arma.

—¿Usted está loco? Oíme porteño, qué te pensás…

El militar amartilla el arma. El chasquido se escucha perfectamente a pesar del estrépito del motor, que todavía está regulando.

—Bajate o te mato.

Pocho se sorprende, el motor del tractor en su ritmo produce un ruido que dice: PUTA PUTA PUTA PUTA.

El muchacho baja de un salto ágil. Mira al Brigadier, perplejo.

—¿Esto es una joda?

—¿A vos qué te parece?—dice Pocho, apunta y dispara.

Los teros y otros pájaros vuelan, unas vacas que pastaban en la cercanía huyen en estampida mugiendo aterrorizadas. El aullido de dolor es terrible. “Donde pongo el ojo pongo la bala”, se regodea Pocho.

Ve al muchacho correr. Contra el alambrado se desangra, aullando horriblemente, el perro.

Pocho se sube al tractor, estudia la palanca de cambio, el acelerador. Pone en primera, acelera, la bestia enorme se comienza a mover, el motor grita más rápido: PUTA PUTA PUTA PUTA.

En la Rotonda de Etcheverry espera Sánchez, fumando un cigarrillo tras otro apoyado en el Falcon detenido. Está temeroso: intuye que la furia de Iribarne será olímpica, lo conoce. Pero, por otra parte, está fastidiado de que su superior lo consigne para perseguir a una mujer, piensa que no lo prepararon para eso. Que sus conocimientos para pilotear aviones son un poco más sofisticados que los de andar haciendo de alcahuete, rezonga. Iribarne lo tiene harto, desde que se obsesionó con esta mujer moviliza media base, retenes, télex, para un lío que, en definitiva, es de polleras. Sánchez ingresó a la Fuerza Aérea para pelear contra los ingleses, y ahí está, en el medio de la nada, esperando a un loco al que se le escapó una mujer, sigue pensando y chupa los cigarrillos que después aplasta contra el pasto cuando están por la mitad. “Así nos va, en cualquier momento los ingleses nos dan vuelta la tortilla y estos jefazos ya ni se acuerdan de que estamos en guerra”. Un ruido raro lo saca de sus cavilaciones. Lo que ve lo deja atónito.

El brigadier, sucio, embarrado, viene por la banquina de la ruta manejando un tractor enorme.

Sánchez se pellizca. “Otra vez me pasé de merca”.

—Acá es donde los perdí de vista.

Pocho mira la Ruta 6. “Imposible perder a nadie acá”. La ruta es una línea recta que se hace finita en el horizonte. No lo sabe, pero está en el exacto punto en que Javier también viera lo mismo. “Por acá no siguió, el gallito no es idiota”.

Mira al costado y vé la gomería cerrada. Se enfurece.

—Decime, pelotudo, ¿esa gomería, la requisaste?

—Mi Brigadier, la gomería tenía la persiana baja. Estaba cerrada.

Pocho habla con sarcasmo:

—¿Así que la persiana baja? Y desaparecieron. Qué coincidencia ¿no?

Sánchez se pone colorado. “Sólo pudo ser ahí. Me engañaron como a un novato”, piensa, avergonzado de su estupidez.

—Mi Brigadier, llámeme pelotudo las veces que quiera. Soy un pelotudo. Mándeme preso por pelotudo, mi Brigadier. El tiempo que quiera. Me lo gané bien ganado.

Sánchez sabe que ha dicho la única frase que puede calmar la ira de su superior, y ni se anima a mirarlo a los ojos. Por ahora, dirige su furia hacia la gomería.

Baja un arma larga del Falcon y empieza a los gritos y patadas contra la cortina.

Sánchez descarga los cadenazos con parsimonia. En el rostro, en la espalda, en los hombros, la cadena es una serpiente enloquecida que se enrosca sobre el cuerpo con mordidas de dolor.

El gomero está atado a una de las sillas, al lado del Fiat 600 a medio pintar, ahora mitad verde y mitad rojo. El rostro sangrante, aterrorizado, totalmente consciente de que Sánchez en cualquier momento puede empezar con la electricidad. Con su voz finita, argumenta:

—Cómo podía yo saber que los perseguían.

“Que no venga Otilia, que no venga Otilia”, piensa el gomero como una letanía.

—Ah sí, ¿y por qué bajaste la persiana, hijo de puta? ¿Te pensás que soy boludo? Decime dónde fueron.

—Los vino a buscar un amigo. Qué sé yo adónde fueron. Yo compro y vendo autos. No es el primer gil que cae acá. ¿Qué me importa lo que hace, después, cada uno?

“Por eso pasaron los retenes. Ya atravesaron el cerrojo, vaya uno a saber adónde andarán”, piensa Pocho, fumando sentado en un sillón, los pies sobre el escritorio roñoso de la gomería. “El gomero no tiene pinta de héroe. Si no habla es porque no sabe nada”, supone.

—Oíme turrito, gomerito de cuarta, te prendemos fuego la piojera con vos adentro. Acordate adónde iban, más vale que te acuerdes —Sánchez interroga y golpea.

Pocho está aburrido, oyendo cómo el gomero gime tras cada golpe. Sabe que el hombre, en su desesperación, puede darles cualquier pista falsa. “A Tandil, a Cipoletti, a Australia, a Júpiter”. No puede creer la torpeza y la idiotez de Sánchez. El gomero le parece bastante inteligente. Como sabe que les diga lo que les diga no le creerían nada, no dice nada. “El problema no es el gomero, somos nosotros”, reconoce con lucidez.

“Tiene que haber un solo dato, por pequeño que sea, que pueda ser verosímil”.

Decide cambiar de táctica.

—Pará un minuto —ordena.

Sánchezse queda detenido con la cadena levantada, justo cuando iba a descargar otro golpe. Mira al Brigadier.

—¿Cómo vino el amigo? —interroga Pocho.

—Ya les dije que lo llamaron por teléfono.

—¿Qué auto tenía?

—No llegué a verlo. Aunque ahora que recuerdo… creo que era un Torino… creo.

Pocho da golpecitos con los nudillos en el escritorio. “Un Torino”. “Un amigo”. “La puta y el gallito”. “Cincuenta mil dólares”. “Un Torino”. “Un amigo”, piensa intentando unir los cabos.

“¿Adónde iría yo en el lugar de ellos por Orcadas del Sur? ¿Adónde iría si

me persigue un tipo como yo?".

—¿Se acuerda de qué color era el Torino?

—Creo que blanco.

"Todavía puedo comunicarme con los retenes preguntando por dónde pasó un Torino con los tres. ¿Y qué hago con el gomero?", se pregunta, recorriendo con mirada curiosa la gomería.

Se incorpora. Camina asqueado sobre el aserrín, sin querer patea un tacho de aguarrás y el olor picante del químico le llega a su nariz en forma inmediata. Le agrada el olor, ligeramente parecido al del whisky.

—Vamos, Sánchez, ya no tenemos nada que hacer acá. Y pasemos por algún lado a comprar algo para tomar, si es que hay algo así en este pueblo de mierda.

Mira la figura atada del gomero, y nuevamente vuelve a sentir la furia que lo inundaba en el viaje. Lo asalta una imagen: Claudia de rodillas, en ropa interior, el rímel corrido, suplicándole que la perdone. "PUTA PUTA PUTA PUTA".

Saliendo de la gomería, piensa en hacer puntería a ver si acierta a tirar la colilla encendida del cigarrillo en el charco de aguarrás. Cruza el portón, cuenta siete pasos, gira y tira la colilla.

"Donde pongo el ojo pongo la bala", se regodea.

Se dirigen al Falcon, su cerebro es un torbellino con epicentro en una sola palabra: "PUTA PUTA PUTA PUTA". Ordena:

—Sánchez, comuníquese con todos los retenes. Pregunte por un Torino blanco con tres personas. Pero especialmente busque por el lado de Orcadas, y de la 36. Creo que me imagino por dónde rumbearon esos hijos de puta, y no creo que me equivoque. Arranque, hombre, y no crea que me olvido tan fácil de la cagada que hizo.

Por el espejo retrovisor ven la columna de humo negro durante varios kilómetros.

A Pocho lo asalta una imagen: Claudia suplicándole perdón, arrodillada, el rímel corrido…

16 – Radio Sodre informa

Juan Simeran

. 16 .

Radio Sodre informa

—¡Buenos días, señor chocolatero!

Javier no lo puede creer: la casa brilla de limpieza. Mira atónito a Claudia que está trajinando con un balde de agua. Lo saluda con una sonrisa luminosa, secador en ristre y el otro brazo apoyado en su cadera. Tiene un pañuelo cubriéndole la cabeza, dos guantes naranjas de goma, un viejo jean arremangado y ojotas.

Sobre la mesa Bernardo ordena bolsas de comestibles. También hay botellones de agua mineral Puelche. Las verduras sobresalen de una vieja bolsa de arpillera.

Se escuchan los gritos y los pelotazos de Maxi y Jaime que están jugando al fútbol en la calle de arena. Las ventanas están abiertas con frazadas colgando y los colchones están secándose al sol, fuera de la casa.

El aroma a humedad va perdiendo la batalla contra otros más estimulantes: café, incienso que trajo y encendió Claudia, pan caliente.

"Cómo dormí. Y la cortadora de césped del jardín me debe estar esperando. Claudia y Berni no perdieron el tiempo".

—¿Qué hora es?—pregunta, con un bostezo incontenible.

—Las cuatro han dado y sereno —contesta Bernardo—. Che, linda la peatonal Chacho Peñaloza: ni un miserable local abierto. Ustedes ¿qué comen cuando vienen acá, cangrejos? Estuve toda la mañana hasta encontrar un mercadito. Y lo que ves acá, era casi todo el stock.

—Tenías detergente en el garaje, acaparador —le dice Claudia, apuntándole con un plumero—. Y mirá que no consigo detergente ni en Barrio Norte. Tenías un bidón de cinco litros, quizá el último que quede en todo el país.

—Es que mi vida es así: a puro lujo.

Javier da chupadas a un mate que humeaba, fragante, en la mesa.

—Desde acá, a veces, se escuchan las radios uruguayas.

Sobre una de las repisas hay una radio vetusta: una caja amarilla con perillas enormes. Javier la enchufa y comienza a manipular; una aguja naranja sale de su letargo y se mueve sobre una línea de números en el frente de la radio. El indicador avanza por el dial, de una estación a otra, buscando alguna señal uruguaya entre las emisoras locales. Se escucha, nítida, una marcha militar. "Esa debe ser Radio Caudillo", piensa. En la estación contigua, risas groseras, "…orracho le contestó a la señ…". Una voz amanerada dice, en otra estación: "…signación cristiana oyentes, pues oscuros son los caminos del Señor, y nosotros somos déb…". A continuación unos gritos de forajido: "¡A triunfar! ¡a tr…". De otra estación surge el omnipresente "…mos argentiiinos, vamos a venceeeer, que el futuro guíe sus ca…".

Una voz grave y gangosa, de inconfundible acento oriental, se escucha apenas tras una cortina de fritura. Javier da sutiles toques a la perilla hasta que logra suprimir gran parte del ruido.

Claudia y Bernardo se acercan a la radio, Javier baja el volumen.

Mira atento puerta y ventanas y mantiene la mano en la perilla.

"…stas últimas informaciones, el avance inglés sobre las Falklands es inminente. Desde la base en las Orcadas del Sur, ganada en dura batalla ya hace un año, el ejército inglés prepara el desembarco final. La Junta Cívico-Militar argentina ya no cuenta con municiones, combustible ni pertrechos, se estima que *bzzzzz crrzzz urrrrmurrrrrr*…".

—Te dije que esto se termina, que no da para más —Javier, serio, le dice a Claudia.

—Hace veinte años que se dice lo mismo. Pero fijate si movés la antena y lo volvemos a sintonizar; igual me gusta escucharlo, aunque piense que es *bull shit*.

"…ontevideo, República Oriental del Uruguay, Radio Sodre informa. Se encuentra en nuestros estudios el director de Montevidaires, que nos dará un panorama de cómo será la Transición cuando se *crrrr prriiiibbbbbcrummmm*…".

—¿De qué transición hablan estos huevones? ¿Nadie les enseñó que no hay que comerse el asado antes de tener la carne? —dice con bronca Bernardo.

—Buena metáfora, mi viejo decía lo mismo. ¿Ves? Te vas a perder la transición, en Costa Rica. La vas a ver por TV.

—No, querido: la voy a seguir *on line* por Internet.

—Ah, me olvidaba. ¿Y tendrán Internet en Costa Rica?

—En el único lugar del mundo que no hay Internet es acá, en el digno y soberano agujero del orto del planeta —Bernardo contesta por ella.

—*Shhh*,escuchemos.

"*Priiiibummmcrrrzz…* as fuerzas sociales en Argentina a pesar de los terribles treinta años de férrea represión mantienen incólume su memoria, y estimamos que con nuestra ayuda se recompondrán rápidamente los lazos del tejido social y político. En lo económico, el desastre es tal que el entramado productivo tardará muchísimos años en volver a funcionar para el modesto objetivo de recuperar el estándar de vida de los años '70. Lo que sí creemos es que la desbandada de la Junta va a ser total, y según información reservadísima las familias de los más altos funcionarios e incluso periodistas ya estarían abandonando el país rumbo a Venezuela, México e Irán. Desde esta humilde emisora abusaremos de la generosidad de nuestros anfitriones para mandarles un mensaje: adonde vayan los vamos a seguir, así huyan al último agujero del otro lado de la Tierra".

Los tres se miran maravillados. Finalmente habla Javier:

—Qué pelotas tiene este tipo. Dijeron director de Montevidaires ¿Qué será eso? ¿Un diario, una revista?

—No sé, pero espero estar desayunando dentro de poco con eso bajo mis narices, sea lo que sea.

"Le agradecemos a Horacio y vamos a una tanda de comerciales, para después seguir con la información. Luego de la pausa, nuestro comentarista militar analizará las posibilidades de la Junta Cívico-Militar de resistir el embate final inglés. Productosss Coanproleeee, una explosiónnn de sab…".

Tac. Javier apaga la radio. Los otros lo miran sin entender.

—Volvamos a escuchar a la noche. Ahora puede ser peligroso. Por menos, la gente va presa. Me voy a cortar el pasto, si es que la cortadora anda.

—Funciona, ya la probé. No tenés excusa. Mañana… Bernardo mira significativamente a Javier.

—Mañana empezamos la búsqueda —Javier se incorpora, se acerca a su amigo y le susurra al oído—. Creo que podés hablar abiertamente delante de Claudia.

—¿La búsqueda? Pero qué misteriosos se me ponen estos muchachos. En fin, mientras no sea la búsqueda de alguna novia olvidada, no hay problema. Si es la búsqueda del tesoro, los diamantes están en el tanque de

nafta del Torino. ¡Gané!

—No, aunque en mi caso no me vendría nada mal encontrarme alguna novia olvidada. Me rajo, Claudia, y queremos encontrar un barco que me lleve del otro lado del río, al Uruguay. Y me llevo a Jaime.

Claudia desiste de hacer la incómoda pregunta: si la madre del niño está al tanto. Pero la piensa, y no puede evitar mirar un poco reprobatoriamente a Bernardo.

—Mañana vamos al puerto a preguntar qué barco lleva emigrados clandestinos…

La carcajada de Javier, ya desde la puerta, interrumpe la frase de Bernardo:

—¿Pero vos te pensás que así se hacen las cosas clandestinas? ¿Por qué no preguntamos horarios de salidas y comodidades? ¿Aceptarán tarjetas de crédito? ¿Gaucho-Card, Sudamérica Expreso? Mi querido Berni, si querés hacer un negocio ilegal con la gente del puerto, el último lugar al que tenés que ir es al puerto.

—¿Y entonces…?—con desconcierto, pregunta Bernardo.

—Vamos a andar por los bares. Los del puerto deben estar infestados de 4C. Como el chiste te va a salir carísimo, no te preocupes que solitos los que dan el servicio van a aparecer. San Clemente es un pueblo chico, es invierno, no vamos a pasar desapercibidos, ya van a tratar de encontrarte ellos antes que los milicos. Vos te querés ir, pero no te olvides que ellos te quieren llevar, y tenete bien preparados los diamantes. ¿Estás seguro que lo querés hacer? Mirá que el gobierno se cae… no dura una semana. Ese mismo viaje lo hacés, en dos semanas, en ferry. Como antes de la guerra.

Bernardo cruza una mirada risueña y cómplice con Claudia.

—Bienaventurados los que creen —dice.

—Amén. Lo mismo le dije yo. ¿Les damos la merienda a los chicos? —Claudia se asoma por la puerta—. ¡Chicooos a tomar la lecheeee!

Afuera comienza a zumbar la cortadora de césped. El aire se llena de olor a pasto cortado.

Maxi y Jaime vienen corriendo, están sudados y llenos de arena. Los pantalones de Jaime son un médano; y los cabellos de Maxi, colgajos.

Bernardo toma lo que quedó de su libro y se hunde en las peripecias de Motke, en algún *shtetl* de Moldavia. "Lejos, lejísimos de las aguas de ese río que dentro de poco habré de cruzar". Se deja mecer por Sholem Ash, se traslada al fin del siglo diecinueve,y desaparecen Las Toninas, la guerra, su quiebra, su divorcio, su hijo. "Motke mata a Kanarik para robar su

pasaporte y usufructuar su identidad. Mata para vivir, es o él o Kanarik, su enemigo. Kanarik, el Canario. Nada cambió, Motke seguirá matando a el Canario por los siglos de los siglos".

Javier, mientas corta el pasto, siente un desasosiego inexplicable por su hijo, por Sergio. "Mañana, cuando andemos por los bares, voy a comunicarme con la base militar de Uspallata desde un teléfono público". No puede evitar mascullar una puteada: cae en la cuenta de que se olvidó de llevar cospeles. "Condones traje a montones, y ni un solo cospel", piensa con la culpa mordiendo sus talones como un perro tenaz. Tampoco está tan seguro de haber despistado al que está persiguiendo a Claudia.

Claudia mezcla el Choco-Sosa, en cuyo envase de cartón Hernán Sosa tiene capa de superhéroe y vuela con un puño hacia delante. Tampoco ella está segura de haber despistado a Pocho. "Si algo lo conozco, me está buscando".

—Chicos acá hay libros —señala la colección Robin Hood. Revisa los libros, separa uno.

—Esta noche les leo *Tarzán*.

—¿De qué trata, mamá?

—De un señor digno y soberano.

—¿Cómo nosotros?

—Exactamente.

"En pelotas, a los gritos y escapándole a los gorilas en la selva", piensa.

17 – Por los bares

Juan Simeran

. 17 .

Por los bares

Cuando finalmente establecieron contacto con el capitán de un barco que trasladaba emigrados a Montevideo, hacía ya dos días que habían recorrido una y otra vez los más ínfimos bares de San Clemente, Las Toninas, Mar del Tuyú y Santa Teresita. Se habían enfrascado en interminables conversaciones con mozos y parroquianos sobre el estado del tiempo, las ventajas y desventajas de la costa sobre Buenos Aires, fútbol, marcas de automóviles y apenas habían probado los cortados o las ginebras. Javier lucía su versatilidad ante la imposibilidad absoluta de Bernardo de articular tres frases coherentes sobre la campaña de San Lorenzo, las bondades de distintos modelos de la fábrica Chevrolet o la relación directa entre la exposición al aire salobre y las afecciones reumáticas.

Aunque lo disimulaba, la desesperación de Javier iba en aumento: no había en existencia un solo cospel en todo el Partido de la Costa. Se mordía los labios y apretaba sus puños viendo los inútiles teléfonos públicos con los que, con un simple cospel, podría averiguar cómo andaba su hijo. Por otra parte, se acercaba el día de la partida de Claudia: eso también lo tenía a maltraer.

—¿Estás seguro de que ésta es la mejor manera de que nos contacten? ¿No será mejor que vayamos directamente al Puerto y tratemos de hablar con algún capitán de barco? —ya al final del segundo día, preguntó Bernardo, escéptico.

—No estoy seguro: estoy segurísimo. Vos no te preocupes, ya nos van a contactar. No se la van a perder.

En un bar cercano a la estación de micros de Santa Teresita —un chalé reconvertido en improvisado merendero con tres mesas y seis sillas—, una señora en chanclos y batín le dice a Javier mientras seca tazas con un repasador:

—¿Y, don, consiguió los cospeles para hablar con su hijo?

Javier evita hacer la pregunta de cómo lo sabía: en los pueblos chicos las noticias, por insignificantes que sean, corren rápido.

—No, no conseguí.

—Es que hace como cuatro meses que no vienen de la telefónica a abrirlos. Están todos los cospeles ahí, en la panza de los teléfonos, don. ¿Y por dónde anda su hijo, trabajando o noviando?

—No, qué va. Está en el Servicio Patriótico. En Uspallata, Mendoza.

—¡En el Servicio Patriótico! De ahí salen hechos hombres… los que salen. ¿Y hace cuánto que no habla con su hijo, si se puede saber?

—No mucho, pero tengo la sensación de que está en problemas. ¿Usted no conoce a alguien que me pueda facilitar un teléfono?

La señora detiene la limpieza de las tazas, y lo mira fijo.

Javier tiene la inexplicable sensación de que esta vez dará en el blanco, vio un brillo de inteligencia en la hasta ese momento anodina cara de la señora. Los habían estado sondeando, no tenía dudas.

Su intuición le dicta que están muy cerca del desenlace.

—Si quiere, pase. A lo mejor anda con suerte y se puede comunicar. Tenemos teléfono, pero no anda casi nunca.

—Gracias. No sabe cuánto le agradezco…

Cuando entran en el interior de la vivienda, la señora increpa a Javier:

—¿Qué es lo que andan buscando por acá? Turistas no son, y 4C tampoco.

Javier toma aire y se zambulle:

—Necesitamos embarcarnos. A Montevideo, o cualquier lugar de la costa uruguaya…

Tras un silencio tenso, en el cual la señora lo mira de arriba abajo, finalmente descerraja:

—¿Cuántos son?

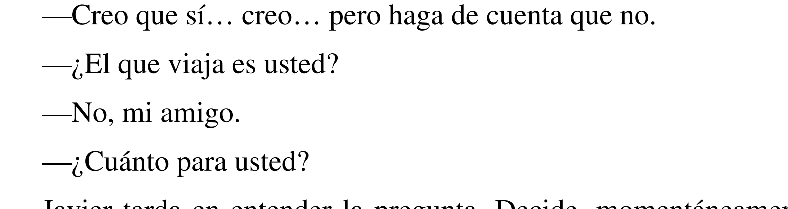
Javier respira aliviado. La búsqueda terminó.

—Dos. Mi amigo y su hijo.

A la señora se le ensombrece la cara.

—¿Un menor? ¿Ustedes tienen idea de cuánto les puede salir sacar a un menor? ¿La madre está de acuerdo?

La inteligentísima mirada de la señora radiografía sus pensamientos. Entiende que no puede mentir. Habla mirándola a los ojos:



—Creo que sí… creo… pero haga de cuenta que no.

—¿El que viaja es usted?

—No, mi amigo.

—¿Cuánto para usted?

Javier tarda en entender la pregunta. Decide, momentáneamente, eludir el tema. Teme quedar como un imbécil.

—¿Cuánto de cuánto?

—¿Con qué van a pagar?

—Diamantes.

—Mire, usted me cae bien. Su amigo es un porteño medio opa, pero usted me cae bien. Pero por menos de veinte mil dólares no podemos hacer nada. Eso sí: le hacemos lugar para uno más. Por el mismo precio usted también se puede ir.

Incontenibles, las palabras "Costa Rica" y "Claudia" explotan en su cerebro.

"Pasearía de la mano de Claudia por las calles de San José. Viviría en un edificio limpio, donde el ascensor obedece, donde diseñaría casas en un tablero de dibujo que de a un ventanal amplio donde la luz entre a raudales. Habría una pared donde colgaría mi diploma de arquitecto. Leería por las mañanas un diario normal, no un vómito fascista. Tendría Internet. Un aire acondicionado. Y uno de esos autos con forma de huevo, brillantes, nuevos. Sobre todo, tendría noches y más noches con Claudia. En ningún lugar está escrito que mi vida siga siendo una letanía de jornadas deplorables".

Piensa en su hijo, en Sergio. Ni soñarlo. *No way*. Vuelta a la realidad. Le cuesta contestar que no.

—Yo no viajo. Le agradezco sinceramente. Mire, mi amigo se puede estirar hasta doce mil dólares, más no tiene. Hasta ahí llegó mi amor.

—¿Y cuánto para usted?

Javier, nuevamente, tarda en entender la pregunta.

—Nada. Para mí nada.

—Por quince lo hacemos, pero sólo porque usted me cae bien. Por menos, ni se moleste. Mire: el capitán del barco es mi hijo, ¿sabe lo que le harían los milicos si lo agarran? ¿Piensa que le incautarían el barco? ¿Qué iría preso, que le pondrían una multa? ¡No! Le tostarían las pelotas, lentamente. Acá, en San Clemente, ya desaparecieron cuatro capitanes de barco… sólo en los dos últimos años. Tarde o temprano, mi hijo va a caer —se le

empañan los ojos a la señora—. Lo sabemos. Pero mi marido, que en paz descanse, puso caños durante la Resistencia, fue concejal de la Intendencia… y lo mató la Triple A. Y lo único que nos quedó es ese barco, la bronca y la impotencia. No sé por qué le cuento estas cosas. En realidad, en lugar de quince podría pedirle treinta, o cuarenta, no hay muchas opciones para salir…

Javier reacciona con velocidad ante el errático devenir de los pensamientos de la señora:

—Hecho. Quince. *Yastá, no problem.*

—Espero que los diamantes sean buenos. ¿Sabe la cantidad de gente que se enteró acá que tenía sólo pedacitos de vidrio? Me acuerdo una vez que eran cuatro para salir y habían venido de Santiago del Estero, de La Banda. Habían vendido un consultorio odontológico completo, una chica preciosa que estuvo acá llorando como tres días…

—Sé que mi amigo tiene familia joyera, créame que yo lo conozco y…

—No —lo corta la señora—. No le creo. No porque usted me quiera mentir. Es porque de diamantes usted entiende tanto como yo o mi perro Colita.

—¿Y entonces…?

—Los diamantes los va a tasar nuestro joyero de confianza… Eso sí: la tasación es inapelable.

“Nos tienen agarrados de los huevos, pero también se juegan lo suyo”, piensa Javier.

—¿Y dónde tiene la joyería, podríamos ir mañana…?

Por la sonrisa sobradora de la señora Javier se da cuenta de que preguntó una idiotez.

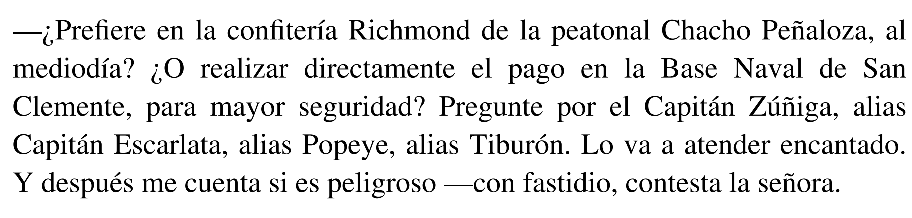
—¿Usted piensa que puede ir y tocar el timbre de una joyería para pagar un viaje clandestino, como si le fuera a comprar un par de aros a su mujer?

“Lo mismo le pregunté yo a Bernardo, o casi. Esta tipa me gana, es más rápida que yo”, se asombra Javier y se dispone a escucharla.

—Hoy a la noche, a la una, vayan a la playa que está entre Aguas Verdes y La Lucila. Son dos kilómetros. Busquen un refugio de ramas, va a haber un pequeño fuego, o una linterna. Ahí se encuentran con mi hijo y el joyero.

Javier está atento a la más mínima nota en falso para detectar un posible timo.

—¿Con diamantes por la playa, de noche? —hace el intento resignado, sabiendo que su pregunta es inútil—. ¿No es un poco peligroso?


—¿Prefiere en la confitería Richmond de la peatonal Chacho Peñaloza, al mediodía? ¿O realizar directamente el pago en la Base Naval de San Clemente, para mayor seguridad? Pregunte por el Capitán Zúñiga, alias Capitán Escarlata, alias Popeye, alias Tiburón. Lo va a atender encantado. Y después me cuenta si es peligroso —con fastidio, contesta la señora.

—Tiene razón, disculpe.

—Está disculpado. No hay porteño que no pregunte la misma boludez.

—Respecto al pago…

—Lleve todo. Se paga el cien por ciento en el momento del embarque. Hoy el joyero guarda los diamantes en una cajita que usted se lleva pero de la cual él tiene la llave. Nosotros les avisamos cuando estén dadas las condiciones. Avísele a su amigo que salimos, justamente, en las peores condiciones. Con niebla o con tormenta, nunca con buen tiempo. Que lleve unas cuantas bolsitas de plástico, si nunca navegó. Dígale que se va a arrepentir de tener un estómago. En cuatro horitas trasbordan a una lancha de Memoria Argentina, en altamar. Que lleve buen calzado, no sea cosa que se caiga. Nunca nos pasó, pero con estos porteños boludos nunca se sabe.

—En eso estoy de acuerdo. Señora…

—Nelly.

—Javier.

—Ya lo sabía.

Javier estrecha la mano de Nelly.

—Entonces a la una, en la playa entre La Lucila y Aguas Verdes.

—El costo de la tasación lo pagan ustedes. Ah, otra cosa. Ni se les ocurra andar por el puerto hasta la salida, está lleno de 4C. Los imbéciles que van a preguntar al puerto caen como moscas en la lengua del sapo.

Javier sonríe, la última información confirma lo certero de su intuición.

Salen del interior de la vivienda. Bernardo lo mira con los ojos abiertos como platos.

—Qué se le va a hacer, doña, no nos pudimos comunicar…

—Pero qué barbaridá, algún lugar tiene que vender cospeles. Pruebe en la estación de micros. Que tenga suerte. Ojalá su hijo esté bien.

Bernardo se levanta. La mirada de Javier es significativa. Salen a la calle.

—¿Qué hicieron ahí adentro? ¿Te encamaste con la vieja?

—Sí, fue espectacular. Nunca disfruté de un mejor sexo. Lo que es la experiencia. Mata Hari versión Doña Petrona C. de Gandulfo. Insaciable,

me exprimió.

Caminan en silencio, Bernardo está expectante. Ya comienza a anochecer.

—¿Te acordás que te dije que te quedaras tranquilo, que ya nos iban a encontrar?

—Cómo olvidarlo, me lo repetiste unas veinte veces.

—Bueno, nos encontraron. Prepará los diamantes. Hoy a la una vemos al capitán del barco.

—¿A la una? Si son las siete y media.

—A la una de la noche. Y en la playa. Con las olas, el viento, el frío del mar, y el *sucundún sucundún*.

Un viento arremolinado hace bailar hojas secas en medio de la calle. Se siente el rugir amortiguado de un relámpago lejano.

—Y algo me dice que te embarcás antes de lo que imaginamos.

Bernardo escucha absorto, demudado. Siente gotas de sudor sobre su frente a pesar del frío. Trata de no pensar en ese mar viscoso, horrible. "¿Cómo era el mantra tibetano? Pocitos, Canelones, Carmelo, Durazno. Cómo me ayudó Javier, qué amigazo".

—Javier, si es que me embarco… te quiero pedir dos cosas.

—Venga.

—La primera, que te quedes con el auto. También lo aprovechás para volver. Te lo ganaste, lo justo es justo. Si no fuera por vos todavía estaría mirando el río desde la Costanera Sur y sin la más puta idea de cómo rajar.

Javier ya había pensado en esa posibilidad, por otra parte muy lógica…

—Msé.

—La segunda… la difícil. Que veas a Marita, que le digas…

—Mirá, yo a Marita le digo todo lo que vos quieras. Pero una sola cosa no me podés pedir bajo ningún punto de vista. Una sola cosa que sería demasiado cruel e inhumana. Injusta, incumplible, insólita e incalificablemente insensata.

Bernardo se la ve venir. Igual pregunta, resignado:

—¿Qué cosa?

—Que no tenga una erección cuando la vea. O dos. ¿Sigue tan linda?

Bernardo, que va un poco atrás, le patea el trasero. "Este Javier es terrible. No se le puede dar medio milímetro de ventaja".

—Ni lo sueñes. Te hago la segunda circuncisión.

—La solución ideal para mandarle un mensaje a Marita es que te consigas un eunuco.

“Y que los eunucos bufen”, recuerda la frase Bernardo.

18 – Trago’s y Chica’s

Juan Simeran

. 18 .

Trago’s y Chica’s

Sánchez está absolutamente harto de Iribarne, de su aliento, de su cara, de su voz. De sus órdenes. De sus desórdenes. De peregrinar por cada pueblito buscando tres cosas: información, bebidas con alcohol y un medicamento llamado Halopidol Forte, que Iribarne se olvidó en el BMW y que le hace buscar en farmacias que no tienen ni Paratropina. De algo oscuro, que intuye y no termina de entender. De cómo el cerebro de Iribarne pareciera tener leyes propias, distintas a las del común de los mortales, y no por ser Brigadier, sino por otra cosa que se le escapa, pero que presiente.

En la Base Aérea del Palomar Sánchez obedecía a un superior, así lo habían formado y así sentía que debía ser un militar. En la base su superior lo atendía en un enorme despacho, con carpetas abultadas sobre el vidrio impoluto del escritorio, con infinidad de diplomas de cursos colgados de la pared. En la base las fotografías que se veían en la oficina de Iribarne lo mostraban de joven, posando sonriente junto a los fuselajes de los Fokker F-28, dentro de las cabinas de instrumental de los Hércules C-130, saludando delante de la trompa aguda de los Lear Jets y bajo las alas triangulares de los Chimango Pampa 3.0. En la base el brigadier Iribarne caminaba como un dios olímpico, entre los brazos enguantados que volaban rígidos a su paso.

En la Base Aérea del Palomar, jamás Sánchez escuchó la palabra “Halopidol”. Siente una curiosidad enorme por ese medicamento, pero jamás se le pasó por la cabeza la descabellada idea de preguntarle a Iribarne. “Ya averiguaré al regresar, no me voy a perder de saber cuál es la principal debilidad del *briga*“.

Sánchez fuma dentro del Falcon, en la puerta de un cabaret. Rompe la oscuridad inmensa del cielo de Tordillos una hilera de lamparitas de colores en el frente de una especie de galpón que alguna vez fue depósito de

maquinaria agrícola. Las palabras “TRAGO’S” y “CHICA’S”, anunciadas en luces de neón, también se destacan bajo una lámpara roja que titila. El viento mueve la fila de lamparitas y la llovizna bailotea sobre el techo y las ventanillas del Falcon.

Sánchez tiene, por todo plan, consumir un sándwich de salame que guarda desde la tarde, inhalar una línea de cocaína aprovechando que Iribarne se va a demorar en el prostíbulo y tratar de dormir un poco. Lo repugna la idea de siquiera pisar un antro semejante. Soportó las bromas de Iribarne y de Galíndez, el amigote nuevo que el brigadier se hizo en el retén de la Ruta 36, en Pipinas, con el alivio de que por un rato lo iban a dejar en paz.

“Ese Galíndez estaba que trinaba, parece que tiene todavía más ganas que Iribarne de encontrarlos. Son dos hermanos, hechos el uno para el otro. Decían ‘vamos a buscar información donde las *chichis*‘, muertos de risa, como si eso fuera la gran piolada”, piensa Sánchez con desagrado. “En este cabarulo de décima de Tordillos ¿así se llamaba este pueblito de morondanga? Iribarne sólo puede encontrar aquí dos cosas: una cirrosis hepática o una sífilis”.

Aún más desagrado le produce un recuerdo que lo molesta: la columna de humo negro recortándose contra el cielo en el espejo retrovisor. “El gomero ya había dicho lo que sabía. Qué necesidad había, una cosa es pegar para sacar información y otra para hacer una especie de… chiste, de jodita, de compadrada estúpida”. Si bien tiene la casi seguridad de que algún vecino habrá acudido inmediatamente a ayudar con el fuego, y que lo primero que habrán hecho es desatar al gomero, tampoco puede descartar que éste se haya lastimado con quemaduras graves… o que haya muerto. “Cómo me gustaría, a la vuelta, ir a ver qué pasó con el gomero. Pero mejor ni lo pienso, si aparezco por ahí los vecinos me linchan. Teniente y todo, me linchan”.

Se desperezа dentro del vehículo, pone el asiento en la posición más horizontal posible. Mira su reloj: las once de la noche. Mastica rápido el sándwich, está hambriento. Cierra los ojos. Lentamente, olvida Tordillos, se imagina en su cama, en Belgrano R. El último pensamiento que tiene antes de quedarse dormido es: “Me olvidé de decirle a Sylvia que ponga la calefacción”.

Se despierta sudado, sabe que ha gritado en sueños y al incorporarse se da el

estómago contra el volante y la frente contra el espejo retrovisor. Recuerda su sueño, todavía conserva en sus retinas la visión de los resplandores rojizos del fuego, el humo negrísimo de las gomas, los chisporroteos de la instalación eléctrica, el calor insoportable, la picazón en los ojos, el dolor en la garganta. Su corazón late desbocado, su respiración tarda en normalizarse. De a poco, vuelve a enfocar la realidad. "Tordillos, Iribarne, Galíndez, Trago's y Chica's".

"Las dos y veinte y estos todavía ahí adentro, deben estar durmiendo, o las zorras esas les están sacando hasta el último centavo. Mejor, que los dejen sin un mango, a ver si así nos volvemos. Me harta esta misión inútil. ¿Me dará un diploma Iribarne, una medalla? Medalla de honor por perseguir heroicamente una pollera huidiza con escalas en puteríos de décima".

De aburrido, nomás, prende las luces del Falcon. Contra el portón del galpón ve un bulto raro, demasiado grande para ser un perro. No apaga las luces. El bulto se mueve, llueve, apenas ve algo. Hace señas con las luces, el bulto se acerca al vehículo. Sánchez recobra su lucidez, toma su arma del asiento de atrás, baja la ventanilla y apunta contra lo que viene.

Y lo que viene es una niña. Una carita infantil enmarcada en una capucha de nailon amarillo, puros ojos enormes.

—Don, ¿tiene algo pa' comé'?

Respira aliviado, baja el arma. Abre la puerta del acompañante, le dice:

—Pero metete acá adentro, nena, te vas a empapar.

La niña no espera que él repita la invitación y le dice, una vez sentada:

—Don, un chocolate, caramelo, sangüi ¿tiene?

La niña está vestida en forma extraña. Sánchez no puede menos que notar lo impropio de una pollerita de la cual salen dos piernitas como palitos. La niña tiembla de frío. "Debe tener fiebre". Se maldice, en el vehículo no hay nada comestible, ni siquiera genioles. Empieza a buscar hasta que da con un chocolate grande y un paquete de galletitas.

El rostro de la niña se ilumina, y come con hambre. Engulle, traga sin respirar, Sánchez siente vergüenza y una lástima enormes, los ojos se le llenan de lágrimas. La niña calza zapatillas embarradas, los piecitos no llegan al piso del Falcon, y cuelgan balanceándose uno después del otro.

Sánchez sabe que toda pregunta es inútil. Que, inclusive, si preguntara por la madre, lo más probable es que la niña conteste que está trabajando adentro del prostíbulo.

También intuye un horror innombrable. "Que ese esperar en la puerta del prostíbulo obedezca a causas más… cómo decirlo…". Piensa la palabra

“laborales” y se descompone.

Se alegra, encontró una botella de jugo de naranja. La niña bebe del pico con avidez.

El Brigadier se dirige al vehículo, Sánchez ve cómo trastrabilla, cómo sus pasos son torpes, pesados. Abre la puerta de adelante y casi se lleva por delante a la niña.

—Mi Brigadier, disculpe, pero como usted no salía invité a esta niña a comer algo.

Iribarne cierra la puerta, abre la trasera y se acomoda atrás. Sánchez por el espejo retrovisor ve sus ojos enrojecidos, huele el vaho alcohólico de su aliento llenando el aire enrarecido del Falcon.

—No te conocía estos vicios, che, habérmelo dicho. Mirá que sos flor de degenerado, eh. Y bué, sobre gustos no hay nada escrito, dicen ¿no? ¿no? ¿no? —dicerisueño, y termina la frase con un eructo, mientras le da palmaditas a Sánchez en el hombro.

Las palabras del Brigadier son un rompecabezas que se niega a armarse en el cerebro de Sánchez. Flotan, inconexas, como si fuera imposible que finalmente se encadenen formando un sentido.

Cuando Sánchez entiende qué quiso decir Iribarne, se pone coloradísimo y balbucea:

—Usted no pensará… que yo… por Dios… pero si es una niña…

—No mucho más chica que la que elegí ahí adentro. Pero con la suficiente diferencia para que yo no haya cometido algo que encuadre en la categoría de delito —responde Iribarne. Se ríe y un hilo de baba le cuelga de la comisura de la boca—. Y vámonos de una vez. Aunque no lo creas, ahí adentro había una *chichi* que los vio en la estación de servicio. Están en Las Toninas.

Chasquea los dedos y exclama:

—Rajá, turrita, rajá —extiende un billete arrugado a la niña.

La mirada de la niña se opaca. Le pregunta a Sánchez:

—¿Me puedo ir?

Esas palabras también tardan en formar sentido en la mente de Sánchez.

“Me pide permiso para irse como si la hubiera comprado con un chocolate y un jugo”.

Sin hablar, abre la puerta delantera. La niña baja y se aleja.

—Buen culo, tiene—dice Iribarne.

“¿De qué habla este demente?”, piensa Sánchez asqueado, y le sube una arcada. También siente un deseo impreciso de matar a Iribarne, pero no con un arma sino ahorcándolo. Intenta cambiar de tema.

—¿Y su amigo Galíndez? ¿No lo va a esperar?

—Ni loco. No quiero que me quite el placer de matar yo mismo al gallito.

“También cagás a Galíndez, hijo de puta”, mastica Sánchez.

—¿Te imaginás mañana, cuando se despierte, y se vea en medio de la ruta sin un mango y sin vehículo? Se va a tener que volver a Pipinas caminando… la mujer lo mata… —se ríe, comienza a silbar, muy desafinado, *La cumparsita*.

Sánchez arranca el vehículo.

—¿Adónde me dijo que vamos?

—A Las Toninas —contesta Iribarne, casi quedándose dormido—. Pasá por alguna farmacia y comprame Halopidol Forte, che.

“Farmacia en medio de la ruta a las tres de la mañana, loco de mierda”, piensa Sánchez, ya escuchando los ronquidos rítmicos de Iiribarne que se tiró cuan largo es en el asiento trasero.

En la oscuridad de la noche, la ruta brilla mojada con un brillo parecido a los enormes ojos de la niña. El sonido del limpiaparabrisas escurriendo la lluvia es lo único que acompaña a Sánchez.

Nuevamente, siente ganas de llorar. Piensa en Sylvia, en sus dos hijas. En su cabeza retumban las palabras “Rajá, turrita, rajá”.

19 – En una playa junto al mar

Juan Simeran

. 19 .

En una playa junto al mar

En una playa junto al mar/ Pa pa paaaa / Allí me fui a enamorar/ Pa pa paaaa / Tiritando caminando por la plaia / Veo la espuma De tu amor desvanecer / Y es por eso que he juraaaado no amarte/ Hasta tanto me devuelvas tu querer…"

Los tres cantan, golpean vasos con cucharitas y ríen alrededor de un par de botellas de vino junto a la lumbre de la salamandra. Afuera comienza una leve llovizna que no cae para abajo, sino hacia el costado: el viento amaga con huracanarse.

Los chicos ya se durmieron y cantar un poquito borrachos viejísimas canciones de Donald es una manera de olvidarse que el coraje ya les empieza a flaquear. Cuando Javier le explicó a Claudia que esa noche ellos iban a llevar diamantes a un lugar desconocido y desértico en una playa de dos kilómetros entre dos balnearios, ella les preguntó a los gritos si estaban locos o en qué país creían que vivían. No hubo argumento capaz de convencerla, lo máximo que pudieron sacarle fue un desganado: "Hagan lo que quieran, son grandes. Me parece una locura".

La estudiantina estaba llegando a su fin. Claudia debía presentarse en Ezeiza en dos días, Bernardo había conseguido su barco y Javier volvería a su rutina de comercializar cheques robados.

—*Shine on you crazy diamonds. Taran taran tara tan…*

—*Lucy in the sky with diamonds. Lucy in the sky with diamonds…*

—Sos alma de diamante. Alma de diamante…

—Vamos al mar en un buen Cadillac frutillas locas en Chapadmalal…

—¡No vale! ¡No vale! ¡Perdió Bernardo! ¡A Berlín, a Berlín!

Javier y Bernardo golpean la mesa con la palmas:

—Hay una hermosa colonia cuyo nombre es Zummerland Zummerland…

—Qué culpa tiene el tomate que está tranquilo en la mata…

Las agujas de los relojes seguían su recorrido inexorable y los tres se miran cuando marcan las doce y media.

—Se acabó. Se acabó ese. Se acabó ese juego que te hacía feliz…

—Vamos. Al Toro.

Claudia mira a Javier como queriendo fijar para siempre su imagen el fondo de sus retinas. Afuera arrecia el viento. Él la abraza fuerte. Los dos hombres suben al Torino y parten rumbo a Aguas Verdes.

El silencio en la casa es absoluto, Claudia intenta leer pero le es imposible. El viento hace temblar las tejas y los vidrios de las ventanas. Las lamparitas parpadean. Toma a sorbos un té; ni se le ocurre irse a dormir hasta que hayan vuelto.

“En tres días, estaré paseando por las calles de San José, y todo este paisaje de chalecito alpino en una calle de arena de Las Toninas me parecerá tan irreal como la foto de un cráter de las colinas de Marte. Apenas un recuerdo simpático, mis últimos cinco días en la Argentina junto a un vendedor de chequeras robadas, un próximo emigrado con melancolía adelantada y nuestros hijos. Mi vida en San José será como cuando uno se despierta de una pesadilla y no puede creer que se haya tomado en serio el peligro que representaban entidades que son menos que la sombra de una sombra”, piensa. Pero la frase “mi vida en San José” le suena a hueco, no le despierta ninguna imagen, y siente en medio del estómago que “quizá estoy cometiendo un error garrafal y que éstos hayan sido los cuatro días más felices de mi vida. Que el amor de Javier y la amistad de Bernardo son un regalo hermoso, inesperado, que estoy despreciando”, y le recorre un escalofrío cuando cae en la cuenta de que quizá la pesadilla pueda empezar el día que aterrice en San José.

“En algún lado leí, no recuerdo dónde, que los griegos castigaban con el destierro, pena que consideraban más severa que la muerte”.

“Oh, oráculo de Delfos”, se dice a sí misma, y saca una moneda del bolsillo del jean. Es de diez patriotas, mira de un lado el relieve de las Islas y del otro el número. “Cara el chocolatero, ceca Costa Rica. Si cae de canto me voy con Pocho”. Se felicita, siempre ha sido una mujer de tomar decisiones sin dudar, aún las más difíciles.

Tira la moneda.

La tira por la ventana. Prefiere quedarse con la duda de cuál ha de ser la decisión correcta, y "no meter las olímpicas narices de los dioses en mis propios aciertos o errores".

El mar es una línea de fosforescencias intermitentes sobre una gelatina negra que se mueve, más discernible por el olor y el sonido que por lo que se ve. La arena también es negra, y la línea de médanos oscuros apenas se diferencia del cielo. El viento hace bailar a la arena y cuando rota al sudeste trae ráfagas de espuma salobre. Javier y Bernardo no se ven ni a sí mismos, caminan con dificultad zarandeados por el viento.

Bernardo lleva los diamantes en el bolsillo interior de su campera, en una bolsita con olor a nafta. Para evitar el terror que le produce la cercanía del mar, recita in mente el poema de Almafuerte que tenía en un poster en su habitación de adolescente, y que no olvidara jamás:

…Trémulo de pavor, piénsate bravo / y arremete feroz, ya malherido. / Ten el tesón del clavo enmohecido / que ya viejo y ruin, vuelve a ser clavo / y no la cobarde intrepidez del pavo / que amaina su plumaje al primer ruido. / Procede como Dios, que nunca reza / o como Lucifer, que nunca llora / o como el robedal, cuya grandeza / necesita del agua y no la implora…

Javier es ducho en situaciones irregulares. "Pero ir a tasar diamantes de noche en la playa en medio de una tormenta para pagar un viaje clandestino es más de lo que jamás hubiera imaginado", piensa y un poco se regocija con la aventura. Siente aplomo y seguridad. Además, lleva encima su más temible arma: su lengua.

Una lucecita apenas parpadea, un pequeño faro de juguete que marca un punto donde la oscuridad cede apenas un resquicio. Bernardo y Javier se acercan hacia las dos linternas que parecen tener vida propia, a su vez ellos hacen una señal con una linterna que llevaron. Bajo una enramada, en un precario refugio de troncos, se adivinan las siluetas de dos hombres.Uno está prendiendo un quinqué a querosén. El refugio se ilumina con la llama azul que bailotea, el hombre coloca la tulipa de vidrio y la llama se estabiliza. Javier y Bernardo los observan ya a unos cuatro metros. "¿Estos son los restos de un bar, de un parador de playa?", se pregunta Bernardo.

Uno de los hombres es un gordo corpulento de barba blanca, enfundado en un pulóver a rayas con cuello alto y con un gorro de lana que apenas deja escapar algún mechón de pelo blanco, los ojos invisibles bajo cejas como

cepillos. “El marinero, seguro”. El otro es un muchacho joven, atildado, bien vestido con un piloto que no hubiera desentonado en Tribunales, que sostiene un paraguas cerrado en uno de sus brazos y cuyo peinado no había podido desacomodar ni el viento. “El joyero… si es un atraco, es ahora o nunca”.

Bernardo tiembla, los personajes que tiene enfrente son como sombras del Aqueronte. “Quiero terminar cuanto antes esta transacción y volver a la tranquilidad de mis lecturas”. Todavía no cree que haya alguna relación entre lo que está haciendo en ese momento con el hecho de atravesar el mar.

Como siempre, Javier encara la situación:

—Buenas noches, andamos medio perdidos. ¿Nos podrían indicar si nos perdimos o si nos encontramos?

La profunda voz de bajo del hombre corpulento le contesta con firmeza:

—Nos encontramos, amigo. No anda perdido, nos encontramos. Papadópulos, joyero. A ver esos diamantes, si vale la pena los pesamos. Si hay de qué hablar, conversan los detalles con el capi, mi amigo Juan Domingo.

Bernardo mira a Javier, éste le hace una seña. Bernardo se acerca, saca la bolsita de su bolsillo, se la entrega al hombretón. Este la huele.

—La trajeron en el tanque de nafta del auto. Buena idea, hay lugares peores ¿no?

—Pregúntele a Papillón, él sabe de estas cosas —le contesta Bernardo.

—¿Son brutos?

—Oiga, no me sabré de memoria la *Eneida*… pero como brutos… —Bernardor esponde, algo molesto.

—Te pregunta si los diamantes son brutos —replica Javier, tentado, dirigiéndose a su amigo.

—¿Origen?

—El negocio de mi primo Lito, Libertad y Facundo Quiroga. Eh, ¿qué hace, está loco? ¿Qué quiere, rayarlos?

El joyero le sonríe mientras intenta rayar los diamantes con un instrumento de hierro:

—No se preocupe, si los rayo no sirven ni de cotillón.

El joyero se calza un lente unicular y se coloca una linterna sobre la frente, afirmada en la cabeza con una correa. “Como un *tefilim*“, piensa Bernardo.

Abre un frasco y lanza los diamantes dentro de un líquido.

—¿Qué hace?

—Yoduro de metileno. Flotan. Bien. Pasamos a la prueba que sigue, dígale a su primo Lito que por ahora no lo engañó.

Papadópulos mira y remira las pequeñas piedras, cuyo débil resplandor es un misterio que sólo él sabe descifrar. Cambia de iluminación el haz de luz que parte de su frente; de repente están los cuatro bajo los efectos de la luz infrarroja, luego pasa a luz roja, azul y verde. También va cambiando cierta combinación de lentes de su unicular. Murmura palabras como "dodecaedro perfecto", "De Beers", "Johannesburgo".

Los dos amigos están pendientes del dictamen del joyero, y casi ni respiran esperando saber si tienen diamantes o pedazos inútiles de vidrio.

Domingo enciende un cigarrillo, le convida a Javier y Bernardo. Papadópulos gruñe, bufa, cada tanto emite un chillido de satisfacción. Sus manos gigantescas hacen girar las piedritas, que sostiene entre pinzas. Una vez finalizado el escrutinio las deposita con muchísimo cuidado en un pequeño estuche metálico. Cada piedrita es mirada y remirada, la operación tarda sus buenos veinte minutos. Finalmente, Papadópulos se saca el lente, habla con la linterna aún encendida sobre su frente.

—Son buenos. Diamantes cortados azules. Sudafricanos. Lito se ganó un asado, invítelo para Navidad, y si anda por acá dígale que me venga a ver. Ahora, a pesar. Le peso por valor de quince mil, y me separo aparte mil, que es mi tasación.

Saca de un bolso una balanza electrónica de alta precisión, no más grande que una caja de fósforos, que apoyan en una tabla. Pesa los diamantes uno por uno, luego los pega sobre un papel engomado y anota el peso de cada uno. En un papelito que quizá hubiera servido para servilleta de pizzería, van sumando los pesos. El refugio resultó ser un buen reparo, y el viento no los molesta tanto. Papadópulos saca una calculadora y recién ahí Javier y Bernardo se dan cuenta de que no tienen ni la más remota idea de cuál es el valor de lo que tienen.

—¿Sabe cuánto tarda en formarse un diamante? —pregunta Papadópulos —. Mil millones de años, como poco. Los mejores, unos siete mil millones. Los que usted tiene, los azules, sólo se producen en las canteras de Botswana. Qué raro que su primo Lito no le haya dicho.

—Me dijo, pero después nos comimos una pizza de ajo en Guerrín, me metí en una librería de viejo y me olvidé.

—¿Por qué no van arreglando detalles acá, con mi amigo Juan Domingo,

mientras yo termino?

Juan Domingo, que parece cualquier cosa menos un marino, habla con voz monocorde e indiferente:

—Las condiciones son óptimas. Si tenemos suerte y mañana hay tormenta, zarpamos a las diez de la noche.

—¿Usted está loco? ¿De qué condiciones óptimas habla? ¿No ve el viento que hay? ¿Qué quiere, que naufraguemos? ¿Hay alguna isla por acá? —Bernardo increpa al marino, la frente le suda y las manos le tiemblan. Está pálido y tiene la mirada desencajada.

—Salimos sólo con mal tiempo. Cuando hay mal tiempo los milicos se chupan todo, no queda nadie patrullando el puerto. ¿Usted navegó alguna vez?

Bernardo se contiene para no mandarlo al carajo.

"¿Si navegué? Me sé pasajes de memoria de *Moby Dick*, me leí las *Narraciones de Arthur Gordon Pym* traducidas por Cortázar, los *Relatos de los Mares del Sur* de Jack London y *El corazón de las tinieblas* de Conrad. Los cuentos navales de Bernardo Kordon. Palabras como 'bauprés', 'berlinga' y 'sotavento' me son familiares sin que haya tenido nunca la más mínima noción de qué significan. Ahora, lo que es navegar de verdad… de verdad-verdad… *mmh*".

—Ehhh… digamos que no… Bueno, algunas veces en el Tigre… Una vez, cuando era chico… en la pileta del Peretz… hice como diez largos… sin flota-flota, eh…

Juan Domingo lo interrumpe, hablando con autoridad:

—Mire, consígase mañana un buen antivomitivo, pero en alguna farmacia lejos del puerto, y ojo si le hacen muchas preguntas. ¿Trae documentos?

Bernardo lo mira alelado: "¿Me está cargando?".

—Traiga documento. Se lo va a pedir la embarcación enlace de Memoria Argentina. Ya hubo muchos casos de infiltrados que siembran equipos de GPS en las lanchas. No venga con equipaje, si nos agarran vamos a decir que me acompañó a pescar. Nadie lo va a creer, pero por lo menos nos podemos tirar el lance. Si nos agarran con equipaje estamos sonados. El menor, ¿cuántos años tiene?

—Diez.

—Va a ser un poco desagradable, pero va a tener que ir escondido en la escotilla del barco. Otra cosa, ¿A usted le gusta el pescado?

—*Mssomeno*.

—Más vale que le guste. No va a poder sacarse el olor en unos cuantos días.

Papadópulos cierra la caja metálica, habían hecho las cuentas con Javier.

—Mañana a las once zarpamos. Traigan la caja… Coman poco o nada. Traigan agua caliente para el mate, si pueden más de un termo.

Bernardo está parado, mira la fosforescencia de la espuma del mar y no puede creer que todo haya sucedido tan rápido.” ¿Hace cuánto tiempo que Marita me dijo… me pidió… o me ordenó ‘sacalo de acá’ en ese ridículo acto escolar? Por primera vez voy a cumplir uno de esos difíciles deseos de Marita, por primera vez soy el hombre que Marita necesita que sea”.

Papadópulos se saca la linterna de la cabeza:

—Saludos a Lito. Le doy la llave a Domingo. Vayan tranquilos y que tenga buen viaje. Cánselo mañana al pibe, así cuando lo embarca se duerme.

Javier y Bernardo vuelven por entre la misma oscuridad absoluta que cuando llegaron.

“Berni no parece muy satisfecho”, sospecha Javier. —¿Estás contento? —le pregunta.

—No.¿Cómo era eso de que la Junta no dura ni una semana? Te queda un día, Javier. Mi abuelo, que era rabino en Lituania, hubiera rezado toda la noche.

—¿Para tener buen viaje?

—No. Para que suceda un milagro. Para que la Junta caiga mañana. A ver si me acuerdo algo… *shmá Israel Adonoi Eloheinu Anonoi Ejad.*

Un trueno terrible responde al rezo de Bernardo y comienza a llover. Apuran el paso.

—¿Qué era eso, la danza de la lluvia en hebreo? ¿No sabés otra más divertida?

—¿Querés que pruebe con el rezo de los rayos que caen en las playas bonaerenses?

—No, el territorio de la provincia de Buenos Aires es jurisdicción exclusiva del Gauchito Gil. Jahvé, acá, ni pincha ni corta.

Empapados se suben al Torino que, luego de patinar, finalmente se afirma en la arena mojada y parten de regreso.

20 – Diez lechugas

Juan Simeran

. 20 .

Diez lechugas

A las tres de la mañana suena una chicharra en el estudio de Archimbaldo. Éste, que dormía como una piedra, no sabe si sueña o si la chicharra suena en la realidad. Dormido, manotea el despertador. La chicharra sigue sonando. Con un ojo puede ver en la oscuridad los filamentos rojos que indican 03:09. Insulta y sigue acostado. Se pone la almohada sobre la cabeza, pero el sonido le taladra el cerebro. Se incorpora parcialmente y reconoce el sonido del equipo de radioenlace. "¿Quién carajo será a esta hora?". Se levanta y va en pijama al estudio, tropezándose con los muebles. Apenas llevaba durmiendo una hora; todavía flota en el comedor el olor a tabaco de los ceniceros llenos. Las cajas de pizza y los vasos de whisky vacíos se amontonan en desorden junto al tapete de póquer.

Torpemente conecta el equipo de radioenlace, se coloca el auricular y acciona el pulsador. Se ilumina sólo con el velador. Habla con voz tartajosa, no chequea quién es el interlocutor, está *groggy*. Se desploma en el sillón.

—¿Seuedesaber… quiésssel… pe… lotudo… que mssstá… jo… diendo… asssta hora…? Déjenme… ahmm… de joder… q… quiero…dormir. Cahmm… bio… fuera.

—Aquí Almirante Estrella. Repórtese inmediatamente por insubordinación y falta de respeto a un superior en la unidad disciplinaria Pereyra Iraola. Considérese arrestado noventa días en condiciones de incomunicación, artículo trescientos veinticuatro. Caso no presentarse a las diez AM se lo enviará detener. Cambio y fuera.

Un escalofrío recorre la médula espinal de Archimbaldo, lo pone totalmente rígido y hace funcionar hasta su última neurona. Se para como fulminado por un rayo, en posición de firmes, le hace la venia a la nada y grita totalmente desencajado:

—Aquí reportándose capitán Archimbaldo Delacroix Lafinour. Aquí recibo órdenes ordene mi Almirante. Aquí espero se me comunique cualquier acción mi Almirante.Aquí muy respetuosamente me permito pedirle disculpas mi Almirante. Aquí solicito tenga a bien reconsiderar detención mi Almirante. Cambio y fuera mi Almirante.

Archimbaldo se queda rígido. Para colmo los gritos le salieron con una voz finita del terror y debe haber despertado a medio edificio.

Del otro lado del equipo no se oye nada. "Debe estar reconsiderando la detención, o quizá pidió mi foja de servicios y ahí estoy frito", piensa a toda máquina. Entiende la inutilidad de permanecer de pie y se sienta.

Por fin suena el chirrido que precede a la respuesta.

—¡Cómo te cagaste, Pilusito del orto *jrraajajaj* te measte encima *jrrraj* huevón *aaaajraaa* habla Escarlata. Cómo gritaste, se debe haber despertado todo el barrio *jrrrojajjjaaaa! ¡Jrrambio jarrajj!*

Archimbaldo se desinfla. El alivio puede más que la bronca, y como buen fullero sabe reconocer y hasta admirar la habilidad de su contrincante.

—Escarlata y la reputa madre que te parió, casi me infarto. Ya no me voy a poder volver a dormir. Espero que me molestes a esta hora para algo más que hacerme una jodita. Cambio.

—Los tengo, Pilusito. Me acaba de pasar Papadópulos la data posta posta. Pero hay un problemita. Cambio.

—¿Qué pasa? Cambio.

—Que Papadópulos me informa que lo que hay son sólo quince lechugas. Cinco para él por la data, cinco para vos y cinco para mí… con cinco lechuguitas no voy ni a la esquina, Pilusito.

En serio, comprarle a tu novia un perfume. Yo por cinco lechuguitas no muevo un dedo. Cambio.

"Me está apretando", piensa.

—Y bueno, quedate con las diez. Cambio.

—¿Y quién te dijo que por diez lechugas yo sí muevo un dedo? Como siempre, te apurás demasiado. Cambio.

"La cosa se pone fulera, este hijo de puta se quiere aprovechar de la situación", piensa Archimbaldo, y comienza a sentir una vaga inquietud, la remotísima posibilidad de que algo pueda salir mal.

—¿Cuánto me sale el chiste, Zúñiga? Cambio.

—Traé diez lechugas. Son veinte para mí y cinco para el griego. Cambio.

—Mirá, lo tengo que pensar… me agarrás seco seco… mañana te contesto… o pasado… Cambio.

Por el cerebro de Archimbaldo pasan a toda velocidad los saldos aproximados de sus cuentas, las joyas que tiene en la caja fuerte, los amigotes que le deben deudas de juego.

—No hay tiempo, salen a las diez de la noche de hoy. Si traés la guita los detengo. Si no, se van. Tengo que chupar al dueño del barco, arriesgar a Papadópulos, es un quilombo. En el pueblo no me van a querer vender ni cien de mortadela. Por veinte lo hago, por menos no. Decidite qué vas a hacer, afirmativo o negativo, blanco o negro. Cambio.

"¿Y si tiene razón Zúñiga? ¿Y si estoy haciendo semejante quilombo por nada, y si fuera más lógico regalarle a Marita… qué se yo… un auto? ¿No me estará complicando demasiado la vida esta judía?". Mientras piensa, la imagen de Marita estalla en su cabeza… y siente algo raro… un cosquilleo… una sensación…

Siente una erección desusada, insólita.

Está eufórico. "Esto no lo logré ni con los urólogos ni con las brujas. No tengo ya ninguna duda. Marita bien vale esto y mucho más. Por una vez en mi vida voy a invertir dinero en algo que valga la pena. Al diablo las joyas de madre. Al diablo mi madre".

—Hoy tenés la guita, pero no los dejés ir. Por nada del mundo los dejés ir. En cuanto esté lista mi novia salimos para allá.

Cambio.

—Otra cosa: traé verdes. Ni jarrones chinos, ni collares franceses, ni relojes suizos, ni alguna de todas esas porquerías que siempre andás desparramando por ahí ¿entendido? Ver-des. Tampoco patriotas, ni se te ocurra aparecer con esa porquería de papeluchos. Cheques o pagarés, ni lo sueñes. Si te falta un solo dólar, ni vengas. ¿A qué hora te espero? Cambio.

—A las diez abren las joyerías… dejame ir a vender joyas. Ponele que después paso a buscar a Marita… a las cinco o seis estoy allá. Cambio.

—Te espero. No falles. ¡Cómo te cagastes hoy *jajjjj*! Cambio y fuera.

Archimbaldo enciende la luz de su estudio. "Está claro que tengo la noche perdida. Son las cuatro menos cuarto. Tengo que hacer la valija, preparar las joyas, avisarle a Marita. Ella se debe levantar como a las… cinco y media. Falta una hora y media".

En puntas de pie va hasta la habitación de servicio, no escucha ruidos. Apoya una silla contra la puerta. Luego se dirige a la caja fuerte, empotrada

en una pared detrás de un enorme óleo de la batalla de Vuelta de Obligado, en el comedor. Saca cuidadosamente el óleo, uno de los pocos originales que le quedan. Manipula la combinación, la caja se abre con un chasquido seco. Saca las joyas subrepticiamente, en pijama, sin hacer ruido. Cierra y vuelve a poner el cuadro. Siente un chistido y se le eriza el vello de la nuca. Otro chistido, más nítido. Mira alrededor y no ve a nadie.

Hasta que sus ojos se cruzan con los del retrato.

—*¡Ladrónnn!* —sisea, colérica, la voz del almirante desde el retrato—. *¡Ladrónnn!* ¡No grito más para no hacer escándalo con la servidumbre! ¡A su madre! ¡A su propia madre muerta! ¡Vacía! ¡La caja fuerte quedó vacía, infeliz!

Archimbaldo contempla la mirada incriminatoria con indiferencia. Sobre la mesa está seleccionando las últimas joyas que quedan, y realiza complicadas tasaciones mentales, que anota en un papel. Mira el reloj: las cuatro y cuarto. No ve el momento de avisarle a Marita que salen para la costa. Habla en un susurro:

—Cállese, que estoy ocupado. ¿O no aprendió que a un hombre ocupado no se lo molesta? ¿O no le enseñan modales en ese cementerio carísimo que lo mandé? Vuelva a su tumba y déjeme de joder de una buena vez.

—*¡Vacíííía!* ¡Sepa que esa caja fuerte está llena hace tres generaciones! ¡Sepa que usted malvendió el esfuerzo de mi abuelo borgoñés, mi padre alsaciano, el mío propio y el de su madre! *¡Inútiiiiil! ¡Infeliiiiiz!* ¿Por una vez que se le paró piensa que va a tirar por la ventana el poco patrimonio que le queda de la familia? ¿Y por una JUDÍA? Mi padre se tiraba judías como moscas durante la Ocupación, y yo tuve todas las que quise en la guerra contra la subversión. ¿Usted va a poner un solo centavo por un hijo que ni siquiera es de usted? ¿Sabe lo que es usted? Un CORNUUUUU…

Archimbaldo se encierra en su estudio dando un portazo, el corazón le late y su cara se deforma en una mueca horrible, como siempre que discute con su padre.

Enciende un purito holandés sabor moca. Vuelve a contar y recontar.

“Alcanza con lo que hay. Y hasta sobra para comprarle un autito a Marita”.

Decide darse una ducha. El día sería largo y él tiene que poseer el máximo de lucidez.

Apaga el purito apenas empezado y se dirige al baño.

De civil está irreconocible. Para manejar cómodo se había vestido con un jean, mocasines, camisa roja a cuadros y un pulóver escote en “V” de rombos azules. Está impecable: tiene el pelo rígido de gomina y huele a

colonia Atkinson. “Esta ropa es la primera sorpresa que quiero darle a Marita”.

Las cinco y media. El mate de plata ornamentado humea fragrante al lado del teléfono, da una chupada y marca.

—¿Marita? Buen día. Disculpá que te molesto tan temprano… No, no te procupes, está todo bien, pero tengo algo muy importante que decirte… Sí, ya sé que es muy temprano… No, no tomé… oíme… No, tampoco me duele la ciática. Marita, por favor, escuchame. Te ví muy tensa estos días que Jaime se fue a la costa con el padre… muy tensa digo ¿me escuchás? Línea de mierda ¿no querés que te llame al celular? ¿Cómo que ni sabés dónde está? ¿Sabés el privilegio que es tener un celular? No, no te llamo a las cinco y media de la mañana para hablarte de las ventajas de un celular, tenés razón…

Suena la chicharra del radioenlace.

—¿Estás ahí? Te decía, que te vi un poco tensa con el viaje de tu hijo… no creo que sean imaginaciones mías. Marita, te emborrachaste… No, no te lo reprocho, quién alguna vez no… Tampoco de eso es que te quiero hablar, pero no sé cómo empezar. Mirá, creo… es decir sé que tu marido… tenés razón, sé que tu ex marido… Tengo infor…

La chicharra del radio enlace insiste.

—Me suena el radio. Mirá, mejor atiendo y te vuelvo a llamar. No, no vayas hoy a la oficina. Quedate esperando mi llamado… Cómo rompe las bolas la radio… Bueno, esperame, ya te llamo.

Cuelga. Se pone los auriculares.

Nuevamente no chequea la línea. Acciona el pulsador y grita colérico:

—¡Escarlata y la reputísima madre que te remil parió! ¡Ni se te ocurra pedirme ni un centavo más de los diez mil dólares porque te juro que te quemo! ¡Te quemo, hijo de mil putas! ¡Te mato como a un perro! Cambio.

Hay sólo un extraño silencio del otro lado de la línea. Vuelve a accionar el pulsador.

—¿Escuchaste, Escarlata, hijo de puta? Ni medio centavo más. Cambio.

—Acá Almirante Estrella. Cambio.

—Quien sea el pelotudo que me está haciendo esta joda ya me la hicieron hoy, estoy saliendo para la costa y me cago en el Almirante del orto, Zúñiga. Cambio.

—Aquí Almirante Estrella repórtese inmediatamente por insubordinación y falta de respeto a un superior en la unidad disciplinaria Pereyra Iraola.

Considérese arrestado noventa días en condiciones de incomunicación, artículo trescientos veinticuatro. Caso no presentarse a las diez AM se lo enviará detener. Cambio y fuera.

EDITORIAL DE "EL CAUDILLO ON LINE" – 22 de junio de 2012

SEAMOS LIBRES QUE LO DEMÁS NO IMPORTA NADA

Hoy nos dirigimos a nuestros lectores a través de un medio en el que, debemos reconocerlo, no nos sentimos del todo cómodos: el espacio virtual de Internet. En estos treinta años de luchas heroicas, las páginas de EL CAUDILLO han sido fieles compañeras de nuestros lectores, acompañándolos en el colectivo que une Caleta Olivia con Cañadón Seco, en el barcito de la estación de micros de Abra Pampa, en el restaurante del Club Náutico de Chascomús, en el buffet del Club de Bochas de Esquel, en el consultorio del dentista de Godoy Cruz, y por supuesto en cada quiosco de diarios de Buenos Ayres, nuestra querida Capital de la Dignidad Nacional.

Cada pulgar manchado con nuestra tinta luego imprimía una identidad que íbamos forjando con cada vez más orgullo y convicción. Cada asado criollo prendido con nuestras hojas tenía, estamos seguros, el inconfundible gusto de nuestras emociones, nuestro más genuino sabor gaucho y argentino. Cada hoja que envolvía una docena de huevos, era como una madre protegiendo el trabajo digno de nuestro pueblo, sus futuros polluelos, el germen de una vida que está por venir.

Quien note asombrado un dejo melancólico o, por qué no, cierto vuelo poético en estas líneas que acostumbran a ser barricadas, trincheras aguerridas, quizá no ande del todo errado. A quien se asombre de que estas viriles líneas hoy retumben con un retintín casi feminoide, le decimos: ¿A caso ninguno de nuestros lectores, por recio y patriota que sea, jamás ha tenido un momento de debilidad? Un instante en el cual sentimos que nuestra frágil naturaleza humana nos impide ser lo que quisiéramos: hombres de hierro, invencibles, voluntades puras frente a las cuales la materia se rinda espantada.

Pues no, lector, no somos invencibles. No somos de hierro. La materia, normalmente dócil, hoy se nos rebela, nos niega sus frutos, nos mezquina el aire que respiramos.

Ese aire que respiramos, lectores, se llama papel.

Ese papel que, hasta ayer, pudimos conseguir, con grandes esfuerzos y sorteando el CRIMINAL Y ASESINO EMBARGO. Ese papel que permitía que un simple changarín pueda acceder a nuestra información en un alto del duro trabajo. Pues no desconocemos, queridos lectores, que este nuevo medio, Internet, no es el óptimo para facilitar la comunicación cotidiana con nuestro PUEBLO NOBLE. No desconocemos que, desde estas mismas páginas, nos hemos referido (quizá dejándonos llevar por el ardor patriótico) a Internet como el NUEVO OPIO DE LOS PUEBLOS. No desconocemos, finalmente, que el embargo ha impedido que quienes nos han gobernado en estos duros años pudieran difundir el uso de las nuevas tecnologías como, qué duda cabe, fue su más profundo deseo.

Tampoco desconocemos, cibernético lector, que alguien hoy está festejando, en estas horas de congoja. Ese ENEMIGO que tenemos bien identificado, hoy quizá esté brindando en repugnante algarabía, al comprobar que la voz justiciera de EL CAUDILLO está momentáneamente amordazada en parte. Ese ENEMIGO que siempre ha deseado el triunfo del Imperio Agresor, desconociendo que para que eso suceda se ha de derramar la sangre de hasta el último argentino de bien que quede en pie para defender los colores celeste y blanco y nuestra herencia cultural Hispánico-Criolla.

A ese ENEMIGO le decimos: CUIDADITO CON FESTEJAR ANTES DE TIEMPO.

A ese ENEMIGO le advertimos: no tenemos papel pero nos quedan palabras, y cuando las palabras resuenen impotentes nos quedan las armas de nuestra razón, y cuando no alcancen pues pasaremos a la razón de las armas.

A ese ENEMIGO les informamos: los dedos que teclean estas páginas terminan en manos que terminan en puños que terminan en brazos que están firmemente guiados por un CORAZÓN PATRIOTA, que tanto puede apretar una tecla como jalar un percutor.

A ese ENEMIGO le terminamos pidiendo (sí, pidiendo) que no siga probando el límite de nuestra generosidad y paciencia, pues los pueblos parecen dóciles pero finalmente harán TRONAR EL ESCARMIENTO.

Cibernético lector, finalmente USTED es nuestra gran esperanza. Difunda este editorial, coméntelo en su hogar, su oficina, en el puesto de lucha que ha ocupado en estos TREINTA AÑOS.

No dejemos que se derrumbe el edificio gigantesco de nuestro ORGULLO NACIONAL.

Y si semejante cosa sucediera, muramos sepultados bajo los escombros.

Dios, fuente de toda Razón y Justicia, está de nuestro lado.

¡ARGENTINOS A VENCER!

El editor

21 – La cabalgata de las walkyrias

Juan Simeran

. 21 .

La cabalgata de las walkyrias

Marita colgó el teléfono todavía sin entender del todo la extraña conversación con Archimbaldo. Había hablado aún acostada, sin siquiera prender la luz, en su cama, la misma que compartiera durante quince años con Bernardo.

Cuando Archimbaldo la llamó estaba en medio de un sueño particularmente vívido, y ahora cierra los ojos tratando de atrapar las imágenes antes de que se difuminen tras el velo que separa los sueños de la vigilia.

Recuerda Marita:

Que estaban con Bernardo y Jaime en un recreo del Tigre, que habían llegado con una lancha del Interisleñas.

Que era un día soleado, hermoso.

Que Bernardo fumaba en pipa, como cuando era más joven.

Que sacaba cuidadosamente las hebras de tabaco de una bolsita, y las aplastaba en la cazoleta con un pequeño trípode metálico.

Que el dulce olor a tabaco se mezclaba con los olores rancios del río.

Que en el recreo no había nadie más que ellos.

Que Jaime, inmediatamente, se puso a correr tras una pelota de fútbol.

Que ella se sorprendía de la felicidad que le proporcionaba estar con Bernardo.

Que en una mesa de cemento iba ordenando las pocas cosas que habían llevado: el termo, la yerba, el Off, el diario del domingo, un libro de Bernardo: Flavio Josefo.

Que las olitas del agua marrón lamían la arena sin estridencias, que ella deseó caminar descalza junto a Bernardo por entre esas olitas.

Que una mesera se acercaba, solícita, a preguntar si necesitaban algo.

Que la mesera era casi una niña.

Que la mesera llevaba de la brida una yegüita, igual a la del acto de su hijo.

Que la mesera le pregunta con su voz infantil: ¿Cómo, el milico no vino?

Que Bernardo le pregunta: ¿Cómo, el milico no vino?

Que Jaime le pregunta: ¿Cómo, el milico no vino?

En el diario del domingo, lee en la tapa: ¿Cómo, el milico no vino?

Desde un bote a remos, el timonel se dirige a ella con su megáfono: ¿Cómo, el milico no vino?

Marita huye. Se interna en los cañaverales del fondo de la isla. Huye, ante todo, por la vergüenza; no desea que nadie la vea, no desea ver a nadie. Los cañaverales son cerrados, cruza algunas rías sobre unos puentecitos angostos de madera. El terreno es barro puro, se felicita de tener excelentes zapatillas, regalo de Archimbaldo. Esas zapatillas impedirán, también, que la muerdan las víboras. Marita desea quedarse en el cañaveral, no quiere retornar.Agitada, se detiene en un claro que da al río, un claro pequeño, en el cual solamente se ve un muelle de madera, con un banco. Ahoga un grito, en el banco están esperando Jaime y Bernardo la lancha de regreso. Intenta gritar pero no puede, y comienza a hacer señas. No puede abandonar el cañaveral, éste es tan cerrado que las gruesas varas de bambú le impiden el paso.

Sin poder hacer nada, ve cómo se acerca lentamente el Interisleñas. Cuando Bernardo sube a Jaime de las axilas a la puertecita de la lancha, ella siente un sollozo, se abre paso como puede por entre las duras cañas, se abre paso lastimándose y desgarrándose la ropa, se abre paso sintiendo el dolor físico y el llanto incontenible, entonces siente el sonido del motor de la lancha, un zumbido, un sonido chirriante, un ruido como un

RIIIIIIING RIIIIIING RIIIIIING

Manotea el despertador. “Me quedé dormida”. Prende el velador. “¡Las seis y media! Pero entonces… el sonido no era del despertador. Ah sí, el teléfono”. Lentamente, comienza a recordar retazos de su conversación con Archimbaldo.

Se levanta, se dirige al baño, se lava la cara. “¿Puede ser que Archimbaldo

me haya dicho que no vaya a trabajar? ¿Lo soñé?".

Calienta café. Se toma dos aspirinas sorbiendo el agua directamente de la canilla. En el comedor, marca el número de Archimbaldo. La atiende el contestador automático: HAGAN JUEGO SEÑORESSS —ruido de ruleta — DEJAME TU MENSAJE LUEGO DE QUE SALGA EL NÚMEROO ¡CEEEERO! ¡LA BANCA GANA! *Piiiip*.

"Le dije a ese boludo que saque de una vez ese mensaje en el contestador. Es horroroso, un mersada total". No deja ningún mensaje. "Achimbaldo estará yendo rumbo a la oficina, o ya debe estar allí. ¿Me habló de algo relacionado con Bernardo, o eso también lo soñé? Marca el número del ministerio, para que la deriven al interno.

Como siempre, la atiende la música de Wagner, *La cabalgata de las walkyrias*. Como siempre, la más insignificante comunicación con el ministerio implica una enervante pérdida de tiempo, que la grosera pedantería de la música acentúa… "Argentina, Buenos Ayres, el ministerio, no tienen media corchea en común con *La cabalgata de las walkyrias*", piensa Marita, fastidiada.

Luego de esperar a veces unos quince o veinte minutos, ni siquiera podía tener la seguridad de ser bien derivada: era común terminar hablando con Lavandería, Imprenta o Calderas.

Esta vez la atienden en forma inmediata.

—Ministerio de Planificación Escolar Estratégica, soy el alférez Hugo Espinoza, ordene con quién desea comunicarse. Le recuerdo que esta conversación puede estar siendo grabada para la seguridad de la Patria.

—Con el Interno 4521. Cua-tro-cin-co-dos-u-no.

—Lo lamento, señora. Hoy no se pasan llamadas.

—¿Pero usted no me preguntó con quién deseaba comunicarme?

—Es la costumbre, señora. Hoy no se transfieren comunicaciones.

—¿Se puede saber quién dio la orden, alférez?

—Órdenes estrictas del Almirantazgo. ¿En qué otra cosa le puedo ser útil?

—En irte… al carajo. Mandale saludos a las walkyrias. Y grabalo para seguridad de tu abuela.

Corta, sorprendida de su propia audacia. "¿Qué ocurrió que hoy no se pasan llamadas? ¿Se volvieron locos? Acá hay algo raro. Necesito una ducha. Necesito pensar con claridad". No sabe por qué, pero tiene la sensación de estar viviendo momentos definitivos.

Cuando se está bañando vuelve a sonar el teléfono.

No llega a atenderlo, el timbre enmudece cuando ella llega, empapada, mojando el parqué del comedor. “Sé que era Archimbaldo, seguro que tiene algo importante que decirme. ¿Algo relacionado con Jaime, con Bernardo?”.

Se viste. Debe decidir si ir a trabajar, o quedarse a esperar que vuelva a sonar el teléfono.Vuelve a llamar a Archimbaldo.Vuelve a contestar la grabación. Decide salir para la oficina.

Escucha, esperando el ascensor, que vuelve a sonar el teléfono. Corre, manipula nerviosa el manojo de llaves como si nunca hubiera abierto esa puerta, como si no supiera que la llave correcta es la panzona de tres patitas iguales. Se abalanza sobre el teléfono. Atiende y responde una grabación:

—Buenos días. Usted es uno de los afortunados ganadores del sorteo de un Fiat 125 casi nuevo, y un viaje a Tandil con todos los gastos pagos. Acérquese a nuestra concesiona…

Corta con bronca, con demasiada bronca. El teléfono se rompe en sus manos, se desarma. Nada que hacer, Marita mira impávida el pedazo de auricular que cuelga de su mano derecha.

Se corta la luz. Escucha un chispazo en el motor de su heladera, tres segundos antes de sentir el olor a quemado. “Se quemó el motor”, piensa, recordando que la última vez se volvió loca tres meses hasta conseguir alguien que haga el bobinado. Escucha el sonido del ascensor que se detiene, un grito amortiguado: “ensoooor” y, también, ruidos de agua llenando ollas, bidones, piletas, bañeras.

“Tengo que llenar las ollas antes de que se vacíe el tanque del edificio. Y la bañadera. Todos los vecinos están haciendo exactamente lo mismo, tengo que ser más rápida que ellos. ¿Hoy no me entregaban la garrafa de gas? La pedí hace quince días. Sin ascensor, la tengo que subir por la escalera. Sin electricidad no hay timbre, probablemente el reparto se vaya cuando yo no conteste el portero eléctrico. ¿Cuánto gas tengo? Nada, casi nada, no creo que me alcance ni para dos cafés…”.

No tiene fuerzas. No aguanta más. En su mente, suena la melodía de *La cabalgata de las walkyrias*.

Estalla.

—¡Ni un teléfono decente tengo la puta que lo parió al reboludo de Archimbaldo cuántas veces le dije de comprar un aparato como la gente y no esta mierda que compré en el Mundial del ’78! ¡Y un lavarropa, y una heladera, y tres platos iguales, y sillas! ¡Y un edificio donde no se corte la luz! Y dónde está Bernardo que no llama dónde estará… dónde… qué pasa

hoy… qué me pasa hoy… Jaime… Jaime… mi hijo… que se vaya de acá… que lo saque de acá…

En su cabeza se mezclan imágenes del ministerio y de Jaime enarbolando la cabeza de goma. Se le nubla la vista. No puede dejar de escuchar la melodía de Wagner, y se tapa los oídos.

El sollozo le brota incontenible, ese sollozo que jamás se permitió desde que nació Jaime.

Ese sollozo que jamás se permitió ni ante sí misma ni muchísimo menos ante terceros.

Ese sollozo que jamás se permitiría si esos terceros fueran hombres.

Ese sollozo que quizá sea la continuación del que inició cuando la muerte de su madre.

Ese sollozo que, a fines prácticos, le impide escuchar el insistente zumbido de su celular, sepultado en el fondo de una cartera, sepultada en el fondo de un armario, sepultado en el fondo de un departamentito segundo piso al contrafrente, sepultado en el triste barrio de Primera Junta.

“Sepultados en la Patria dignísima y soberana del orto”, piensa, y a duras penas puede reprimir el grito que siente estallar en la boca de su estómago, y que no sabe bien si está gritando o imaginando que grita:

—¡SEPULTADOS EN LA PATRIA SOBERANA DEL ORTOOOOOO!

22 – Noches blancas

Juan Simeran

. 22 .

Noches blancas

Sergio lleva tres días en el mismo pozo de zorro y cuatro horas seguidas bajo fuego nutrido. Está acostado en el fondo, absorto, mirando el espectáculo de los proyectiles trazantes. La munición estalla en la oscuridad del cielo, que se ilumina con una blancura de flash fotográfico. Ese blanco más blanco que el blanco, esa luz que enceguece, esas trazadoras que chorrean humo fosforescente, que vuelan con un zumbido agudo, como abejas enloquecidas.

Un trípode sostiene un rifle que asoma su cañón inútil. Hace ya dos días que no tienen municiones, y esperan inmóviles que los ingleses avancen.

Las órdenes llegadas de BuenosAyres, lo sabe, son terminantes: "Avanzar. Salir de los pozos. Emboscarse y recibir al enemigo a bayonetazo limpio. Ganar en el cuerpo a cuerpo. Desparramarse en las matas. Darle profundidad a la defensa".

"A DEGÜELLO, SOLDADOS".

Se lo dijo Larrañaga. Se lo dijo, no se lo ordenó. Se lo dijo con vergüenza, sin siquiera mirarlo a los ojos. Se lo dijo con estupor, con bronca. Ambos saben que semejante orden es incumplible. Y no hay nada peor que las órdenes que nadie puede cumplir.

En el fondo del pozo se siente menos el frío, y la inmovilidad es la mejor defensa contra el hambre, enemigo mucho más feroz que los ingleses.

Con el Colorado fuman los dos últimos cigarrillos que les quedan. Silenciosos y pensativos. Hablar es un derroche de energía, es mover las mandíbulas agarrotadas, es inhalar los vapores fétidos que salen de sus propios cuerpos.

Hablar es esforzar el estómago vacío. Hablar es pensar.

Cada tanto sienten caer los misiles disparados por la artillería naval inglesa. Todo tiembla, la tierra se mueve como un flan, el pozo de zorro parece

desmoronarse. La explosión no se escucha con los oídos: se escucha con las uñas, con las encías, con el estómago, con los testículos. Ninguna parte del cuerpo deja de temblar con las explosiones. Uno desearía haber nacido sin tímpanos.

No siente miedo. Luego de tres días bajo fuego, el miedo es una sensación olvidada. Tampoco siente valentía. Sus sentidos están embotados por el hambre, el frío y los bombazos.

Sí siente fastidio: está fumando su último cigarrillo. No le importa el hedor, no le importa la metralla que revienta las chapas a cinco metros de su puesto.

No le importa que el bombardeo naval llegue cada vez más cerca, sí le importa haberse quedado sin cigarrillos…

El deseo es la última frontera frente a la animalidad absoluta.

Él, para seguir siendo humano, necesita fumar. También desea, más que nada en el mundo, poseer un paquete entero de cigarrillos en el bolsillo. Con eso se sentiría el hombre más afortunado de la Tierra. Sentiría que su posición en la vida es sólida.

Mira asqueado su pozo de zorro. "Mi posición en la vida. Una rata, escondida en un pozo. Pozo-de-zorro, Pozo-de-forro. Una rata sin cigarrillos".

—Colo.

—¿Qué?

—Me voy a buscar cigarrillos a la base.

Un estruendo a no más de veinte metros hace temblar el pozo.

El barro helado les cae sobre las cabezas.

—¿Qué decías?

—Que me voy a buscar cigarrillos a la base.

—¿Vos estás loco?

Las trazadoras comienzan a iluminar un extraño espectáculo: una especie de amebas van bajando lentamente del cielo, enormes amebas blancas con dos patitas abajo.

—Mirá las amebas, Colo.

—Qué amebas ni amebas: son paracaidistas. No tengo ni piedras para tirarles. Ni saliva para escupirles. Tengo la boca seca.

—Tengo una idea.

—…

—Voy a pedirles cigarrillos a los ingleses. Deben estar ya más cerca que la base. ¿Qué cigarrillos fumarán los ingleses?

—No seas boludo, ruso, te van a agujerear como a un colador. Ni se te ocurra salir del pozo. Esto se termina, ruso.

—Sí, se termina. Me voy a pedirles cigarrillos a los ingleses. Aguantame acá, ya vuelvo.

—¿Ruso, sos pelotudo? ¿No entendés dónde estás parado?

Aguantá, si llegamos hasta acá aguantá un poquito más. Unas horas más, Sergio. Aguantá carajo.

Sergio se incorpora. Le da una larga, última chupada a su cigarrillo.

—¡Agachate, pelotudo, están tirando!

El Colo lo tacklea, lo derrumba y lo noquea de un golpe preciso en la mandíbula, con la culata del rifle.

Siente, primero, el frío de la nieve contra su espalda. Abre los ojos, un dolor fiero le parte la mandíbula. Acerca la punta de los dedos a la boca, y los retira con sangre. No sabe por qué se tiró a descansar, ni por qué sangra su boca. Se sienta, se tantea los bolsillos. Nada, ni un cigarrillo. Le duele la espalda helada.

—Colo.

Nadie contesta. El tableteo de la metralla se mezcla con el ulular ronco del viento. Los copos de nieve bailan enloquecidos.

—Colo, ¿tenés cigarrillos?

“Está durmiendo, no sé cómo no se despierta con el quilombo que hay”. El Colo está en un rincón del pozo, hecho un ovillo.

Sergio se acerca.

—Colo.

Lo toma de un hombro, lo sacude.

Lentamente, el Colo va cayendo hacia el costado.

Sergio lo sacude.

Retira su mano, llena de sangre.

Acomoda al Colo, lo recuesta en el pozo.

Saca su jai, lo introduce por debajo de la camiseta del Colo, siente su carne, ya fría. Helada.

Sale del pozo al cual no quiere volver más.

El fragor es infernal, pero hace rato que sus tímpanos ya no registran nada. No lo sabe, pero se ha quedado sordo.

No escucha el idioma extraño, los gritos, las órdenes.

—¡*TAKE COVER, YOU, BLOODY IDIOT! ¿ARE YOU NUTS? ¡TAKE COVER, MAN!*

Se alegra, por fin ve las sombras y sabe que tiene a quién pedirle cigarrillos y avisar que hay un cadáver insepulto, el de su amigo el Colo.

La primera sombra que se acerca es la de su vecina Tropeano, su bonita vecina bailarina de la casa de su infancia, su primer amor. Lo abraza amorosamente. Sergio se deja llevar por ella. A ella sí la escucha.

Lo que le dice es un misterio que nos está vedado desde que el mundo es mundo.

23 – Nieve en Disney

Juan Simeran

. 23 .

Nieve en Disney

“Tengo una gripe de padre y señor mío”, piensa Bernardo ni bien abre los ojos. Aún está en la cama a pesar de ser ya mediodía. Llegaron empapados como a las tres de la mañana, deseosos del calor de la salamandra, la presencia de Claudia y el acompañamiento suave de los ronquidos de los chicos. Llegaron sin demasiadas ganas de contar, o contando lo único que importaba en ese momento: “Está todo arreglado, la salida es mañana”.

En la habitación las camas cuchetas donde duermen los chicos están vacías. Bernardo está solo, en ingrata compañía de su fiebre. La lluvia trepida con ritmo monótono, se ve a través de la ventana el cielo totalmente plomizo.

“Mis últimas horas en la Argentina”, piensa Bernardo, regodeándose. Mira fijo esa ventana, el techo de machimbre de pino, el armario antiguo, las manchas de humedad. Adivina el frío fuera de las cobijas. Piensa en la probable temperatura del mar por la noche. “No recuerdo haber leído la frase ‘me cago de frío’ en ningún libro de aventuras náuticas, por lo tanto es posible deducir que el frío es una situación inexistente en medio del océano”, razona con lucidez. Pero recuerda lo de Borges, el Corán y los camellos, y llega a la conclusión contraria: el frío sería la condición natural de las situaciones náuticas, y es por eso que ni se lo nombra.

Se incorpora, se le ocurrió una idea extraordinaria. “Tengo todo el día para decidir cuál frase le dedicaré al país al despedirme, al ver alejarse la costa en la rada del barco, como Gardel en el tango *Volver* pero poniendo rewind. A los milicos no, la puteada kilométrica sería demasiado obvia y me llevaría todo el viaje”.Desea una frase a la altura de su intelecto, de sus profundas lecturas. “¿A Hernán Sosa, a las Islas-de-Mierda? Tampoco… Algo clásico, algo como ‘¿Tú también, Brutus?’, o ‘Padre, por qué me has abandonado’, o…”. Calzado en alpargatas, envuelto en una frazada celeste que le tapa parte de la cabeza y deja al descubierto sus pantorrillas peludas,

sudando profusamente, entra en el comedor, estira un brazo y con voz de congestión nasal exclama:

—¿TÚ TAMBIÉN, BRUTUS?

A Claudia se le cae un vaso que se estrella en el piso. Javier lo mira alarmado. Los chicos suspenden el tenedor repleto de fetuccini en el aire.

—¿Papá? —balbucea Jaime.

Claudia se levanta, se acerca, lo arropa.

—Está volando de fiebre —dice alarmada.

Lo abraza, lo acompaña a la habitación, lo acuesta. Javier entra cuando Bernardo se rinde a los dulces cuidados de la mujer.

—¿Tú también, Brutus? —pregunta con sorna.

—*Shhh*. Está con una fiebre altísima.

—En alta mar se le va a pasar, nada más saludable que el aire salobre. ¿Alguna vez viste un delfín tomando genioles?

—¿Vos estás loco? ¿Pensás que así se puede embarcar?

—Para hacer un crucero por el Caribe, no. Para rajar del país, sí. Mirá, mejor los dejo solos y me voy a buscar alguna farmacia abierta. Necesitamos conseguir antivomitivos y, por lo que veo, unos dos kilos de aspirinas.

—¿Un médico habrá?

—Por supuesto. Podríamos pedirle que nos extienda un certificado por si la marina intercepta el pesquero. Reposo absoluto, no torturar en las próximas cuarenta y ocho horas.

En el tono de Javier, ella nota una furia contenida.

—*Mmm*… ¿estás celoso?

—No, no es eso. Me parece que mi amigo se agarró *julepitis*. En fin, los dejo jugando al doctor. Me voy a buscar algún descongestivo para elefantes. Y de paso sigo buscando un cospel, un puto y miserable cospel, que es lo que necesito ahora más que nada.

—Cuidate, mi amor.

—Chau enfermerita. Quién lo ha visto y quién lo ve a Berni. Otra vez se queda con la más linda.

—¿Qué decís?

—Nada. Berni, debajo de las frazadas y la fiebre, me entiende. Preguntale.

—¿Vos lo entendés? —concede preguntar Claudia, un poco malhumorada.

Ya manejando el Torino por la costanera Javier se arrepiente de lo que dijo. Está con un humor de mil demonios, entre la imposibilidad de comunicarse con su hijo y la certeza de que en dos días no verá más a Claudia. Y, por qué no, también la pérdida de Bernardo, a quien también extrañará. El mar, a su izquierda, se ve espumoso y embravecido. "Quizá tiene razón Claudia, quizá es una locura que Bernardo embarque en un día así".

Llueve con rabia, el limpiaparabrisas no anda, la calle está desierta. Las Toninas es un pueblo fantasma, no hay un solo vehículo circulando ni estacionado. Un cartel deslucido, oxidado, anuncia "Farmacia Homs". Estaciona el Torino en la puerta y baja.

En el interior del local oscuro conviven una balanza de pie,un teléfono público naranja y un mostrador de fórmica tras el cual se ven los estantes semivacíos. Una rata gris se asusta de su presencia y huye pegada a la pared.

Nadie atiende, debe aplaudir enérgicamente para que un anciano pequeño, moreno, enjuto, aparezca de una abertura tapada por flecos de plástico. El anciano le pregunta:

—¿Ustedes también están sin luz?

—Sí, no hay luz desde la mañana. ¿Cospeles tiene, por favor?

—¿Cospeles? Desde el verano que no hay un solo cospel.

Javier mira con impotencia el teléfono público naranja, avaramente lleno de cospeles en su interior.

—¿Con quién se tiene que comunicar, joven?

—Con la base militar donde está mi hijo. Quiero saber cómo está, si recibió mi giro, si come, si…

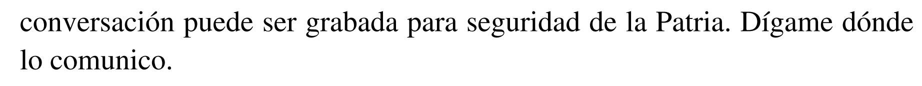
—¿Quiere probar con mi teléfono de línea? A veces anda. Hace rato que no pruebo, pero ¿qué pierde con probar usted?

Javier siente deseos de abrazarlo.

—Mire, no sabría cómo agradecerle, estoy desesperado.

—No tiene nada que agradecerme. Venga, entre a mi casa. Pase por detrás del mostrador.

—Operadora, buen día, mi nombre es Nancy Herrera. Le recuerdo que esta


conversación puede ser grabada para seguridad de la Patria. Dígame dónde lo comunico.

—Uspallata, Mendoza. Base Militar Infantería de Montaña.

—Lo siento. Hoy no se transfieren comunicaciones a organismos públicos. Lo tenemos totalmente prohibido.

—¿Vos no serás pariente de los Herrera de Entre Ríos? —inventa Javier, desesperado.

—No, nosotros somos los Herrera de Corrientes.

—¡Corrientes, eso! Siempre me confundo. Es que el Litoral es tan parecido… Y es tan hermoso, siempre envidié a los que tienen la suerte de ser del Litoral. Es como que, por más que ya no vivan allá, tienen otra sabiduría, otra relación con la tierra…

Con el rabillo del ojo intenta descubrir algún dejo de impaciencia en el farmacéutico, pero éste lo mira divertido, cómplice.

—Yo nací y me crié en Chajarí —contesta la operadora.

—¡Chajarí! ¡Hermosa ciudad! Estuve hace diez años y ¿sabés lo que me acuerdo? Las tortas fritas que vendían en la panadería, esa que estaba en el bulevar…

—San Martín.

—¡Eso, San Martín! Eran unas tortas fritas enormes, y riquísimas. Desayunábamos con eso y ni teníamos que almorzar. Oíme, Nancy, preciosa, ¿tenés hermanos todavía allá?

—Sí, dos.

—¿Y hablás mucho con tus hermanos?

—Todos los días.

—Nancy, mirá, hace como diez días que no sé nada de mi hijo. Nada, pero nada. Es ese mismo hijo que llevé de paseo a Chajarí, y que aplaudía cuando paseábamos en sulky por las callecitas del pueblo, y que corría a los chajás. Sólo me conformaría con saber que está bien, nada más. En un minuto, me dicen que está bien, y con eso me conformo.

—Ustedes, los porteños…

—Nancy preciosa, olvidate que soy porteño. Soy un papi como el tuyo, que haría lo mismo para hablar con tus hermanos.

—Mire, realmente hoy nos prohibieron que establezcamos comunicaciones con organismos públicos.

—¿Pero qué es lo que pasa hoy?

—¡Qué se yo!, seguro algo de la guerra. Algún sabotaje de los perros ingleses, me imagino. Si tuviera uno enfrente, ése me oiría.

—¿Entonces no hay nada que puedas hacer, chajareñita?

—¿Cómo fue que me dijo?

—Chajareñita.

—Nunca me llamaron así. Me encantó. Le voy a decir que me llame así a mi novio… Déjeme ver qué puedo hacer. Al fin y al cabo, usted sólo quiere saber algo de su hijo. Eso no parece ningún delito ¿no?

Luego de unos interminables segundos:

—Base Militar de Uspallata, Infantería de Montaña, Capitán Guajardo al habla.

—Mi capitán, tengo un hijo destinado allí, se llama…

—No se gaste, ciudadano. Se llame como se llame, acá no hay un solo conscripto.

—¿Cómo que no hay un solo conscripto?

—Mire, ciudadano, acá estamos yo, dos perros y la hermana del sargento. Que, entre nosotros, es un bagayo, pero acá en la soledad de las montañas… entre una oveja y ella, no hay mucho para elegir…

—¿Y mi hijo? Es decir, ¿Usted podría informarme dónde han destinado al Batallón 16 de Infantería de Montaña?

—Con todo gusto, ciudadano. El Batallón 16 viajó a Disney con todos los gastos pagos. En avión, todo de primera. En este momento se deben estar sacando fotos con el ratón Mickey y comiendo pochoclo.

Javier mastica y traga trabajosamente una puteada, pero comprende que preguntó una idiotez. Afina la puntería:

—¿En avión? ¿Y hará frío en Disney? ¿Hay nieve?

—Ahí me gusta más la pregunta, ciudadano. Una nieve bárbara, toneladas de nieve. ¿Conforme, papi?

Javier entiende que debe agradecer al capitán. Vaya a saber qué estará arriesgando diciéndole lo que le dice.

—¿Cómo era tu nombre?

—Guajardo.

—Gracias, Guajardo.

—¿Te digo lo que te dije y encima me das las gracias? Flaco, te hubiera entendido más si me puteabas.

—¿Y por qué te iba a putear?

—Tenés razón. Soy todavía más infeliz que vos. ¿Vos cómo te llamás?

—Jaime. Jaime Aronson.

—Suerte Aronson.

—Chau, Guajardo. Quién te dice, a lo mejor algún día nos conocemos y nos tomamos un café. Te debo una.

—Oíme, Aronson. Oíme bien. Esto se cae. ¿Sabés por qué me quedé varado en esta base?

—¿Cómo querés que lo sepa?

—No tengo nafta. Ni comida. De tres perros ya nos comimos uno, el Buby. Estamos sin luz y sin agua. Vamos a abandonar la base a pie si no parece un puto vehículo por ese camino…

La línea se corta repentinamente, Javier se queda con el auricular en la mano. El farmacéutico lo mira admirado:

—*Iaalah*, de tener medio vendedor como usted me abría una cadena de farmacias… ¿Malas noticias? ¿Un té de menta?

24 – La batalla de los cospeles

Juan Simeran

. 24 .

La batalla de los cospeles

El muelle está desierto, sólo un hombre bajo un nailon soporta estoico la tormenta. Las olas rompen contra los pilotes de madera creando espumarajos grises que barren el piso de hormigón.

Gaviotas pelean por vísceras de pescado con ratas enormes. Una de ellas, de lomo erizado, tiene el tamaño de un perro pequeño y ninguna gaviota se acerca a su territorio.

Javier mira fascinado las batallas de las gaviotas y las ratas. No desea estar en ningún otro lugar, salvo en ese limbo. Él sabe que es ridículo, pero en la punta del muelle se siente más cerca de Sergio. Si tuviera la más ínfima posibilidad de llegar hasta él, no dudaría un segundo en arrojarse a las aguas e irse nadando.

Si vuelve sobre sus pasos, lo sabe, ya nada será igual. No está seguro de poder convivir con la incertidumbre, ni siquiera una, dos horas… porque después sobreviene lo peor, y él lo sabe. Y lo peor es el acostumbramiento: "Algún pequeño disfrute, mientras que mi hijo quizá esté soportando hambre y frío… en el mejor de los casos".

Su boca mastica lentamente una sola palabra… asesinos… asesinos… La vista se le nubla.

Es asaltado por un recuerdo que tiene una nitidez demencial: una tarde de invierno, Sergio aprendiendo a andar en bicicleta, en el parque Centenario. Recuerda hasta qué vestía su hijo ese día: un pulóver a rayas celestes y amarillas, un pantalón de gimnasia negro, zapatillas verdes. Recuerda que, juntos, tiraron las rueditas de la bicicleta en el cesto de basura: a partir de ese momento Sergio ya no las usaría más. Ese día aprendería que sin golpes no hay orgullo, que ningún mérito se gana sin dolor. Sergio, que se desgarró una rodillera, y pálido y todo siguió intentando estabilizar la bici con la boca apretada.

Abre los ojos, ya casi ni recuerda dónde está. El mar lo rodea hasta donde abarcan sus ojos.

"Al mar no le importa nada. Seguirá con o sin mi hijo, igual a sí mismo, indiferente e infinito". Recuerda una tarde de mar con Gabriela embarazada. Espléndida, joven, el vientre enorme.

"¿Para eso crié un hijo? ¿Para que estos hijos de puta lo…".

Alguien le tira de la punta de la manga.

Vuelve a hacer foco trabajosamente en lo que lo rodea.

Es el farmacéutico.

—Mire, disculpe, pero le rogaría que me acompañe a la farmacia. Hay algo que quiero que escuche conmigo. Es importante.

Extiende su mano, ceremonioso:

—Hamid Habib, mucho gusto, joven…

Javier lo mira desencajado. Finalmente, se deja llevar casi a la rastra hasta la farmacia.

Nada le importa.

En el laboratorio en penumbras hay una radio antigua. Entre frascos etiquetados, la mayoría vacíos, balanzas y morteros, hay un cacharrito metálico de mate humeante que el farmacéutico le convida. Los dos se van secando al calor de una estufa a querosén, que impregna el ambiente de olor a combustible. En las paredes cuelgan ojos de vidrio color turquesa colgados de cintas rojas y manecitas contra el mal de ojo. Sobre la estufa hay una cafetera de bronce con manija.

—Mire, joven, hoy estuvimos todo el día sin electricidad. Pero esta radio es a pilas, y tiene muy buena señal. Todos los días, desde hace veintitrés años, desde que se llevaron a mi esposa, escucho aquí las radios uruguayas, mientra preparo las recetas magistrales. Es una manera de sentirme más libre. Imagino que estoy en una farmacia en Uruguay y que mi esposa está viva. Haga el favor, joven, de escuchar la radio hoy conmigo. Puede interesarle.

El farmacéutico acciona una perilla, hasta llegar a una voz que grita, frenética:

—Cayooooó cayooooó cayooó Puerto Stanleyyyyy cayoooó.

INNN-MI-NENNN-TE rendiciónnnnn argennntiiiina. Repetimos el cable recién llegado. Cayoooó cayooó cayoooó Puerto Stanleyyyy INNN-MI-NENNN-TE comunicado de la Embajada Inglesa en Montevideo. MUL-TI-TU-DES sobre la 18 de Julio aguardan la palabra de la embajadora

inglesa…

El farmacéutico apaga la radio.

—¿Será verdad, joven? ¿Se terminó, nomás, esto?

—¿Usted qué espera que le diga? —contesta Javier con indiferencia.

—Lo que hacer —afirma el farmacéutico sin dudar—. Acá hace falta alguien que diga lo que hacer. Yo conozco a todo el pueblo, pero permítame decirle, joven: nadie tiene ni la mitad de los… huevos que aparenta tener usted.

—Mi hijo está en las Islas. Me siento sin fuerzas ni para bañarme —titubea Javier después de un silencio espeso.

—Me di cuenta que su hijo está en las Islas.

—¿Cómo supo que yo estaba en el muelle?

—Porque yo hubiera hecho lo mismo. Cuando se llevaron a mi mujer, yo iba allí todos los días.

—Si usted no me hubiera ido a buscar…

—Ni lo diga. Sé lo que se siente. Pero si estos hijos de puta le sacaron un hijo, perdóneme la crudeza, ¿no le parece que ya es hora que nosotros le saquemos algo a ellos?

—¿Algo como qué?

Una pequeña luz vuelve a calentar el pecho de Javier, una luz de vida.

—Qué se yo. Mire, acá son muchos los que escuchan radios uruguayas. Pero en el resto del país esa posibilidad no existe. ¿Nos vamos a quedar acá, incomunicados, sin hacer nada, cuando los milicos quizá estén rajando? ¿Como opas, perdone la expresión? ¿Después, cómo vamos a explicar que nos quedamos quietos cuando ni siquiera nos vigilaban?

Javier mira, ya casi con admiración, al enjuto anciano. Por primera vez nota el reflejo enfebrecido que hay en su mirada, la dureza insólita.

—Este quizá sea el día que soñé toda mi vida, joven.

—¿Usted qué sugiere?

La mirada del farmacéutico se ilumina aún más.

—¿Se acuerda dónde están los cospeles? Hay cientos en las panzas de los teléfonos. Hay que llamar a todo el país, a primos, amigos, a cualquiera que atienda el teléfono. Hay que hacer correr la noticia, joven, con lo que tenemos. Cospeles.

Abre un cajón y saca dos martillos.

—No necesitamos más que esto. Discúlpeme la franqueza, pero si sale mal usted se va y nadie lo conoce. Es muchísimo más difícil hacerlo con la gente del pueblo.

Javier comprende que el farmacéutico es inteligentísimo y, además, que tiene razón. Toma un martillo. Lo sopesa, lo mueve.

Se siente mejor. “Por Sergio”.

—Vamos —dice—. Por esos putos cospeles.

—Yo sabía, ni bien lo vi, que usted era la persona indicada. *Ish allah*.

—¿Por dónde empezamos?

—¿Le parece la estación de micros, joven?

—Sea. Ah, pero necesito genioles para mi amigo, y antivomitivo.

—Acá tiene. Vamos.

Bajo la lluvia, se introducen en el Torino y parten rumbo a la estación de micros.

25 – Un té de jengibre

Juan Simeran

. 25 .

Un té de jengibre

Bernardo está durmiendo, suda profusamente y cada tanto deja escapar entre sueños palabras que Claudia, sentada junto a él, no entiende: bauprés, berlinga, sotavento. Otra palabra que Bernardo nombra con asiduidad sí la entiende y es un nombre de mujer: Marita.

Claudia está preocupada, hace ya cuatro horas que Javier se fue a buscar una farmacia. Escucha el barullo de los chicos jugando al *Ludo-matic* en el comedor, mientras pone la palma de su mano sobre la frente del enfermo. Son casi las cinco de la tarde y la lluvia se estabilizó en una llovizna molesta. “En apenas cinco horas Bernardo embarcará y en apenas dos días Javier me llevará a Ezeiza. A Pocho, parece, se lo tragó la tierra”, piensa, esperando.

Un ruido extraño la saca de su ensimismamiento.

Un ruido que ella, habitante de Barrio Norte, no reconoce: alguien aplaude en la entrada. Siente un eco amortiguado:

—Holaaaa…

Se dirige hacia la puerta. “¿Tendrá algo que ver con la tardanza de Javier? ¿Con Iribarne? ¿Vendrán a buscar al hijo de Bernardo?

¿Los diamantes?”, piensa. Camina en puntas de pie y mira a través de la mirilla. Lo que ve la descoloca: una joven morena, bonita, pelo ensortijado, de jeans, zapatillas y pulóver peruano aplaude apenas entrando en la tranquerita, bajo un paraguas rojo.

Claudia entorna la puerta, habla desde adentro:

—Sí, decime ¿Qué necesitás?

—Soy Lucía. Vivo a dos cuadras de acá. ¿Ustedes tienen luz? ¿Les quedan velas?

—No. Pasá Lucía, soy Claudia.

Con paso cimbreante, Lucía entra en la casa.

—Vi que están acá hace unos días. ¿Ustedes tienen luz?

Claudia mira su insólita estampa: es una mulata preciosa. “En este bosque abandonado a la buena de Dios su juventud y belleza destacan como el aterrizaje de un ovni”, piensa Claudia.

—No, no tenemos luz. ¿Vos vivís acá?

—Sí, hace un año —Lucía observa la casa—. Qué suerte que tenés una buena salamandra. Acá, en invierno, no hay chico que no se engripe.

—Chico no, pero tengo un grande que se engripó de lo lindo.

—¿Y qué le diste?

—Mi… novio —Claudia se sonroja, es la primera vez que llama así a Javier— fue a buscar genioles.

—¿Genioles? Uhhh sonó, la única farmacia abierta es la del viejito Habib. Pobrecito Habib, quedó un poquito piruchi por no sé qué lío tuvo la esposa. Si tu novio fue allá Habib le debe estar dale y dale a la lengua. Anda siempre armando conspiraciones, yo lo escucho por lástima, en el pueblo medio que lo toman por loco.

Esta información tranquiliza, en parte, a Claudia. Lucía, locuaz, sigue hablando:

—Mirá, como acá nos engripamos cada dos por tres tengo en mi casa los ingredientes para curarle la gripe a un muerto. ¿Querés que los vaya a buscar? Tengo raíz de jengibre, limón y naranja. Con un limón, una naranja y raíz de jengibre rallados, te preparo un té que después si querés te metés al mar de noche.

“Te metés al mar de noche, esta chica dio exactamente en el blanco”, piensa Claudia.

—Mirá, hacé de cuenta que mi amigo se tiene que meter al mar de noche. Y traé nomás tus ingredientes, vamos a hacerle el mejor té del mundo. ¿Tiempo tenés?

Lucía se ríe, su dentadura refulge:

—¿Tiempo? Tiempo, acá, es lo único que sobra. Somos millonarios de tiempo. Superavitarios netos. Ahora vuelvo.

Ahora que intuye que Lucía es bastante culta, Claudia ya no tiene dudas: Lucía llegó allí en un ovni.

Bernardo está empapado, los demonios de las pesadillas atenazaron su espíritu y no lo abandonaron en toda la tarde. Soñó con el capitán Ahab clavando una moneda de oro en el mástil de botavento, soñó con las montañas de colmillos de marfil en la avanzada fluvial del coronel Kurtz, soñó con el negro aterrorizado que se señalaba los dientes negros y repetía "*tekeli-li tekeli-li*" navegando hacia la Antártida.

No está seguro de si sigue soñando o si está despierto. "Por lo menos esto, de pesadilla, no tiene nada: dos mujeres bastante bonitas están sentadas sobre la cama, en actitud solícita".

Claudia tiene una taza humeante. Bernardo se termina de despertar y se sobresalta.

—¡Cómo dormí! ¿Qué hora es?

—Las seis y media.

—¡Las seis y media! —Bernardo se incorpora—. ¡Las seis y media!

La jaqueca lo vuelve a voltear, como un *uppercut* de un boxeador que lo deja *groggy*. Atina a preguntar:

—¿Y Javier?

—Todavía no volvió. Bernardo, acá nuestra vecina, Lucía, te preparó un té muy especial. Queremos que te lo tomes todo, así a la noche te metés al mar, según nos prometió nuestra amiga.

—Es picante, cuidado. Tomate toda la ralladura de cáscara de limón y naranja y comete los pedacitos de jengibre —explica con dulzura Lucía.

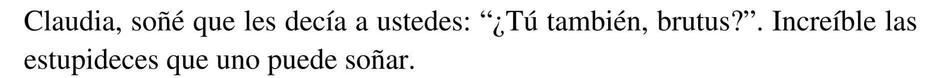
Bernardo abre un ojo, y por primera vez se detiene a admirar la figura de Lucía. Siente cómo las manos de Claudia le acomodan la cabeza sobre la almohada, y hace un esfuerzo para incorporarse. Toma el té mirando la sonrisa de la morena. Un pudor impreciso, un instinto masculino, le hace abominar la posición de debilidad en la que se encuentra ante la desconocida.

—Sí, es picante. Muy rico, muy rico… ¿Lucía te llamabas? ¿Y además de salvar moribundos, qué andás haciendo por acá?

Bernardo siente que las fuerzas vuelven a correr por sus venas, no sabe si por acción del té o por la estimulante visión de la joven.

—Me conformo con salvar moribundos. No es poco ¿no?

—No es poco —Bernardo termina el té—. Increíble, me siento mejor.


Claudia, soñé que les decía a ustedes: “¿Tú también, brutus?”. Increíble las estupideces que uno puede soñar.

—No era un sueño —replica Claudia, tentada—. Lo hiciste, nomás.

—¿Lo hice de verdad? ¿les dije eso? —empalidece Bernardo.

—N ote preocupes, Bernardo: *Facilis descensus Averni* —intercede Lucía.

Bernardo y Claudia se quedan pasmados.

—Disculpame Lucía, pero el único que hace citas ininteligibles soy yo. Eso que citaste, ¿puede que sea… Virgilio?

—¡Correcto! Bueno chicos, me tengo que ir. Mañana vengo a ver si se pudieron meter al mar. Chau, Bernardo, mañana nos intercambiamos citas ininteligibles. Chau, Claudia, si necesitás algo… Corro a buscar velas.

Lucía desaparece como una exhalación, como si nunca hubiera sido real.

—¿De dónde la sacaste? —Bernardo, aún paladeando el sabor del té y la imagen de Lucía.

—Es una vecina que prepara té mágico y cita a Virgilio en latín. Y que mañana va a estar, para vos, del otro lado del río ¿no? Me parece que te sentís mejor. Son casi las siete. En tres horas…

—Sí, en tres horas embarco. Y me siento mejor. Ese té es una maravilla, increíble, la poción mágica de los galos. Y yo soy Obelix. ¿Dónde diablos se metió Asterix? ¡Por Tutatis! Hablando de Roma…

Javier entra como una tromba a la casa. Está mojado, sucio, despeinado. La mirada desencajada.

—No lo van a poder creer. No lo van a poder creer. Vengan, ya. Traigan a los chicos, quiero que vean esto. Gordo, levantate, dejate de joder, no sabés lo que te estás perdiendo. Vamos todos al Torino, vamos ya.

Sin dar explicaciones mete a todos en el auto. Murmura una letanía, como hablando consigo mismo:

—Yo sabía, yo sabía, yo sabía…

26 – Peatonal 1 y Avenida 26

Juan Simeran

. 26 .

Peatonal 1 y Avenida 26

La oscuridad es absoluta, la tarde se transformó en noche sin el consuelo de la iluminación eléctrica. A medida que se acercan a las calles céntricas de Las Toninas ven un espectáculo extraño: los vecinos caminan hacia el centro iluminándose con quinqués y linternas. En las esquinas se improvisan fogatas con cajones, muebles viejos, piñas, troncos. El resplandor del fuego la da a la gente un aire a criaturas de una fragua infernal.

Claudia y Bernardo están boquiabiertos.

“Lo que menos esperaba era estar en una… ¿manifestación? ¿esa palabra que no escucho hace treinta años?”, piensa Bernardo.

—¿El té que me dio Lucía era alucinógeno o lo que estoy viendo es de verdad? —pregunta, ya olvidado de su fiebre.

—Yo no lo probé y sin embargo creo que estoy viendo lo mismo que vos —contesta Claudia, atónita.

—Ma, ¿los señores que queman cosas son malos? Tengo miedo —pregunta Maxi.

—No en este caso, hijo. Queman cosas para tener luz. Siempre después de la oscuridad viene la luz.

—*Omein*. ¿Cómo era eso de “bienaventurados los que creen”? —pregunta Javier con sorna.

Claudia le tapa la boca con un sonoro beso que casi lo hace chocar contra un árbol. Abre la ventanilla y grita eufórica:

—¡Bienaventurados los que creen!

—Pa, ¿qué te pasó hoy que saliste envuelto en una sábana? —pregunta Jaime.

—Cosas que pasan, hijo. Le puede pasar a cualquiera, salir envuelto en una

sábana a citar a Julio César es una situación normal. ¿Por qué no bajamos y nos acercamos a alguna fogata?

—Vamos al centro. Vas a conocer a mi amigo Habib —cortante, Javier.

“Este saca amigos como conejos de una galera. Igualito que en el secundario”, piensa Bernardo.

—¿Qué es eso de tu amigo Habib?

—El que empezó esto. Rompiendo los teléfonos públicos para sacar los cospeles. El farmacéutico. Ah, ahí tenés los antivomitivos, en la guantera; pero no creo que los necesites. Llegamos, bajemos que es por acá.

En la intersección de la peatonal Chacho Peñaloza y la avenida Mártires del Crucero General Belgrano, está el farmacéutico subido a una larga escalera.

Los vecinos se juntan a la lumbre de una fogata inmensa. El clima es circunspecto. Todos escuchan a Habib en silencio. Está junto al cartel de las intersecciones de las dos calles.

—Parece más un entierro que una manifestación —se sorprende hablando a nadie Bernardo.

—¿Y qué esperaba, un carnaval carioca? —le contesta un desconocido.

Cesó la llovizna pero todo está empapado, el asfalto refulge como cristal. El viento marino sopla sobre la llama de la fogata.

La gente está mojada, cansada, se miran los unos a los otros en forma furtiva, como si temieran aún la posibilidad de la delación, como si al otro día fueran a despertar de la borrachera y todo volviera a ser como antes, y un entusiasmo excesivo pudiera tener un precio, también, excesivo.

Habib tiene un martillo en la mano y dos carteles en la base de la escalera que rezan: “Avenida 26″ y “Peatonal 1″, los nombres de antes de la guerra. Esos nombres que vuelven a ver la luz luego de treinta años. Nadie se ríe de Habib. Nadie lo aplaude. Todos escuchan en silencio, y se calientan al calor de las fogatas.

Cuando Habib arranca las señalizaciones a martillazos, recién se empiezan a escuchar algunos gritos de aliento. Pero una frase de Habib hace enrojecer a los hombres, que reaccionan y comienzan a levantar los puños y a gritar “¡Vamo’ arriba, turco!”:

—¡Manga de cagones, gritan más en una carrera de sortijas que acá, que estamos recuperando los nombres que nos robaron!

Javier toma de la cintura a Claudia y le habla sin mirarla.

—Me pude comunicar con la base donde estaba mi hijo.

Ella intuye, por el tono, que hay malas noticias. El espectáculo que vé la pone eufórica, repentinamente comprende que ponerse contenta es de una frivolidad inadmisible. Mira a Javier a los ojos. Decide ser directa.

—¿Lo mandaron a las Islas?

Javier baja los ojos.

—Sí.

—¿Sabés algo más?

—No.

Claudialo abraza, y repite bajito, como una letanía: mi amor, mi amor, mi amor…

Él se deja abrazar. Por una vez en muchos, muchísimos años se permite ser débil. "No se está nada mal en el cobijo de Claudia".

Al abrazarlo, ella había dado la espalda al espectáculo. Una visión la aterroriza, no puede creerlo pero allí, a cuatro metros, está Iribarne. Mojado, la mira fijo. Se aprieta contra Javier. Siente, nuevamente, que mientras que esté con él está a salvo. Que Javier es una columna sobre la cual se puede aferrar segura. Una idea horrorosa toma forma en su mente, se da vuelta y siente un alivio que casi la hace llorar: Maxi está sobre los hombros de Bernardo.

Pero hay algo extraño en la actitud de Iribarne. La mira y no la mira, es como si la mirara a través o como si no mirara nada. El militar hace movimientos extraños con la boca, como si quisiera decir algo y cada palabra fuera un trozo demasiado grande para pasar por la garganta.

"Boquea como un pez. Es una maqueta de Pocho, un robot. Maqueta o no, me voy ya".

Bernardo desearía ser él quien esté subido a la escalera. "Estoy seguro de que mi discurso sería más brillante, tendría mejor sintaxis y un *corpus* filosófico que lo respaldaría. Hace diez minutos que Habib habla y ni una cita bíblica, ni en latín, ni literaria…".

Ahora tiene a Jaime sobre los hombros para que vea mejor, y toma de la mano a Maxi. Cada tanto los intercambia. Entre la multitud, trata de buscar a Lucía. Reconoce a un hombre: Papadópulos. Se alegra infantilmente:

—¡Eh, Don Joyero! ¡Poderoso caballero es Don Joyero!

Papadópulos se demuda:

—*Shh*, cáyese… pedazo de boludo —no se puede contener—. Vine a buscarlo. Oiga, váyanse de acá inmediatamente, ¿escuchó bien? IN-ME-DIA-TA-MEN-TE. Los están buscando. De la base de San Clemente tienen

la data de los diamantes. Están desesperados, y necesitan guita más que nunca.

Bernardo cree que el joyero le está haciendo una broma y sonríe como un estúpido. Sonríe hasta que la sonrisa se le congela en la cara. "No parece una broma. No es una broma. Pero es imposible…".

—¿Y cómo se enteraron? ¿Agarraron a Juan Domingo?

—No. Fui yo. Los vendí. A usted lo buscan de Buenos Ayres, por su hijo. Si embarcaban hoy, los detenían.

"¡El milico!", piensa y empalidece. Le empiezan a temblar las piernas. "La cosa viene en serio. Realmente, no hay tiempo que perder". Mira con desprecio a Papadópulos:

—Hijo de puta, ni sueñe con que le agradezca.

—Llámeme como quiera. Pero váyase ya, ¿entiende?

Cuando está moviéndose para avisarle a Javier ve llegar a Lucía con un niño. Ella lo mira y le sonríe.

Bernardo ve solamente la sonrisa. "Como el gato de Alicia".

Javier tiene los ojos enrojecidos; nuevamente es llevado a la rastra. Entre Bernardo y Claudia parecieran entablar una competencia de quién está más urgido de subir al auto. Embuten a los chicos y a Javier en el vehículo y parten velozmente.

Cuando llegan a la casa no lo pueden creer: está totalmente revuelta. Claudia busca en la heladera los envases de chocolate Suchard. "¡Están! Pero Pocho anda rondando. Hay que huir YA".

Bernardo no se acuerda dónde dejó los diamantes, busca nervioso. "El milico anda atrás mío, cómo no se me ocurrió. Y dónde habré dejado esa cajita… siempre hago lo mismo… cómo puedo ser tan desbolado". Finalmente los encuentra en la guantera del auto.

Javier está demudado, mirando los destrozos. Siente una cierta indiferencia, un deseo de dormir o estar solo. Comprende que deben huir cuanto antes, pero está como anestesiado. Va cerrando las llaves de gas, agua, electricidad: en cinco minutos la casa está lista para ser abandonada.

Maxi y Jaime no entienden nada, protestan cuando les explican que se van; ellos la están pasando bárbaro y además ya son mejores amigos. Pero no hay protesta que valga y suben resignados al auto.

La casa queda con las sillas volteadas, vidrios en el piso, las frazadas tiradas, los sillones dados vuelta, los libros desparramados, las revistas por cualquier lado. La salamandra, que tanto calor les dió, queda con la

ventanilla de mica abierta, y algunas partículas de ceniza que fueron parte del libro de Bernardo, en el enorme lapso de tiempo de cuatro días atrás. La heladera Siam, si tuviera el privilegio de la consciencia, protestaría por otro injusto período de hibernación. Se rompió el casquete plástico del Ludomatic, y los dados que vivieron en su interior cuarenta años están bajo la mesada de la cocina, junto a algunas fichas plásticas rojas, verdes, amarillas y azules. En la cama de Bernardo, las sábanas aún conservan los olores agrios de su sudor, y una taza vacía de té tiene pequeños pedacitos de ralladura de cítricos en su fondo, de los que los hongos quizá se alimenten hasta saciarse.

El Torino arranca patinando en la arena. Ven por el espejo retrovisor que los siguen. Bernardo apreta el acelerador a fondo.Se escucha un estampido seco, como un disparo. Instintivamente, tanto Javier como Bernardo cierran los ojos por un segundo.

—¿Qué fue eso? —pregunta Claudia, horrorizada.

Se miran, volviendo a abrir los ojos. Están vivos los cinco. Los chicos están vivos.

Por el espejo retrovisor ven empequeñecerse el otro auto, rengo de una cubierta.

“No fue un tiro. El auto que nos sigue reventó una cubierta”, piensan todos.

Bernardo acelera por la Ruta 11, el Torino desarrolla una velocidad considerable. Rápidamente pierden el pueblo de vista.

Mira su reloj.

—¡Las diez! ¡Tengo que embarcar! Houston, tenemos un problema.

—Y yo tengo que ir a Costa Rica, dejame directo en Ezeiza.

Ni Javier ni Bernardo saben si Claudia está bromeando o no. Claudia no sabe si está bromeando o no.

—Mamá ¿y a mí me vas a llevar? —se anima a preguntar Maxi.

—¿Y yo voy a poder ir a tu casa a jugar? —pregunta Jaime.

Desandan el camino que hicieran hace apenas cuatro días. Los chicos se duermen, las cabecitas apoyadas una en el hombro del otro. Javier, exhausto, se duerme.

Bernardo empieza a hablar de Marita. De cómo la conoció. De los negocios que fundió mientras estuvo con ella. De las noches que la miraba dormir y no podía creer que esa mujer estuviera a su lado. Ahora, en la ruta, sólo tiene presente la sonrisa del gato de Alicia, y el relato de su vida con Marita le suena a hueco. Aun así, sigue hablando. Pero le habla a la nada: atrás, Claudia también se quedó dormida.

27 – Halopidol Forte

Juan Simeran

. 27 .

Halopidol Forte

Mientras camina entre la multitud que quema cosas, Sánchez recuerda su conversación de esa mañana con el farmacéutico, ese sorprendente viejo que ahora arenga a la multitud subido a una escalera.

Cuando ingresó en la única farmacia abierta de Las Toninas, el brigadier aún dormía en el asiento trasero del Falcon. La farmacia tenía un nombre raro, “Homs”, y cuando Sánchez vió los estantes vacíos supo que estaba perdiendo el tiempo y que seguramente no encontraría ese medicamento en todo el Partido de La Costa.

—¿Halopidol? Hará unos tres años que no lo recibo.

—¿Y qué hace la gente que lo necesita? —preguntó Sánchez, casi adivinando la obvia respuesta.

—Se joden —rió el farmacéutico observando a Sánchez, curioso—. Me imagino que no debe ser para usted, ¿no?

—Imagina bien.

—Ojo con ese medicamento, mire que los síndromes de abstinencia pueden ser muy bravos. Si la persona que lo necesita está muy acostumbrada, lo que le aconsejo es que vuelvan de inmediato a la Capital, o vayan hoy mismo a Pinamar o a Mar del Plata, a ver si ahí consiguen.

—¿Y cuáles son los síndromes de abstinencia?

—Pueden ser muy variados. Desde un recrudecimiento de la sintomatología psicótica hasta espasmos, endurecimiento de musculatura facial, epilepsia. Como el Halopidol es un antisicótico de amplio espectro, depende mucho cuál sea el cuadro que combata. Los cuadros generalmente están asociados al abanico que se conoce como “trastornos obsesivos compulsivos”.

“Antisicótico, trastorno obsesivo compulsivo. El Briga está totalmente

pirado", pensó Sánchez preocupado. Dejó un billete de 500 patriotas a modo de generosa propina por la detallada información y salió de la farmacia.

Dentro del Falcon el brigadier dormía, y un hilo de baba que le corría por la barbilla le hizo pensar en lo de "endurecimiento facial". Sánchez no tuvo dudas: la persecución era una locura y lo más razonable era volver de inmediato a Buenos Ayres.

Cuando, al mediodía, encontraron dónde almorzar en un sucucho frente a la estación de micros, Sánchez notó que a Iribarne le costaba gran trabajo masticar, y que tenía la mirada como apagada. Por momentos murmuraba cosas como "la puta y el gallito", unas seis o siete veces seguidas. En el pueblo habían cortado la luz, Sánchez ya no tenía batería en el *handy* y no había dónde cargarla. "Necesito imperiosamente comunicarme con la Base Aérea, explicar la situación y recibir de una vez la maldita orden de volver en forma inmediata". Pero tampoco habían cospeles y nadie le sabía decir quién le podía prestar un teléfono.

Iribarne intentaba interrogar a la gente, pero ya ni eso estaba en condiciones de hacer: no se le entendía lo que decía.

Algunos comensales se acercaban, rijosos, a departir conversaciones delirantes con Iribarne, que Sánchez soportaba estoico.

—¿Cómo dijo que era la puta que anda buscando, don?

—Pelirroja. Linda, muy linda. Anda con un gallito, y con cincuenta mil dólares. La dejó ir un gomero, pero ya la voy a volver a ver cuando se ponga de rodillas para pedirme perdón. Anda con un gallito, y con cincuenta mil dólares. Con un gallito, anda. Y con cincuenta mil dólares. De rodillas, llorando, la puta esa.

—¿De rodillas se va a poner, don? ¿No la deja pedirle perdón parada? Dele, qué le cuesta.

—¿Parada? ¿A mí? A mí se me pide perdón de rodillas ¿sabe? De rodillas y en bombacha y corpiño.

—Ah bueno, así es más interesante ¿no?

—¿Y cómo le pide perdón un hombre?

—¿Y no cree que si le pide perdón en bombacha se va a resfriar?

—Eso don, déjela ponerse una chomba, aunque sea, mire cómo llueve.

—¿Por qué no nos avisa cuando le pida perdón? A lo mejor necesita alguna ayuda, yo le cuido la ropa o le tengo los dólares.

Sánchez oscilaba entre las ganas de mandar al demonio a los que estaban burlándose del Brigadier, o dejar las cosas como estaban. “Al fin y al cabo, bien ganado lo tiene. Además, mejor que no deschavemos que somos militares. No tengo *handy* y no dejamos de ser dos, bah, yo solo contra veinte”.

Por la tarde acarreó al brigadier como quien tira de un perro que no quiere ser paseado, pero no había un solo cospel en ningún lado y la electricidad no volvía. Cuando atardecía, ya tenía la decisión tomada: “Nos volvemos de inmediato a Buenos Ayres, con o sin orden”.

Y entonces pasó lo increíble: la gente rumoreaba que se había perdido la guerra. Empezaban a quemar cosas, a salir a la calle, y cuando vio un par de teléfonos públicos abiertos a martillazos se dio cuenta de que la cosa venía en serio.

Se agachó a recoger algunos cospeles del piso, pero ya era tarde. Sabía, con los cospeles en la mano, que ya no necesitaba comunicarse con ningún sitio, que ya nada volvería a ser como antes.

No lo sorprendió la noticia, era una hipótesis que en conversaciones reservadas entre los cuadros medios, se daba por posible. Pensó en Sylvia. “Tengo que volver a Buenos Ayres ya mismo”.

Sorprendido, tomó conciencia de que la guerra le importaba un rábano. Ya hacía cuatro años que estaba en condiciones de pilotear un avión, e Iribarne nunca lo tuvo en cuenta para ser enviado a las Islas.

Caminando entre la gente siente el irreprimible deseo de tirar algo al fuego, aunque sea algunas piñas. Iribarne lo sigue, ni siquiera registra la manifestación y continúa murmurando su letanía. De repente, el brigadier recupera algo de sus reflejos aletargados, algo de la personalidad que tuvo sólo un día atrás.

—¡Ahí está! ¡La encontramos, Sánchez! ¡Deténgala y ordénele que se ponga de rodillas!

Fastidiado, a Sánchez le da lo mismo que hubieran encontrado a la Madre Teresa de Calcuta o a Cleopatra.

—Haga lo que quiera, yo me vuelvo. Y deténgala usted, ya que tantas ganas tiene.

El rostro de Iribarne se descompone en una mueca feroz.

—Ahhh, traidor… hacés leña del árbol caído… así que me desobedecés…

Con un evidente esfuerzo y ante la indiferencia de Sánchez, saca su arma, amartilla y dispara.

Sánchez apenas parpadea ante el chasquido.

—La descargué mientras usted andaba de putas. No sea cosa que tengamos que lamentar una desgracia. Bueno, decídase. Me voy. ¿Viene conmigo o se queda?

Iribarne comienza a hacer extraños movimientos con la boca, como si no pudiera cerrarla. Los ojos casi se le salen de las órbitas.

La gente ni se da cuenta, entusiasmados con el espectáculo de Habib sobre la escalera.

El farmacéutico los azuza:

—¿A ver quién tiene pelotas para ir a quemar la intendencia, o voy a ir yo solo?

Ahora sí, la multitud ruge.

Sánchez recuerda al gomero. Recuerda a la niña. “Rajá, turrita, rajá”.

Se dirige al Falcon y abandona al Brigadier.

28 – El último café

Juan Simeran

. 28 .

El último café

Claudia, Bernardo y Javier están sentados en un bar de La Tablada, cercano al Cementerio Israelita.

Javier está abatido. La ceremonia del entierro de los soldados fue agotadora. Además, nadie estaba seguro de que el cuerpo que enterraban fuera el de su hijo, así que todo parecía un gigantesco *bluff*.

Los mismos rabinos que, ayer nomás, aparecían en Telejército apoyando la guerra oficiaron la ceremonia. El descontento estaba latente e incluso se escuchó una fuerte silbatina cuando habló el Gran Rabino, algo sacrílego que éste miraba con estupor.

Esa silbatina pasaba como un viento frío por entre las miles de lápidas, entre llantos y gritos de bronca, rezos canturreados en arameo e insultos de la más pura prosapia rioplatense.

Los cientos de ataúdes envueltos en la bandera argentina descansaban en inapropiados *containers*. Changarines los iban bajando y colocando en carritos que iban y venían. En un sector especial del cementerio la tierra abría su vientre para recibir a sus nuevos moradores.

El encuentro con la madre de Sergio fue tirante, como siempre, y ni siquiera el dolor de la pérdida del hijo pudo mitigar esa tirantez.

A Javier le costaba hacer coincidir la imagen mental que tenía de Gabriela con lo que veía: avejentada, cansada, apagada. Gabriela apenas se sorprendió cuando, después de tantos años, reconoció a Bernardo. Ella lloraba sostenida por su nueva pareja, alguien que Javier quizá haya visto unas cuatro o cinco veces aunque ya llevaba diez años junto a su ex mujer.

Dos niños que Javier viera de muy pequeños, los hermanastros de Sergio, moqueaban y se secaban las lágrimas con el dorso de las manos.

Adusto, el casi desconocido le dio el pésame. A Javier le desagradó ver la kipá de seda profusamente ornamentada con que el hombre cubría su cabeza: él había olvidado llevarla y tuvo que comprar una de cartón en la entrada.

Gabriela se aferraba a la tumba. A Javier le incomodó esa situación, pues estaba convencido en su fuero íntimo de que "vaya uno a saberlo que hay dentro de este cajón". No les permitieron ver los cadáveres, el timo era tan evidente que Javier estaba asqueado. No se animaba a explicarle a Gabriela que "lo mismo podría abrazar ese cajón que a el colectivo 60″.

Sentía bronca, y también se sentía un cómplice. "Debía quemar este cementerio, tener las pelotas que tiene un tipo como Habib, subirme a una escalera". "Soy un comparsa en esta *mise en scene* montada para que nos aferremos a los cajones en lugar de aferrarnos a los cogotes de ellos, pero ¿de quiénes? La cadena de complicidades es tan larga que habría que aferrar los cogotes de medio país".

Llegó un momento en que se sintió un extraño en el propio entierro de su hijo y prefirió irse con Bernardo y Claudia a tomar un café por ahí. Salieron del cementerio, seguidos por la mirada reprobatoria de Gabriela y de su marido.

—Sigue siendo el mismo irresponsable de siempre… —suspira la mujer.

"No les iba a dar el gusto a estos hijos de puta de rezar un *Kaddish* sobre un cuerpo que ni me dejaron ver", piensa Javier con amargura, caminando abrazado a Claudia, buscando un bar.

El día está nublado, no muy frío. En una esquina se meten en un barcito que parece congelado en los años '50. Piden café con leche y medialunas.

—Efemérides —dice Bernardo, levantando un dedo—. ¿Hace cuántos días nos reencontramos?

—No hace ni dos semanas —contesta Javier con un atisbo de sonrisa.

—Exacto. No les voy a preguntar hace cuánto que están juntos a mi pareja de tortolitos que, según como se los ve, se nota que no llevan mucho. ¿Y, Claudia, te fuiste a Costa Rica?

—Estoy en Costa Rica.

—¿Seguís siendo ciudadana costarricense?

—Y a mucha honra. Cuando aprenda el himno te lo canto, pero creo que empieza así: "Oíd costarricenses el grito sagrado".

Desayunan en silencio, Bernardo y Claudia flanquean a Javier, éste se siente rodeado de afecto. Está donde desea estar y con quienes desea estar. No es poco. “Si supiera recitar el *Kaddish* lo diría acá, en este café, rodeado de mis amigos”.

Bernardo imagina entre el humo del cafetín la sonrisa del gato de Alicia, esa sonrisa que viera por pocos segundos y que su mente no quiere abandonar. Paladea un nombre, como si fuera un caramelo bajo su lengua: Lucía… Lucía…

Si fuera dable la potestad de detener el tiempo en un instante de sus vidas, Javier, Bernardo y Claudia elegirían que el tiempo se detenga en ese momento, en ese cafetín de la calle Provincias Unidas.

—¿Te acordás del gordo que escribía? —le pregunta Bernardo a Javier.

—¿Cuál? Ah. Sí, en la estación de micros de…

—¿Era de La Lucila?

—A ver caballeros, cuenten sus aventuras —los invita Claudia.

—Imaginate que nos recorrimos todos los bares habidos y por haber, idea que se le ocurrió a este genio… y meta hablar boludeces, porque según tu teoría esa era la mejor forma de que nos contacten…

—¿Y no fue así?

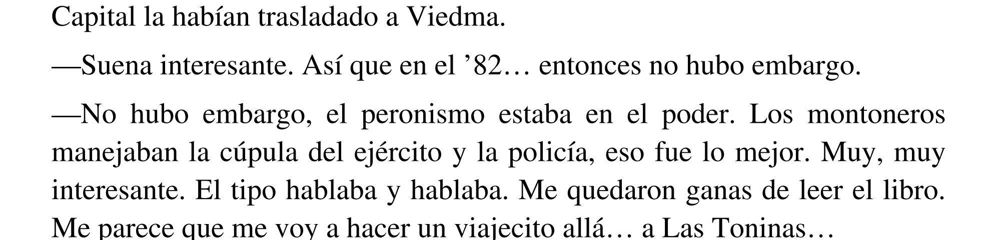
—La cuestión es que en una de las estaciones de micro… creo que en La Lucila… había un tipo en un rincón, escribiendo sobre una montaña de papeles… parecía poseído. Vestido como un croto, gordo y barbudo, pero de mirada inteligente. Ese tipo no era el enlace de nada, pero me acerqué a su mesita: vos sabés que todo lo que huele a escritura me interesa. Javier me miró fastidiado, era una pérdida de tiempo. Me senté con el tipo, eran como las once de la mañana y lo único que tenía sobre la mesa era la taza vacía de un té. Le convidé un café con leche con medialunas, el tipo… creo que se llamaba Juan… aceptó contento, pero me retaceaba información sobre lo que escribía. Al final, tras tirarle de la lengua, me confesó que estaba escribiendo una ucronía.

—¿Una qué?

—Ucronía. Es cuando un tipo inventa una historia con cosas que no pasaron, tipo ciencia-ficción, pero del pasado. ¿Y sabés cuál era el tema?

Bernardo había captado el interés de Claudia y de Javier, y hasta del mozo, que lo escuchaba con disimulo.

—Que se perdió la guerra, pero en el ’82, dos meses después de empezada. La plata, por ejemplo, se llamaba “australes”. Un austral valía un dólar. La



Capital la habían trasladado a Viedma.

—Suena interesante. Así que en el ’82… entonces no hubo embargo.

—No hubo embargo, el peronismo estaba en el poder. Los montoneros manejaban la cúpula del ejército y la policía, eso fue lo mejor. Muy, muy interesante. El tipo hablaba y hablaba. Me quedaron ganas de leer el libro. Me parece que me voy a hacer un viajecito allá… a Las Toninas…

—¿Por el libro? —lo chicanea Claudia sonriendo, y mirando significativamente a Javier, que no entiende.

Bernardo se pone rojo como un camarón:

—Ehh… sí… entre otras cosas. Pero también por el libro.

—Si querés te doy las llaves de la casa. Pero no entiendo por qué te querés ir allá. ¿Tanto te gustó? —le pregunta Javier.

Claudia le contesta:

—Dejalo, él tiene sus motivos para viajar… andá, Bernardo. Hacés bien, vale la pena el intento. No lo dudes. ¿Jaime está con la madre?

—¿Vos sabés que fue muy raro? La madre está sin luz ni agua así que Jaime se quedó conmigo unos días más… pero la noté rara. Nunca la vi así, como si no le importara. Debe estar preocupada, no creo que siga con el trabajo en el ministerio y ahora estar con un milico es lo peor que le puede pasar… pero me pareció como ausente… *Rara, como encendida te vi bebiendo linda y fataaal…* —canturrea Bernardo.

Piensa en Marita, que de a poco se va diluyendo hasta ser tapada por la sonrisa del gato de Alicia. Lucía… Lucía…

—Hoy tengo el honor de darles dos noticias que creo les van a interesar —dice Javier con tono burlón..

—¿Dos noticias? Cuánto misterio… ¿de qué se trata? —le pregunta Claudia, aplastando el cigarrillo en un cenicero de lata.

—La primera noticia no es nada del otro mundo. ¿Se acuerdan del cheque que me dieron por el Fitito? No tiene fondos.

—¿Viste? Hubiéramos prendido la salamandra con el cheque y no con mi libro. Esa sí que no te la perdono. ¡Un libro de Sholem Ash! Y bué, creo que ninguno de nosotros le teníamos demasiada fe a ese cheque.

—¿Y cuál es la segunda? —pregunta Claudia.

Javier levanta el viejo maletín que tenía apoyado en el suelo.

Lo coloca sobre la mesa.

—Hoy es mi último café con este maletín. Hoy quiero que lo tiremos entre

los tres. Quiero hacer otra cosa. No quiero vender más cheques robados.

—¿Vos vendías cheques robados? —Bernardo se queda con la boca abierta. Claudia le hace señas para que se calle.

—Sí, Berni, cuando te encontré en ese bar ¿te acordás? Estaba trabajando. Estaba vendiendo cheques robados. Vendía cheques robados en los bares. De eso vivo o, más bien, vivía.

—Así lo conocí a tu amigo… muy romántico ¿no? Le compré tres cheques robados en La Giralda para conocerlo. Pero el opa ni se dio cuenta, y tuve que meterle mi tarjeta en el bolsillo.

—¿Eso hiciste? ¿Le metiste tu tarjeta en el bolsillo? Dios, a mí nunca me va a pasar algo parecido.

—Es verdad, a vos te van a pasar cosas mejores —le contesta Claudia y Bernardo se sonroja por segunda vez.

—¿Y vos Berni? ¿Qué vas a hacer con la plata del local? —pregunta Javier mientras mastica la última medialuna.

A Bernardo se le ilumina la mirada.

—¿Sabés qué estuve pensando estos dos días? Siempre quise tener una librería. ¿Y por qué no? Creo que con lo que tengo puedo arrancar con algo chiquito. Cuestión de ir averiguando, haciendo los primeros contactos. Si vendí telas, ¿por qué no podría vender libros? ¿Cuál es la diferencia?

—Que con una tela me hago un vestido. ¿Y para eso viajás a la costa? ¿para hacer un negocio, para poner una librería? —pregunta Claudia con malicia.

Bernardo se entusiasma:

—¿Sabés que no es mala idea? ¿Cuántas librerías habrá en la costa? ¿Y si me pongo una librería en la costa?

—Si te ponés una librería en la costa tenemos una excelente excusa para viajar: ir a visitarte. Espero te acuerdes de los amigos cuando seas un potentado —le contesta Claudia, tentada.

—¿Y vos, Javier? ¿Qué es lo que vas a hacer, a qué te vas a dedicar?

—La verdad que estoy demasiado mal por lo de Sergio, quiero tomarme mi tiempo… algo va a surgir. ¿Sabés a quién me gustaría ver? A Habib, aunque no lo creas. Al farmacéutico. Verlo o llamarlo por teléfono. No sé porqué, pero estoy seguro de que él debe tener algún pariente que necesite un buen vendedor. Pero no tengo el teléfono. Cuando vayas a la costa pasame urgente su número. Necesito que Habib me diga qué hacer.

—¿Y la arquitectura, Javier? —pregunta Bernardo.

—¿Cuál arquitectura? —se extraña Claudia.

—El señor es arquitecto —Bernardo señala a Javier.

—Me están cargando. ¿Vos sos arquitecto?

—No seré Le Corbusier, pero con una *Rotring* en la mano me defiendo bastante bien.

—¡Mi hermano es constructor! —grita, eufórica, Claudia.

Javier se toma un tiempo para responder.

—Gracias, Claudia, pero creo que ya es demasiado tarde para la arquitectura. Como vendedor voy a estar bien. Ya me acostumbré a la calle y a la venta. No me imagino sobre un tablero, viendo todos los días lo mismo por la ventana, me volvería loco. Pero… ¿vos sos la hermana del de Quiroga Peña Construcciones, el que tiene las oficinas en Sober… Corrientes y Dorrego? ¿Cómo era… Aldo?

—¿Lo conocés?

—Flor de turro tu hermano… perdoname. Sí, lo conozco. Me compraba cheques en el bar que está en la esquina de Dorrego… y no para meterme su tarjeta en el bolsillo precisamente. Si sabía que eras la hermana le hubiera hecho algún descuento ¿no?

—Menos mal que dejás de vender, mi hermano te hubiera pedido que se los des gratis. Y tenés razón, es un turro. ¿Tiramos esa valija de una vez? Y hay otra noticia: dejo las quiebras. Tengo ganas de hacer derecho de familia. Hay una amiga con la que voy a empezar, una tal Ernestina. ¿Qué les parece? No me creo con fuerzas de soportar una sola quiebra más, y como de algo hay que vivir…

Sobre la alcantarilla de una esquina perdida del barrio de La Tablada, una valija vieja de cuero se comienza a empapar por el agua que corre. Su contenido se hace una papilla, flamantes chequeras rojas del Banco de la dignidad Hispano-Americana, chequeras celestes de Finan-Patria, amarillas del Macro-Victoria.

El primer roedor que se introduce dentro de la valija se da una panzada de cheques sin fondos.

29 – Grandes cosas

Juan Simeran

. 29 .

Grandes cosas

Archimbaldo comprueba, en el playón de la Unidad Disciplinaria, que en el tiempo que estuvo detenido le han robado su auto. Con las llaves en la mano se queda pasmado mirando el espacio vacío donde lo había dejado. Sabe que no tiene a quién quejarse —todo es un desbande y un caos—, comprende que quizá éste sea un cambio pequeño en comparación con los que tendrá su vida a partir de ahora. Pero no puede evitar estar contento. A pesar de haber estado en prisión sólo unos pocos días, "siempre es mejor estar libre, aunque algún turro se haya llevado el auto y aunque hayamos perdido la guerra", piensa.

Sale fuera de la base, la desorganización es tal que ni siquiera hay consignas en la entrada. Se siente raro vestido de civil, con la ropa con la que quiso impactar a Marita y llevarla a la costa. "Mejor, el turro de Zuñiga no se llevó un mango. Le voy a ejecutar el pagaré a ese hijo de puta. ¿Se habrá logrado rajar el infeliz, nomás, con el pibe?".

La mañana es espléndida en el bosque de Pereyra Iraola. Frente a la base hay una estación de tren donde venden sándwiches en un quiosco. Está hambriento, y en definitiva tomar el tren parece ser su única opción. Cruza las vías, las mismas que cruzara de cadete para hacer las maniobras en esa base. Revisa su billetera, tiene algunos patriotas, los suficientes para el viaje y comer algo.

—Linda, ¿qué tenés para comer?

—Nada.

—¿Cómo nada? Si acá veo los sándwiches, los panchos…

—No le vendo a milicos hijos de puta —dice la joven, y lo mira desafiante.

Archimbaldo siente brotar una cólera infinita en su pecho, siente deseos de mandar detener a esa insolente y hacerla chupar para que sus amigotes se

diviertan un par de noches.

Se calma. Respira hondo. Bien conoce la situación de quedarse sin fichas.

"Las cosas son como son. ¿Tendría esta chinita más poder que yo? ¿Más fichas que yo? ¿Sería esta mocosa banca, y yo punto?", piensa a toda máquina.

Decide empezar a adaptarse en ese mismo instante. Jugar el juego, nunca hubo otra opción.

—Totalmente de acuerdo, linda. Soy civil, ¿no ves mi ropa? Yo tampoco les vendería nada a esos… milicos… hijos de puta —se sonroja y tose, a su pesar.

—Le pido disculpas, señor. Me confundió el corte de pelo, la cara… qué se yo. ¿Quiere un sándwich de milanesa?

—Afirm… Dale. ¿Sabés cuándo viene el tren que va a 24 de Marzo?

—A Constitución, señor. Cambió el nombre de la estación. Y pasa en diez minutos.

Archimbaldo mastica trabajosamente el sándwich. "Así que Constitución…". Traga la milanesa, dura a la par que la noticia, una más indigesta que otra.

Siente dos deseos: ver a Marita y darle el parte de novedades a su padre. "¡Qué cara va a poner el viejo de mierda!" piensa, divertido.

Comiendo el sándwich en esa estación desierta, descubre que jamás tuvo vocación castrense. Que le importa un bledo la derrota. Que no es su derrota.

Que sus únicos deseos siguen siendo jugar una buena mesa de póquer… y ver a Marita.

El tren se acerca bufando. No pudo comprar boleto: la máquina expendedora no funciona y la boletería está cerrada. Sube igual.

Ingresa en el tren y no lo puede creer. Ese mismo tren que recuerda limpio y sobrio de sus tiempos de cadete es un cascajo, no tiene un solo asiento, los vidrios están rotos y el techo tiene agujeros de óxido. El ácido olor a orines golpea su nariz. Unos bultos oscuros se mueven, desparramados en los rincones. "Deben ser cirujas", piensa asqueado.

Repentinamente siente miedo. Algunos pasajeros lo miran feo. Recién ahí empieza a comprender del todo la nueva situación. "Menos mal que me vine vestido de civil. Si estoy con el uniforme me linchan". Decide acentuar su aspecto civil y se despeina, intentando desarmar el peinado rígido de gomina. Mete las manos en la abertura llena de grasa donde alguna vez

hubo una puerta y ahora hay un agujero, y se mancha el pantalón. Se saca la camisa afuera, por debajo de la tricota, y le rompe un pedazo.Arruga el cuello de su camisa, desabrocha el último botón. Se pisa un zapato con otro.

Otro atildado, que viaja en el mismo vagón, comienza a hacer lo mismo que él.

Huye de la estación Constitución para tomar un taxi.

—Lléveme a la avenida 2 de Abril —ordena en forma mecánica.

—¿A la Avenida Figueroa Alcorta, dijo el señor?

Respira hondo. Al fin y al cabo, ese nombre tiene también el inconfundible gusto de los nombres de su niñez.

—Son lo mismo ¿no?

El taxista lo mira por el espejo.

—¿Y si son lo mismo para qué le cambiaron el nombre?

—Qué se yo —intenta bromear—,tampoco Figueroa Alcorta suena igual que Che Guevara.

—Che Guevara le pusieron a Divisa Punzó, que antes era Salguero.

—¿A Salguero? ¿Entonces vivo en Figueroa Alcorta esquina Che Guevara?

—¿No lo sabe? ¿Adónde estuvo, debajo de una baldosa?

—No, preso. Me largaron hoy —dice Archimbaldo, entendiendo que su prisión es una carta buena en el nuevo mazo: momentos después el taxista no le cobra el viaje y hasta ofrece prestarle dinero.

No era broma. En la esquina, carteles puestos a mano —"pero no tardarán en hacer los nuevos", pensó— informan que Archimbaldo vive ahora en la esquina de Figueroa Alcorta y Che Guevara.

Entra en su casa silbando. No tiene trabajo, no tiene futuro, y debe reinventar su pasado, pero está contento. "¿El personal doméstico habrá huido? ¿Y las joyas, las que iba a vender?".

Se dirige a la habitación de servicio: está vacía. "No quedó nadie".

Inmediatamente descuelga el óleo de Vuelta de Obligado, la caja de seguridad está abierta. "Entonces, ese día me espiaban. Se llevaron todas las joyas".

El hecho de encontrarse en la pobreza más absoluta lo deja indiferente. Ya se las arreglará. Peor estuvo. Ahora tiene que hacer cosas más importantes.

—¿Y, muerto? ¿Qué me contursi? ¡Esquinita Che Guevara tenemos!

El retrato está de espaldas, muestra la nuca de pelo cortísimo.

Archimbaldo ríe:

—¿Lo pusieron en penitencia, muerto? ¿Ya no lo saludan en el cementerio? ¿Es mala palabra? ¿El que le da la mano se contagia de lepra?

El retrato, a pesar de estar de espaldas, balbucea palabras en voz baja:

—No pudieron estar a la altura de la historia… generación de maricones… de afeminados… tendrían que haber resistido… la plata para armas se la gastaron en putas… ni gimnasia hacían…

Archimbaldo le grita:

—¡Dese la vuelta, so maricón, y enfrénteme! ¿Cuántas veces le dije que esa guerra era una locura? ¡Dé la cara, cobarde de mierda!

El retrato sigue de espaldas. Archimbaldo siente un sonido extraño y no lo puede creer: su padre llora.

—¡Llore, cobarde! ¡Llore!

—M’ijito, si usted quisiera hacerme un favor… un último favor —balbucea su padre.

—¿Un favor? ¿Un favor, hijo de mil putas? ¿Usted me hizo alguna vez un favor a mí? ¿A madre usted le hizo alguna vez un favor, putañero del carajo?

—M’ijito, tenga piedad de su padre… piedad hijito… por favor, suicídeme… que tenga aunque sea un solo suicidio la derrota… si total yo ya estoy muerto…

Archimbaldo se para en seco. Le pareció no haber oído bien.

Habla más tranquilo.

—¿Qué es lo que quiere? ¿Qué haga qué cosa?

—Suicídeme, m’ijo, rompa el retrato. Le juro por lo más sagrado que no lo molesto más…

—¿Y ahora, qué se le dio por suicidarse, después de estar muerto tantos años?

—Es que no soporto vivir en la esquina Che Guevara. Y tampoco aguanto tener un hijo pobre. Suicídeme, tenga compasión de un pobre hombre sin honor…

Marita sale de la habitación. Archimbaldo se queda helado.

Se consideraba abandonado por todos y por todo.

—¿Qué era todo ese lío? ¿Con quién hablabas? ¿Dónde estuviste tantos días?

Archimbaldo mira el retrato de su padre, éste sigue gimoteando de espaldas, indiferente al ingreso de Marita.

Mira a la mujer. "Algo está como fuera de foco en su mirada, algo… algo anda mal".

—¿Te devolvieron a tu hijo?

—Sí, ayer llegó el padre de la costa, pero se queda con él un par de días más. Yo no tenía luz, ni agua, ni gas en mi casa y me vine para acá. Estuve sola, sin saber dónde estabas… le hablaba al retrato de tu padre. Los domésticos te robaron todo, cuando entré la casa era un desastre.

Marita habla el idioma lento y tartajoso de los ansiolíticos. Si el Valium oliera, hedería a Valium.

—¿Le hablabas al retrato de mi padre? ¿Sabés que siempre quise tirarlo a ese retrato, que nunca me gustó?

—Tiralo entonces.

Archimbaldo no puede creer lo fácil que son las cosas cuando se hacen. Toma el retrato, abre la ventana y lo tira. "Hoy estoy para grandes cosas".

Marita no logra abrir del todo los ojos. Tiene los parpados pesados, hinchados. Sus movimientos son torpes.

—Marita, estuve preso. Por una boludez, vos sabés cómo somos… cómo son… cómo eran los milicos. Me encanó Estrella. Perdimos la guerra, Marita. Ni pienso volver a pisar el ministerio. Van a empezar a rodar cabezas y sabés que ando flojo de papeles.

—No te preocupes, ya me ofrecieron trabajo.

Archimbaldo se queda pasmado.

—Zylberstein me llamó, necesita una administrativa. Le dije que sí y empiezo mañana.

—¿Ese ruso de mierda? Es decir… excelente. Muy buena idea. Me parece fantástico. ¿Y no tendrá algo para mí ese ru… el señor Zylberstein? La verdad, me robaron hasta el auto, en el banco apenas tengo…

—No te preocupes. Nos vamos a arreglar.

"¿Estoy loco o está hablando en plural?", piensa agradablemente sorprendido. Se acerca a Marita como si la viera por primera vez.

Y la ve por primera vez.

Dopada, despeinada, sin bañarse: le gusta más que nunca.

“Hoy estoy para grandes cosas”, vuelve a pensar.

La toma y la lleva con cierta violencia a su habitación. Marita lo abraza, gime, le arranca la ropa. Archimbaldo la muerde, la aprisiona, le rompe la camisa. Marita le clava las uñas en la espalda. Archimbaldo entra en ella como la quilla de una barca en un mar embravecido.

“Así que era esto. Es como navegar”.

Dice Juan Simerán:

“Mi biografía es lastimosamente breve: tengo 3 novelas publicadas, 2 en España y una en argentina (las tres de ciencia ficción). Soy argentino y viví varios años en Israel. Hoy día vivo tanto en Boedo como en el campo. En caso de ser estrictamente imprescindible, intentaré rellenar con estopa de buena calidad los agujeros biográficos.”

La novela que dice haber publicado en Argentina no es más ni menos que esta *¡Argentinos a Vencer!* que acabamos de terminar apenas unas lineas más arriba. Fue escrita en algo más de un año (entre junio de 2010 y julio de 2011), y editada por primera vez en abril de 2012 por Fan Ediciones, dentro de su serie “Narrativa Fantástica Argentina”.

Juan ya ha publicado en Axxón su cuento EL ALETEO DEL ESCARABAJO.

Esta novela se vincula temáticamente con PRIMERA LÍNEA, de Carlos Gardini; DUC IN ALTUM y OPERACIÓN TORO SENTADO, de Sebastián Masana; HOMBRES Y PIEDRAS, de Alejandro Alonso y SEGUNDO TEATRO DE OPERACIONES: LA CHARLY CONTRA LA LENON Y LA MACÁRNI, de Ricardo Giorno.



Encuéntrenos en:

- Axxón:
  - Sitio principal: http://axxon.com.ar
  - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
  - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
  - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
  - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
  - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
  - Twitter: **@axxonmovil**

Versión ebook generada por **Marcelo Huerta San Martín**